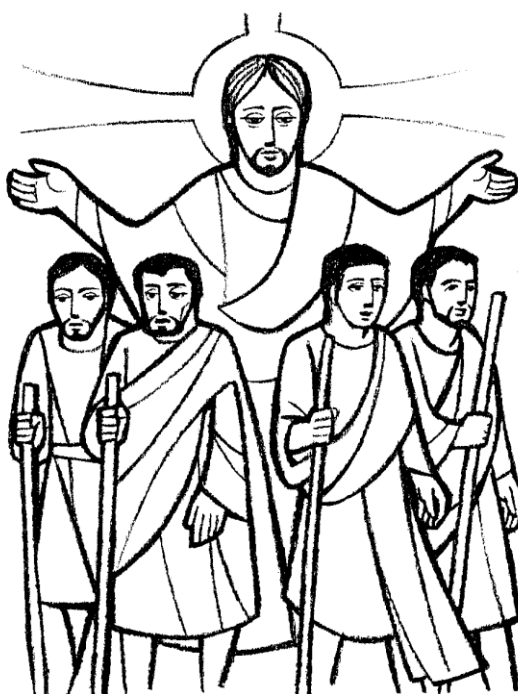


Módulo 2 del Curso de Pastoral Misionera – Guatemala 2005
Material para el estudio personal

EL MISIONERO: OYENTE Y PROCLAMADOR DE LA PALABRA



Trece estudios bíblicos

P. Fidel Oñoro C.
CEBIPAL-CELAM

CONTENIDO

Estudio bíblico No.1

Lucas 5,1-11: La vocación-misión del pescador

Estudio bíblico No.2

Lucas 9,18-24: Confesar la fe con la boca y con la vida: el misionero camina en pos de Jesús bajo la sombra de la Cruz

Estudio bíblico No.3

Lucas 9,51-62: El misionero: un nuevo comienzo radical

Estudio bíblico No.4

Lucas 10,1-12.17-20: Jesús formador de los misioneros

Estudio bíblico No.5

Lucas 11,25-37: Cómo hacerse prójimo del necesitado: el Misionero como buen samaritano

Estudio bíblico No.6

Lucas 13,22-30: El camino de la salvación en la Misión Ad Gentes

Estudio bíblico No.7

Lucas 14,25-35: El discipulado para la misión pide radicalismo

Estudio bíblico No.8

Lucas 15,1-10: Misioneros de la misericordia: salir en búsqueda del pecador

Estudio bíblico No.9

Lucas 17,5-10: La espiritualidad del misionero: Fe-Comunión-Humildad

Estudio bíblico No.10

Lucas 19,1-10: Evangelizar a Zaqueo: buscar y salvar lo que estaba perdido

Estudio bíblico No.11

Lucas 23,35-43: Evangelizando desde la Cruz al ladrón arrepentido

Estudio bíblico No.12

Lucas 24,46-53: En la ascensión: la entrega del kerigma y una bella promesa para los misioneros

Estudio bíblico No.13

Hechos 2,1-47: Pentecostés: enviados a renovar la tierra con la fuerza del Espíritu Santo

Estudio bíblico No.1

La vocación-misión del pescador (Lucas 5,1-11)

*“Es importante ser discípulos de la Palabra,
antes de ser militantes activos”*
(Alberto Bobbio)

Oremos para comenzar...

*“Padre, en el nombre de tu Hijo Jesús
te alabamos por tu amor y tu grandeza.
Queremos rendirte honor, gloria y alabanza
a Ti que eres un Dios eterno.
Gracias por las nuevas muestras de amor
que nos regalas en este día.
Y así como nos das una nueva mañana,
queremos un nuevo soplo de tu Espíritu,
queremos ser saturados por Él,
queremos ser llenos de Ti
y ser semejantes a Ti.
Ese es nuestro mayor deseo y anhelo.
Señor, que todo lo que hagamos, lo hagamos en tu nombre,
que nuestro trabajo, estudio u otras actividades
tengan el refrigerio de tu amor
para así ser testigos de tu amor en el mundo
y poder predicarle a todos con nuestra vida
y con nuestra palabra
que tú nos amas y nos salvas”*
Amén

Leamos cuidadosamente el texto...

¹Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, ²cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. ³Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

⁴Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

«Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.»

⁵Simón le respondió:

«Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes.»

⁶Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. ⁷Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

⁸Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo:

«Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.»

⁹Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. ¹⁰Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

«No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.»

¹¹Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

1. Pongámonos en contexto

El resultado de lo que hizo Jesús en Nazareth fue desconcertante. Él, quien vino de parte de Dios, ungido por el Espíritu Santo, para llevarle la buena nueva a los pobres y la transformación de su vida a los que sufren, fue ese mismo día expulsado de su pueblo.

Sin embargo, como se hizo notar en Lc 4,30, el camino de la Palabra siempre sigue adelante, no se deja amedrentar. El fracaso inicial no le impide a Jesús el permanecer fiel a su misión anunciando el Reino de Dios en Cafarnaum y en las sinagogas de Judea (4,31-44).

Jesús es rechazado por algunos, pero ése es apenas un aspecto. Que Jesús también encuentre personas que desean vivamente escucharlo, lo demuestra la multitud que lo rodea a orillas del lago de Genesaret, multitud que él educa sentado en una barca. Allí la palabra del “ungido del Espíritu” (4,16) encuentra amplia acogida. El evangelio se centra ahora en el poder de esta “palabra”, primero para la multitud de oyentes de Jesús y luego, de manera particular, para los que serán sus apóstoles (Lc 5,1-11).

2. Releamos el texto

El relato de Lc 5,1-11 gira en torno a una pesca: lo que sucede antes, durante y después. Con este criterio podemos distinguir tres partes:

- La enseñanza a orillas del lago (5,1-3). En esta sección se menciona la barca de Simón, desde ella Jesús enseña.
- La pesca milagrosa (5,4-7). Está construida en torno al diálogo de Jesús con Simón. Simón obedece no basado en su experiencia reciente (una noche de pesca infructuosa), sino basado en la palabra de Jesús.

- La vocación de Pedro (5,8-11). El centro está en la palabra-promesa de Jesús a Simón-Pedro quien postrado ante él se reconoció pecador. Pedro y sus dos compañeros dejan todo y siguen a Jesús.

Valga notar que este texto acentúa la iniciativa de Jesús en cada una de las tres escenas, poniendo de relieve en cada caso el poder de su palabra.

2.1. La enseñanza a orillas del lago (5,1-3)

¹Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, ²cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. ³Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

El evangelista nos sitúa a orillas del lago Genesaret. Se construye allí el escenario: el evangelista indica la presencia de un amplio grupo de oyentes de Jesús. La presencia, entre ellos, de Simón y otros pescadores orienta nuestra atención hacia lo que va a venir: no sólo hay que ser “oyentes de la Palabra” (es el caso de la multitud) sino también “saber responder” (la “obediencia de Pedro” es el tema de la segunda y la tercera escena).

Desde el primer momento Jesús está en el centro de la atención (“Estaba él...”, v.1). Su actividad principal es la enseñanza de “la Palabra de Dios” (vv.1 y 3). Jesús realiza su actividad con una cierta dificultad a causa del gran número de personas, por ello pide una primera colaboración: el uso de la barca de Pedro (después será Pedro mismo). Esta barca se convierte en el púlpito del Maestro.

2.2. La pesca milagrosa (5,4-7)

⁴Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

«Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.»

⁵Simón le respondió:

«Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes.»

⁶Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. ⁷Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

Enseguida Jesús designa sus colaboradores en la misión y lo hace en medio del milagro de la pesca abundante después de una noche infructuosa.

Antes de leer la segunda y la tercera escena tomémoslas como una unidad y notemos dos puntos en torno a los cuales se estrecha la relación entre Jesús y Simón:

(1) El poder de la Palabra:

Observemos primero que la persona de Jesús habla solamente dos veces: al comienzo le da una orden a Pedro (v.4) y al final le hace una promesa (v.10). El mandato de Jesús es **“a mar adentro, y echad vuestras redes para”**, y la promesa es: **“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”**. En ambos casos vemos el poder de su Palabra.

(2) Las limitaciones del apóstol:

En medio de todo vemos la acción y la reacción de Simón y de sus compañeros. También Simón le habla dos veces a Jesús. La primera vez le hace una afirmación: **“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes”** (v.5). La segunda vez le hace una solicitud: **“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!”** (v.8). En ambos casos Pedro expone sus limitaciones.

Veamos lo particular de la segunda escena. El episodio de la pesca milagrosa nos enseña de qué tipo es la relación de Jesús con sus colaboradores.

Como se viene afirmando desde el principio todo proviene de la iniciativa de Jesús y está orientado hacia la experiencia que Simón debe hacer de Jesús. Esta experiencia de Jesús es fundamental en toda vivencia vocacional. Simón experimenta lo que significa seguir puntualmente un encargo de Jesús. Al ver los buenos resultados de su obediencia a la Palabra poderosa de Jesús Simón cae en cuenta de quién es él frente a Jesús: entiende a Jesús y se entiende mejor a sí mismo.

De esta manera está en capacidad de comprender que ante una promesa de Jesús, las capacidades que uno tenga cuentan poco. Pero, atención, como se verá en la escena siguiente, lo mismo sucede con las incapacidades personales, por eso Jesús lo llama después de una noche de fracaso en un trabajo del que se supone que es especialista y a pesar que después del milagro se ha declarado “pecador”.

Cuando Pedro dice que ha estado bregando toda la noche sin resultados, está diciendo algo fuerte. Cualquier persona que haya vivido o viva aún junto al mar, sabe bien que la noche es el tiempo favorable para la pesca. Ahora que es de día, un tiempo poco apto para la pesca, su conocimiento de la situación le indica que lo que menos debe hacer es tratar de pescar de nuevo.

Pero a esto se contraponen la Palabra de Jesús. Jesús no le da a Pedro ninguna explicación. Todo depende de su Palabra. No olvidemos que para Simón, Jesús no es un desconocido. Simón vio el poder de Jesús cuando vino a su casa y curó a su suegra (4,38s). Por eso tiene motivos para confiar en la Palabra de Jesús, no importa que ella esté ordenando cosas que aparentemente no tienen esperanza o cosas que aparecen absurdas según la experiencia humana.

El discípulo y apóstol de Jesús es una persona que sabe confiar y apoyar su vida en la Palabra de Jesús. Esto lo demuestra la pesca abundante. Parece que las redes están a punto de reventarse. Es más, ambas barcas están tan cargadas que se exponen al hundimiento.

2.3. La vocación de Pedro (5,8-11)

⁸*Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo:*

«Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.»

⁹*Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. ¹⁰Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.*

Jesús dijo a Simón:

«No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.»

¹¹*Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.*

Ya en la orilla comienza el segundo diálogo entre Simón y Jesús.

Frente al acontecimiento Simón y sus compañeros no permanecen insensibles, quedan tremendamente asombrados. Ante la grandeza del hecho, Simón cae en cuenta quién es Jesús y frente a Jesús cae en cuenta que él no es más que un pobre pecador.

Simón se dirige a Jesús llamándolo “**Señor**”, el mismo título que fue proclamado desde la noche de la navidad a unos pobres pastores: “**Hoy ha nacido un Salvador que es Cristo y Señor**” (2,11). Simón ha experimentado el poder efectivo de este “**Señor**”. Sabe ahora que no está en el mismo plano de él, por eso reconoce su situación real de hombre pecador. La expresión de Simón parece indicar que hay tantas cosas en él que no andan bien, que están equivocadas, que se oponen a este señorío de Cristo, que lo hacen un hombre impuro e indigno.

En un primer momento Simón ve la solución a esta situación insoportable en el alejamiento del Jesús: “**¡Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!**”. Es como si dijera: “Señor, aléjate de mí, así yo podré soportarme de nuevo y recuperaré mi paz, mi comodidad de siempre”.

Pero Jesús no le hace caso. No es propio de Jesús el alejarse de los pecadores y abandonarlos a su pecado ni, consecuentemente, al destino absurdo que les espera. Jesús no vino para convertir a los justos sino a los pecadores (5,32). La toma de conciencia que Pedro tomó de su pecado era correcta, pero la solución del problema no era el alejamiento de Jesús. Jesús ni se aleja ni lo aleja sino que le tiende la mano y lo pone a su servicio.

La reacción negativa de Simón es acogida con un gesto positivo por parte de Jesús: “**No temas. Desde ahora serás pescador de hombres**” (v.10). Esta frase que Jesús pronuncia sobre el apóstol le agrega un nuevo nivel a la experiencia que Simón acaba de hacer sobre la validez de la Palabra del Maestro.

La frase tiene doble valor:

- (1) Es una expresión de perdón.
- (2) Es una promesa.

Detengámonos en lo segundo. Simón conoce a Jesús como aquél que quiere que todos los hombres acojan la Buena Nueva de la Salvación. Ahora, de forma más precisa, Jesús le hace entender que también es llamado a participar en su actuar salvífico.

En principio esta palabra de Jesús no es directamente una invitación al seguimiento y al servicio apostólico (no se le dice “sígueme”, si bien el v.11 lo sobreentiende). En cuanto promesa, se trata de algo más que una invitación. Jesús le está queriendo decir a Simón: “Tu debes dejar de lado todas tus experiencias y las demás consideraciones humanas. Es cierto que desde el punto de vista humano no tienes ninguna posibilidad de éxito. Es verdad que no eres más que un pescador. Pero todo esto no es nada frente al poder de mi Palabra. Tú serás mi apóstol y serás pescador de hombres”.

Con relación a la frase “pescador de hombres”, valga notar que Lucas ha utilizado un término griego preciso. Lucas prefiere el término “zogreo”, que traduce exactamente “tomar vivo”. De esta manera se evita el escándalo que puede producir la imagen de la pesca: no se trata de “capturar” sino de “rescatar”, de “salvar a alguien de un peligro” (en este sentido: LXXNúmeros 31,15; Dt 20,16 y otros pasajes del Antiguo Testamento en su versión griega). La obra apostólica de Pedro, siguiendo la de Jesús, va en esta dirección.

La respuesta final de Pedro es una gran radicalidad: “**Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron**” (v.11). Pedro y sus dos compañeros comienzan una nueva vida que se fundamenta en la Palabra-Promesa de Jesús.

Pero hay dos acentos particulares en esta frase final: (1) Cuando dejan las barcas el evangelista dice “llevaron a tierra” (la Biblia de América traduce: “después de arrimar las barcas a tierra”) quiere decir que las sacaron completamente del mar, esto es, las inutilizan puesto que no las volverán a tomar. (2) Se dice que siguieron a Jesús “dejándolo todo”: el término “todo” es propio de este evangelio e indica que la disponibilidad para estar con Jesús es absoluta. En el seguimiento se deja a Jesús ser completamente el “Señor”.

2.4. En conclusión

Todo el episodio que el evangelista de la misericordia, san Lucas, nos cuenta en este domingo tiene como finalidad infundirnos coraje para el servicio apostólico, no obstante todas las dificultades externas o internas que puedan presentarse.

La valentía (la “parresía” apostólica de que hablarán los Hechos de los Apóstoles) proviene no tanto de nuestras capacidades sino de la Palabra y de la persona de Jesús. El servicio apostólico no se fundamenta ni en la capacidad de los apóstoles ni en la buena voluntad de la gente a la cual ellos son enviados, sino solamente se apoya en el encargo misionero y en el poder del Señor. La misión no se apoya tanto en las cualidades personales de los misioneros por muy grandes que puedan ser, sino ante todo en la “Palabra” del Señor.

El servicio de Simón (y el de todo apóstol de Jesucristo) permanecerá siempre ligado a estas experiencias fundamentales y no podrá nunca ser independiente o autónomo.

No hay que recordarle a Jesús que el vocacionado es un pecador, Él ya lo sabe. El mismo Simón Pedro se estrellará con su propio pecado y llorará por él amargamente (ver 22,33s.54-60). Lo más importante es que Jesús puso a su servicio a este pecador, que ha orado por él (ver 22,31s) y que le ha dirigido su mirada misericordiosa (ver 22,61s). Así, Simón no realizará su servicio con base en sus propias fuerzas sino a partir de la confianza en (y de) Jesús.

En fin, la vocación solamente puede ser asumida “en su Palabra”. *“En tu Palabra echaré las redes”* (v.5).

3. Rememos mar adentro en la meditación

3.1. Mastiquemos el v.10: ¿Somos pescadores o pescados?

¡Pescador de hombres! ¡Qué expresión tan bonita! Reflexionemos un poquito sobre ella en este domingo.

La pesca milagrosa era la prueba que se necesitaba para convencer a un pescador como Simón Pedro. Cuando regresan a tierra, Simón se arroja a los pies de Jesús diciéndole: *“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”*. Pero Jesús le responde con palabras que representan el culmen del relato y el motivo que hará inolvidable este episodio: *“Desde ahora serás pescador de hombres”*.

Jesús se valió de dos imágenes para ilustrar la tarea de sus colaboradores: la de los pescadores y la de los pastores. Ambas necesitan una mínima explicación, no sea que nuestra mentalidad de hoy entre en choque con ellas por considerarlas quizás poco respetuosas de la dignidad del hombre y se termine rechazando estas dos bellas imágenes.

A todo el mundo le encaja bien el ser pescador, pero a nadie le agrada que lo consideren “pescado” de alguien. A todo el mundo le gusta que lo consideren pastor, pero no consideran de buen gusto que lo tilden de oveja. Pues claro!

En la pesca ordinaria, el pescador busca su propio provecho y ciertamente no el de los peces. Lo mismo pasa con el pastor. Es el caso del que pastorea ganado, por ejemplo, que por mucho que quiera las vacas lo que hace no lo hace tanto por ellas sino porque necesita de su leche, de su carne, de sus huesos, etc. Un pastor en última instancia también termina sirviéndose de la leche, la lana y carne de sus ovejas y corderos.

Pero aquí viene lo bello del Evangelio: es el pescador quien sirve al pez, es el pastor el que se sacrifica por las ovejas hasta dar la vida por ellas.

Por otra parte, cuando se trata de seres humanos, ser “pescados” no es una desgracia sino un gesto de salvación (ver lo que anotamos arriba sobre el v.11). Pensemos en las personas en las personas que quedan a la deriva, arrastradas por las olas, de noche y en las aguas frías del mar profundo, después de un naufragio. Para ellas, el ver una red o un salvavidas que se les arroja no es una humillación sino la realización de sus aspiraciones. Y es así como debemos entender el trabajo de los pescadores de hombres: como el tenderle una mano a aquellos que se debaten entre la vida y la muerte en el mar tempestuoso de la historia.

Pero la dificultad de la que estaba hablando reaparece de otra forma. Es el hecho de que tenemos necesidad de pastores y de pescadores. Pero surge la cuestión: ¿por qué algunas personas deben tener el rol de pescadores o pastores y otro el de peces u ovejas? La relación entre pescadores y peces, así como el que se da entre pastores y ovejas, sugiere la idea de una desigualdad, de una superioridad. A nadie –repito- le gusta sentirse un número más dentro de la grey y reconocer a un pastor por encima de sí.

Aquí tenemos que enfrentar un prejuicio o quizás un malentendido porque en el mundo del Evangelio toda autoridad es ante todo un servicio (y ya mismo hacia qué apunta el servicio de Pedro).

Demás, en la Iglesia nadie es solamente pescador o solamente pastor, lo mismo que nadie es pescadito u ovejita. Todos somos, con tareas distintas, lo uno y lo otro al mismo tiempo. Es bello ver cómo san Agustín se atreve a decirle a la comunidad que dirige: “Para Ustedes soy obispo, pero junto con Ustedes soy cristiano”.

Pero no olvidemos que Jesús es el pescador y el pastor por excelencia.

Antes de convertirse en pescador de hombres, Pedro ha sido “pescado” (en el sentido del verbo griego “zogreo”) por Jesús varias veces. Fue, literalmente, “pescado” de nuevo cuando caminando sobre las aguas en medio de la tempestad, tuvo miedo y estuvo a punto de hundirse. Allí fue tomado por la mano de Jesús. Y le pasó de nuevo al pasar la noche oscura de la pasión del Maestro, cuando una mañana en lago de Tiberíades fue “pescado” por la mano de Jesús después de su triple negación y recibió el encargo de pastorear a la Iglesia.

¡Qué bueno experimentar lo que significa ser una “oveja perdida”! No se escandalicen de esta frase. Lo digo porque en primer lugar porque todos de alguna forma los somos (hasta los más santos siempre se sienten pecadores), pero lo digo también porque es así como aprendemos a ser buenos pastores. Debemos hacer la experiencia del ser “pescados” por la mano misericordiosa de Jesús desde el fondo del abismo en que hemos caído, para que aprendamos lo que significa ser pescadores de hombres.

Si, según lo que le compete a cada uno, todos los bautizados nos consideramos pescados y pescadores al mismo tiempo, entonces veremos cómo se nos abre un gran campo de acción no sólo para los sacerdotes sino para los laicos.

Nosotros los sacerdotes de alguna forma hemos sido preparados para ser pastores, pero no tanto para ser pescadores. Nos parece más fácil nutrir, con la Palabra, los sacramentos y las diversas formas de la caridad, a las personas que vienen a nuestras comunidades de fe en nuestras parroquias, pero no nos queda tan fácil el estar siempre en continua búsqueda de los que se han alejado. Por eso digo que permanece en parte poco trabajado el rol de los pescadores.

Pero permítanme decirles que aquí los laicos juegan un papel importantísimo ya que gracias a su inserción en la sociedad, pueden recorrer con mayor alcance las rutas de la oveja perdida o pez que ha caído en el abismo. Queridos hermanos laicos, en este aspecto, la tarea de Ustedes es una grandeza enorme y es insustituible.

Una vez que arroja las redes apoyado en la Palabra de Jesús (“*En tu Palabra echaré las redes*”), Pedro y los que lo acompañaban en la barca recogieron una cantidad tan grande de peces que las redes se rompían. Entonces “le hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlo”, También hoy el sucesor de Pedro y los que están con él en la barca –los obispos y los sacerdotes- le hacen señas a los de la otra barca para vengan a ayudarlos.

El Señor nos llama, como llamó a Pedro. La Iglesia de hoy cuenta también con la respuesta de todos, cada uno en la vocación que el Señor le ha dado.

3.2. Preguntémonos

3.2.1. ¿Qué implica para nosotros el hecho de que la vocación es el efecto y la respuesta libre y confiada al poder de la Palabra de Jesús?

3.2.2. Siguiendo en orden el Evangelio de Lucas notamos Simón Pedro es el primero que se reconoce pecador ante Jesús. Luego vemos que enseguida aparecen otros encuentros de Jesús con pecadores (ver 5,17-32). ¿Esto qué quiere decir?

3.2.3. ¿Cuáles son las principales dificultades (internas y externas) que se presentan para llevar a cabo la actividad apostólica?

3.2.4. ¿Cómo hay que superar estas dificultades? ¿Qué nos enseña la historia vocacional de Pedro?

3.2.5. ¿Qué dones recibe Simón Pedro en este encuentro con Jesús? (lee con cuidado)

4. Oremos el Evangelio con los Padres de la Iglesia

4.1. ¡Lánzate!

“Tú eres pescador de Cristo, al cual se le dice: ‘Desde este momento le darás la vida a los hombres’. Lanza tus redes, lanza tus miradas, lanza tus palabras, de manera que no oprimas a nadie sino que sostengas al que vacila”

(San Ambrosio, Hexaemeron, 6, 50)

4.2. En la oración reconstruye el diálogo de Jesús y Simón Pedro

“ Señor, aléjate de mí que soy un pecador’, y no soy digno de estar en tu compañía. Aléjate de mí porque un común mortal, mientras que tú eres el Dios-hombre; yo un pecador, y tú el Santo; yo tu siervo, y tú el Patrón...”

“Jesús le dijo entonces: no tengas miedo, no te sorprendas, si ante todo alégrate y cree que estás destinado a una pesca mayor: tendrás otra barca y otras redes. Hasta ahora has cogido peces con las redes, de ahora en adelante –es decir, en un futuro próximo- pescarás hombres con tu palabra y con la doctrina que los conducirá por el camino de la salvación, porque tú has sido llamado al servicio de la Palabra”.

(Ludolfo, llamado “il Certosino”, en Vita Dom.Christi, 1, 29a)

4.3. La asimilación de la Palabra

“La Palabra de Dios se puede comparar con un anzuelo, porque así como el anzuelo no agarra al pez sino no es mordido, de la misma manera para la vida eterna se recibe la Palabra de Dios solamente si se custodia en el alma la Palabra de Dios”.

(Ludolfo, llamado “il Certosino”, en Vita Dom.Christi, 1, 29b)

4.4. La oración del misionero

“Pedro se arrojó a los pies de Cristo después de haber capturado una cantidad enorme de peces. Esto nos enseña que el predicador, capturando con su elocuencia un gran número de personas, debe humillarse completamente ante Dios y a Él le debe reconocer todas las cosas, y para sí mismo nada excepto los errores. Entonces encontrará fuerza en el Señor, quien le dirá: No tengas miedo, tendrás en el futuro un éxito todavía mayor, de ahora en adelante reunirás un número mayor de personas”

(Ludolfo, llamado “il Certosino”, en Vita Dom.Christi, 1, 29c)

P. Fidel Oñoro, cjm

Estudio bíblico No.2

**Confesar la fe con la boca y con la vida:
el misionero camina en pos de Jesús bajo la sombra de la Cruz
Lucas 9, 18-24**

*“Si alguno quiere venir en pos de mí,
niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*

El pasaje que estudiamos a ahora se encuentra en un lugar clave en el evangelio de Lucas, justamente el capítulo que concluye el ministerio mesiánico en Galilea (Lucas 5,1-9,50) y el programa de la formación de los discípulos que se realizará a lo largo de la extensa subida a Jerusalén (9,51-19,48).

Puesto que este pasaje es clave -porque es “programático”- para comprender todo el itinerario de discipulado que se realizará a lo largo de la subida a Jerusalén y ya que tendremos que remitirnos a él una y otra vez, le daremos amplio espacio a la presentación de los elementos fundamentales del pasaje.

El texto que leemos hoy, tiene tres partes bien conectadas:

- (1) La confesión de fe de Pedro (9,18-20)
- (2) La revelación del camino Pascual de Jesús (9,21-22)
- (3) Las consecuencias de este camino para el discipulado (9,23-24)

La primera novedad lucana de este pasaje es que está ambientado en una experiencia de oración de Jesús y sus discípulos. Comenzaremos por ahí.

1. La oración de Jesús en el momento decisivo

A diferencia del relato de Marcos y de Mateo, esta escena no sucede en los alrededores de Cesarea de Filipo, durante una caminata. El ambiente es diferente: la quietud y la soledad de la oración, “*Él estaba orando a solas...*” (9,18a).

Es característico del evangelio de Lucas el que Jesús se encuentre en oración en los momentos decisivos de su ministerio público. Por ejemplo, a la hora del bautismo (3,21), de la elección de los Doce (6,12), del comienzo de la subida a Jerusalén (9,28-29), de la Pasión (22,41), de la muerte (23,46). Este es el caso de la escena que ocupa hoy nuestra atención: Jesús ora en el momento de la decisiva revelación de su identidad, del anuncio de su pasión y de la consecuencia de ésta para la vida de sus discípulos.

Se dice que “*Él estaba orando a solas*” (9,18a), pero paradójicamente “*se hallaban con Él los discípulos*” (9,19b). También más adelante, una semana después en el monte de la Transfiguración (9,28-32), el día que los enseña a orar (11,1) y cuando los exhorta para combatir al tentador junto con él en la agonía (23,39-46), Jesús ora en presencia de los discípulos.

Como en todas las escenas de oración de Jesús en este evangelio, lo que Jesús busca allí es la guía divina que lo orienta en la realización de su misión: supone confianza y entrega total al proyecto del Padre. La revelación que viene enseguida va precisamente en esta línea.

2. La identidad de Jesús es confesada por los discípulos por medio de su portavoz: Pedro

Jesús entonces toma la iniciativa y se dirige a los discípulos para hacerles dos preguntas: “*¿Quién dice la gente que soy yo?*” (9,18c); “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*” (9,20a). La pregunta por la identidad indaga en otras palabras sobre el rol que Él cumple en medio de su pueblo y del mundo.

Veamos los diversos aspectos que entran en juego en el diálogo entre Jesús y sus discípulos.

2.1. La pregunta llega cuando el tiempo está maduro

No es la primera vez que se escuchan preguntas de esta naturaleza. La pregunta por la identidad de Jesús -“*¿Quién es Jesús?*”- ya había sido planteada en pasajes anteriores en el evangelio de Lucas, por ejemplo:

- Los escribas y fariseos, escandalizados porque Jesús perdonaba pecados reflexionaban: “*¿Quién es éste, que dice blasfemias?*” (5,21).

- Los discípulos llenos de temor ante el milagro de la tempestad calmada se dicen entre sí: “*¿Quién es éste, que impera a los vientos y al agua, y le obedecen?*” (8,25).
- El rey Herodes Antipas cuando se entera de la misión de la predicación del Reino se pregunta: “*¿Quién es, pues éste, de quien oiga tales cosas?*” (9,9).

Inclusive, si miramos el conjunto del evangelio notaremos que Lucas nos habitúa a ver que las grandes acciones de Jesús regularmente llevan a una afirmación sobre quién es Jesús. Para este evangelista es claro que la respuesta sobre el sentido de la misión que Jesús realiza en el mundo sólo se puede dar a partir de la observación atenta de sus acciones y de la escucha de su Palabra.

La escena de la confesión de fe, en el evangelio de Lucas presupone todo lo que la gente y los discípulos han contemplado en la persona de Jesús en los capítulos 8,22 a 9,17.

Pero esta es la primera vez que Jesús abre el espacio para que los discípulos expresen su propio punto de vista. No más preguntas sino conclusiones.

2.2. El tipo de pregunta

Jesús nunca le pide a sus discípulos que le den opinión sobre sus discursos o sobre sus obras, lo hace únicamente sobre su propia persona.

Para Jesús lo que cuenta es lo que están comprendiendo sobre él, ya que los quiere conducir hacia un conocimiento claro y hacia una confesión de fe sin equívocos. Pues bien, en el centro del Evangelio no está tanto su anuncio sino la mismísima persona de Jesús.

2.3. El punto de vista de la muchedumbre

Como preludio a la declaración del punto de vista de los discípulos, Jesús pregunta cuáles son las opiniones populares sobre él. Se trata del parecer de las “*multitudes*” (no de “*los hombres*”, como escriben Marcos y Mateo).

Se dan las mismas respuestas ya dadas anteriormente en 9,7-8 en boca de Herodes Antipas, voz oficial dentro del mundo de la política. En 9,19 leemos: “*Unos, que Juan el*

Bautista; otros, que Elías; otros, que un profeta de los antiguos había resucitado". Las tres afirmaciones coinciden en que se trata de un "profeta".

Desde que inauguró su misión en la sinagoga de Nazareth, Jesús mismo se había presentado en el ropaje de un profeta ("**Ningún profeta es bien recibido en su patria**", 4,24), luego el evangelio no hizo sino comprobar una y otra vez su comportamiento profético. La gente lo reconoció así ("**un gran profeta se ha levantado entre nosotros**", 7,16), incluso un fariseo cuestionó la autenticidad de Jesús precisamente sobre este punto ("**Si éste fuera profeta...**", 7,39).

La gente tiene a Jesús en una alta consideración: ve en Él a una figura profética similar a la de los grandes profetas portavoces de Dios.

Pero la estimación popular aparece inadecuada, ya que Jesús no es ni Elías ni Juan Bautista ni ningún antiguo profeta resucitado. Es verdad que Jesús sostiene una relación especial con Dios, y por eso es correcto el título de "profeta", pero se nota que la gente no reconoce aún la relación única y particular que Jesús tiene con Dios. Entonces, ¿dónde se verifica la novedad del profetismo de Jesús, que no parece encajar en la visión popular?

2.4. El punto de vista de los discípulos: "vosotros" y "yo"

Enseguida Jesús les pide a los discípulos su propia respuesta personal. Nótese el énfasis en el "**vosotros**" (9,20a). Con ello, Jesús establece un contraste con las "multitudes", pero también confronta inevitablemente a cada uno sobre la cuestión que decide la vida: la fe.

Se les pregunta a todos, pero es Pedro quien responde como vocero que es capaz de interpretar el sentir de todos y expresarlo. Pedro va directo al título: "**El Cristo de Dios**" (9,20b). Profundicemos:

(1) El título de "**Cristo**" ya se lo habían aplicado por primera vez a Jesús los ángeles en la noche del nacimiento (2,11) y se repite con cierta frecuencia a lo largo del evangelio hasta la última página (ver 24,26.46).

(2) En el evangelio de Lucas se siente la necesidad de darle una precisión al título de "**Cristo**" añadiéndole el determinativo: "**de Dios**". Así se enfatiza que Jesús es el "ungido de Dios" destinado para su servicio (ver 2,26; 23,35; Hechos 3,18; 4,26). ¿De qué

servicio se trata en última instancia? Esto se comprenderá en el relato de la Pasión (ver 23,35), de ello tendremos una visión anticipada en las líneas que siguen en el pasaje.

Por primera vez los discípulos reconocen de manera explícita que Jesús es el Mesías.

Jesús es el Mesías-Cristo prometido que realiza las esperanzas salvíficas de su pueblo. Pero a Jesús no se le puede “capturar” en los esquemas que proyectan los deseos populares, lo primero que hay que hacer para entenderlo es entrar en sintonía con Dios para comprender su plan de salvación, su proyecto, su sueño de humanidad. Por eso, en este pasaje de la confesión de fe, era necesario el ambiente inicial de oración: ambiente de escucha y obediencia a Dios que determina el recto comprender y actuar.

2.5. La respuesta correcta proviene de los discípulos y no de la muchedumbre

Vale la pena detenernos un momento antes de continuar la lectura del pasaje. ¿Por qué son los discípulos los que aciertan en la respuesta? ¿Qué vieron los discípulos que no vio la gente?

Que la respuesta correcta provenga de los discípulos, indica cuál es la función o el oficio de ellos con relación a toda la actividad de Jesús con el pueblo, su tarea es llevar al conocimiento del sentido de ésta, en otras palabras, ayudar a entender quién es Jesús.

Recordemos que precisamente, enmarcada entre las preguntas por la identidad de Jesús (9,7-9 y 9,18-20), Lucas nos presentó la multiplicación de los panes: el servicio mesiánico de Jesús. En ese momento los discípulos vieron lo que el pueblo no había visto (volver sobre la parte final del evangelio del domingo pasado), por eso ellos están en capacidad de responder.

La confesión de quién es verdaderamente Jesús, está en estrecha conexión con lo que Jesús les ha revelado de sí mismo como dador de vida en algunas escenas que los discípulos -separados de la gente- pudieron ver más de cerca: la tempestad calmada (8,22-25), la resurrección de la hija de Jairo (8,49-56), el banquete mesiánico con la multitud (9,12-17), eventos todos que fueron revelatorios solamente para los discípulos.

Por tanto, los discípulos de Jesús son aquellos que, guiado por las claves de lectura que les da el Maestro, pueden ver más profundamente los eventos y enseñanzas que el resto de la gente; son aquellos que pueden constatar, a partir de la valoración de las bendiciones que provienen del Maestro, que Él es más que un profeta; son aquellos que,

teniendo como modelo a María (ver 2,19), confrontan continuamente los hechos con las enseñanzas, en otros términos: hacen el itinerario completo de la Palabra (hoy: “lectio divina”): “*después de haber oído, conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia*” (8,15). Los frutos se ven en la correcta confesión de fe y en el compromiso radical con el camino de la Cruz del Mesías.

En fin, los discípulos son aquellos que van más allá del diagnóstico y de la perplejidad de Herodes, de las apreciaciones técnicas de los escribas y fariseos, y del entusiasmo primario de las multitudes, y dan el salto cualitativo de la fe que, comprendiendo la revelación del Maestro, van hasta el fondo de su propuesta y se apropian de su escandalosa novedad profética. Una opción tendrá su costo.

3. El doloroso camino del Mesías (9,21-22)

Cuando Pedro confiesa a Jesús como “*Cristo de Dios*”, ya está aludiendo implícitamente al camino de la Pasión. Esa parece ser la razón por la cual Lucas —a diferencia de Marcos— no nos presenta la reprensión que Pedro recibe por no querer aceptar la Cruz; más bien pareciera que Pedro y sus compañeros ya estuvieran preparados para este momento.

La mirada más bien se centra en la contemplación del destino doloroso de Jesús como manera concreta de asumir el camino “*de Dios*”.

Viene ahora la revelación que señala la dirección del profetismo de Jesús en misión mesiánica. Notemos (1) el silencio de los discípulos y (2) la voz del Maestro.

3.1. El Mandato del silencio (9,21)

Jesús se dirige a sus discípulos con autoridad: “*Les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie*” (9,21).

Jesús acoge la confesión de fe de Pedro y la proyecta hacia adelante. Si les pide silencio no es porque lo dicho anteriormente sea falso sino precisamente porque es verdadero, y porque su comprensión los supera. Jesús pide el silencio que aprende.

3.2. Una nueva enseñanza de Jesús (9,22)

He aquí el nuevo aprendizaje que ilumina la comprensión del mesianismo de Jesús. Las nuevas palabras llegan como una pieza fresca de enseñanza.

Jesús se llama a sí mismo ahora “*el Hijo del hombre*” (ya lo venía haciendo desde 5,24; 6,5.22; 7,34; 9,26.58...). Este calificativo explica mejor la función del Mesías: su camino de gloria por medio del sufrimiento (como lo explicamos antes en esta misma publicación periódica).

Dicho sufrimiento no es absurdo, él tiene sentido dentro del plan divino de salvación – predicho por las Escrituras-, que se realiza en el itinerario de Jesús. Que Dios está obrando por detrás de todos estos acontecimientos, transformando el mal en bien, se nota en la palabrita técnica “*debe*” (significa: “necesidad divina” o “según la lógica divina de salvar en la historia”), que los evangelistas reservan para este momento (ver Lucas 13,33; 17,25).

La enseñanza de Jesús delinea las cuatro etapas del camino doloroso del Mesías-Hijo del hombre con cuatro verbos en infinitivo:

(1) Debe “*sufrir mucho*”. Incluye todos los dolores que se narran en el relato de la pasión de Jesús: físicos, morales; por sí mismo, por sus discípulos, por su pueblo. En esta experiencia de Jesús pareciera resonar la verdad de las palabras del Salmo: “*Yahvé está cerca de los que tienen roto el corazón, Él salva los espíritus hundidos*” (34,19). No olvidemos que la Pasión de Jesús en Lucas descubre en todo instante la presencia luminosa de Dios en medio de la noche del dolor (ver el Salmo 33,20).

(2) Debe “*ser rechazado*”: esto es, excluido de su pueblo, excomulgado (ver Lucas 20,17). Será una expulsión oficial. Los tres grupos mencionados componen el Sanedrín: la máxima autoridad religiosa en pleno. Pero la marginación de Jesús, por causa de su opción por los marginados, tiene un sentido, como dice el Salmo: “*La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido*” (118,22; ver Lucas 20,17).

(3) Debe “*ser matado*” (18,33). No se dice crucificado, nunca se profetizó una muerte en Cruz, ésta vendría como resultado de la coyuntura histórica. Lo fundamental es que el rechazo de Jesús fue hasta las últimas consecuencias. Pues bien, desde eso fondo, el más bajo posible, Dios reconducirá –por el camino de la vida- la compleja historia humana.

(4) Debe “*resucitar al tercer día*”: la última palabra es de victoria, el triunfo final de la justicia de Dios (ver la profecía de Oseas 6,2). En el verbo griego (literalmente “*levantar*”) deja entender que hay una resurrección y una exaltación. El camino del Mesías culmina en la gloria.

Como puede verse, el “*debe*” va señalando cómo Dios actúa por dentro del tejido de la historia, haciendo allí una dinámica de salvación que transforma la mezquindad humana en fuerza de vida y crecimiento.

La última palabra, la más importante es la de la victoria y la vida: Jesús es un Mesías crucificado pero que resucita. Por eso, cuando el discípulo escuche el llamado de Jesús para compartir su camino tendrá que ver más allá de la renuncia la Buena Noticia de la Resurrección: “ganará la vida”.

4. Las implicaciones del camino del Mesías para la vida de los discípulos (9,23-24)

La enseñanza de Jesús pasa de la instrucción sobre su destino personal a las consecuencias que dicho destino tiene para la vida de los discípulos, porque ellos son los seguidores del Hijo del hombre sufriente. En pocas palabras Jesús pide una fe que sea tan leal que esté dispuesta a ir hasta el martirio.

Sobre la confesión de fe y el anuncio de la Pasión emergen con mayor claridad (1) las exigencias (9,23) y el sentido de la vocación de los discípulos (9,24).

4.1. Las exigencias de la vocación de los discípulos (9,23)

Vale la pena que reparemos en ellas, palabra por palabra.

“*Decía a todos*” (9,23a). Jesús levanta la mirada a todos los potenciales discípulos, no sólo para los que ya lo perdieron todo por él sino también para los candidatos.

“*Si alguno quiere venir en pos de mí*” (9,23b). La decisión de seguir a Jesús, que parte de un acto profundo de libertad del discípulo (“*Si alguno quiere...*”), implica un andar siempre en su ruta. Es curioso que mientras la expresión “*ir en pos de...*” en el Antiguo Testamento sirve para calificar la idolatría –obedecer a falsos dioses (ver Jueces 2,12;

Deuteronomio 13,5; 1 Reyes 18,21), en boca de Jesús es la máxima expresión de la adhesión a Dios en aquel que ha sido confesado como “*el Cristo de Dios*”.

A quien responde se le piden tres actitudes:

(1) “*Niéguese a sí mismo*” (9,23c). Es ante todo ser capaces de decirle “no” a lo que no es coherente con la opción por Jesús y que generalmente proviene de sí mismo y de las propias ambiciones, para vivir al estilo de la Cruz. Esto supone un continuo “discernimiento de espíritus”. Esto no será cosa de un día sino de siempre, como se verá enseguida.

(2) “*Tome su cruz cada día*” (9,23d). Literalmente es tomar la propia cruz y cargarla hasta el lugar de la ejecución. Por lo tanto, en principio es estar preparados para morir por crucifixión. Pero el sentido de la frase de Jesús va más allá: al describir la acción de los ya condenados yendo al patíbulo para la ejecución, Jesús invita a cada discípulo a colocarse en el lugar del que ya está condenado a muerte.

Pero no se trata de un martirio en sentido literal sino de la actitud del que mira su propia vida en el mundo como ya terminada. El discípulo pertenece a otro ámbito de vida: su principio inspirador es el amor misericordioso que acoge al otro desde él y no desde uno mismo, el amor que se hace capacidad del otro para redimirlo asumiéndolo en el propio ámbito de vida.

Y esto no se hace un día sino siempre: se trata del nuevo impulso de vida característico del Reino de Dios. La frase “*cada día*”, acentúa la necesidad de una renovación diaria de esta actitud.

(3) “*Sígame*” (9,23e). La idea de fondo es: “y de esta manera síganme”. La palabra nos remite a esta frase que aparece en el punto de partida del discípulo: “*dejándolo todo, le siguieron*” (5,11). Con las actitudes anteriores el discípulo irá siempre detrás de Maestro haciendo todo lo que Él hace. Y el discípulo que toma la Cruz ya está haciendo lo que Jesús hace porque “*Todo (discípulo) que esté bien formado será como su Maestro*” (6,40b).

4.2. El sentido de la vocación del discípulo (9,24)

Para comprender mejor no hay como los paralelos. Jesús finalmente coloca en contraposición dos tipos de personas:

(1) Hay personas que desean preservar su vida (“**Quien quiera salvar su vida...**”): están ante todo preocupadas por ellas mismas, por su exclusiva felicidad, siendo capaces incluso de dejar a otra persona de lado con tal de no sacrificar los propios sueños; éste es el trasfondo de muchas situaciones de pecado.

Pues bien, Jesús dice que la persona que desee preservar su manera de vivir evitando cualquier sacrificio, la autonegación para optar por los valores del evangelio, esquivando el martirio, “**perderá su vida**”, o sea, quizás gozará por un rato pero no alcanzará la plenitud de la vida, e incluso se la habrá negado a otros. Este tipo de personas, en el juicio final no gozará de la vida eterna que vendrá (ver 9,26).

(2) Hay personas que están bien dispuestas para perder generosamente su vida (“**Quien pierda su vida por mí...**”), es decir, que han descubierto a Jesús y “por” Él se la juegan toda, porque sólo desean vivir según los valores de su evangelio, el mayor de todos: el amor de la Cruz, que es vivir radicalmente en función de los demás.

Estas personas, paradójicamente preservan la vida. A través de la experiencia del “perder” (el “darse”) será salvada su vida en un sentido profundo porque ha alcanzado la identidad con el Maestro y con Él recorre el camino que verdaderamente conduce a la gloria. No hay que olvidar que hay una causa: la pérdida es por causa de Jesús, por lealtad personal a Jesús. Esta lealtad no se quedará sin la contraparte en el tiempo final: “**ése salvará su vida**”.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué opinión de Jesús tiene la gente con la que trato cotidianamente en ambientes distintos a los de mi comunidad de fe? ¿Se parece a la opinión de la gente en tiempos de Jesús?
2. Jesús hoy te pregunta: ¿Y tú, quién dices que soy yo? ¿Qué le contestas a partir de lo que sabes de Él? ¿Qué le contestas a partir de la experiencia que tienes de Él? ¿En qué forma el contacto diario con la Palabra de Dios te lleva a descubrir los rasgos de la identidad de Jesús?
3. “**Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame**”. ¿Cuál es tu mayor cruz? ¿Cómo la estás llevando? ¿Hacia dónde la llevas? ¿Qué te hace pensar que es la cruz con la cual sigues a Jesús?
4. ¿Te sientes verdadero/a discípulo/a de Jesús? ¿Qué efectos produce en ti la confrontación de tu vida con las enseñanzas de Jesús?
5. Las enseñanzas de Jesús delinean las cuatro etapas del camino doloroso del Mesías: ¿En qué forma estas cuatro etapas están “marcando” un proceso en la vida de mi grupo o comunidad?

Estudio bíblico No.3

El misionero: un nuevo comienzo radical

Lucas 9, 51-62

“Cuando se iban cumpliendo los días de su ascunción, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén”

En el texto que vamos a estudiar vemos cómo Jesús aborda su camino definitivo con una gran resolución interior. Con esta actitud comienza a subir hacia Jerusalén, donde recorrerá el último y decisivo trecho de su “*éxodo*” (9,31) que culminará en su ascensión al cielo.

El evangelio nos pone de frente a la hora de las coyunturas decisivas.

(1) Para Jesús es el tiempo del “*cumplimiento*” según el proyecto mesiánico fijado por el Padre. Nada ni nadie lo podrá detener. Ni la hostilidad de los samaritanos, ni la pobreza, ni el padre que hay que sepultar, ni los parientes de los que hay que despedirse, son suficientes para “*mirar atrás*”.

(2) Para el discípulo es el tiempo de evaluar previamente el “costo” del ser discípulo, analizando las implicaciones de la opción y decidiendo libre y conscientemente entrar en el camino del Maestro sin ponerle condiciones.

Lo que vale para el Maestro también vale para el discípulo: el camino del discipulado requiere decisiones así de fuertes. El seguimiento del Maestro en la ruta hacia Jerusalén lleva la impronta de la radicalidad y de la jerarquía de valores de Jesús.

Abordemos este texto en sus tres partes:

(1) La decisión de Jesús (9,51)

(2) El fracaso en Samaría (9,52-56)

(3) La exigencia de un seguimiento incondicional (9,57-62). Esta tercera parte tiene a su vez tres pequeños episodios vocacionales.

1. La hora de la decisión de Jesús: comienza el camino de subida hacia Jerusalén (9,51)

Jesús sabe cerrar y abrir etapas en su vida. Así lo vemos cuando termina su ministerio en la amplitud montañosa, marítima y siempre verde de Galilea (Lucas 5,1-9-50). Entonces se abre una nueva página con estas palabras: “*Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascunción, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén*” (9,51).

Veamos tres elementos claves insertos en esta frase lucana: (1) la realización del plan de Dios; (2) el interés por Jerusalén; (3) la toma de la decisión.

1.1. La realización del plan de Dios

El indicador de este giro decisivo en el ministerio de Jesús es el “*cumplimiento de los días de su ascensión*”. Observemos que:

- (1) No se trata de una decisión tomada a la ligera. Ya dos veces había anunciado la segunda parte de su programa misionero en los así llamados “anuncios de la pasión” (ver 9,22 y 9,44-45).
- (2) La referencia que Jesús tiene es el tiempo establecido por el Padre. Pues bien este tiempo va llegando a su fin. Jesús quiere cumplir su cita puntualmente.

1.2. La mirada puesta en la meta: ¡Jerusalén, Jerusalén!

La mirada está puesta en Jerusalén: “*se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén*”. Jesús sabe lo que le espera: “*no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén*” (13,33). De aquí en adelante Jerusalén permanecerá en la mira de los movimientos de Jesús.

1.3. La toma de decisión

Lucas nos presenta la toma de decisión de Jesús con una frase que a primera vista parecen enigmática, pero que en realidad es bella y de una gran profundidad: “*Se afirmó en su voluntad de...*”.

Ante el fatídico destino Jesús toma una decisión radical: rompe con Galilea y se dirige en la dirección de Jerusalén. La iniciativa es de Él: Jesús escoge el camino del Padre. Para nosotros ya es mucho si aceptamos el destino que se acerca y no podemos evitar. Jesús, en cambio, avanza decidido hacia su destino. Es así como la frase “*se afirmó en su voluntad de...*”, que literalmente en griego suena “*endureció el rostro*”, describe el impulso de una fuerte decisión.

Algunas imágenes de fondo, en el Antiguo Testamento, nos permiten comprender la trascendencia del gesto de Jesús. Esta expresión de “fuerte decisión” la vemos en la valentía del Rey de Aram cuando avanza contra la ciudad santa para la guerra: “*y se volvió para subir contra Jerusalén*” (2 Reyes 12,18). Lo mismo se dice también del “Siervo Sufriente de Yahvé, profetizado por Isaías, pero esta vez en la actitud terca y defensiva de quien no cede a pesar de la adversidad: “*Puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado*” (50,7). Los dos aspectos contenidos en las citas anteriores parecen estar presentes en la frase redactada por Lucas y aplicada a Jesús: “*endureció el rostro*”.

Jesús con una gran fortaleza enfrenta su destino, se compromete y toma decisiones firmes. Lo que Jesús va a hacer es el preludio de su muerte, que será para nosotros el preludio de la vida.

Esto mismo le va a pedir hacer enseguida a sus seguidores.

2. El camino comienza mal: en Samaría no lo reciben (9,52-56)

Para llegar a Jerusalén, bajando desde la norteña Galilea, el camino más directo pasaba por Samaría. Pero la mayor parte de los judíos evitaban esta ruta. Había una enemistad de siglos entre judíos y samaritanos (ver Juan 4,9).

De hecho, por razones de intolerancia religiosa y por motivos nacionalistas, los samaritanos hacían de todo para fastidiar a los viajeros, incluso le hacían daño a los grupos de peregrinos que cruzaban su territorio en caravanas.

2.1. La hospitalidad negada

Jesús se arriesga por esta ruta. No lo hace solamente como una persona que va “de paso”, la expresión “*envió mensajeros delante de sí*” (9,52) indica que tiene intenciones misioneras (como se verá después en los Hechos de los Apóstoles aquí nacerán comunidades cristianas: 1,8; 8,4-8).

Esta opción de Jesús, la más peligrosa, deja entrever su misericordia: Jesús le está ofreciendo una mano amiga a un pueblo enemigo.

Pero se le niega la hospitalidad a la misión y a la amistad de Jesús: “*Pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén*” (9,53).

2.2. La ira de los mensajeros

Así como en el primer día de su misión en Galilea (ver Lucas 4,16-30), también esta vez se le cierran las puertas al Maestro, el rechazo anunciado ha comenzado.

Los discípulos Santiago y Juan, conocidos como “hijos del trueno” por la impetuosidad de su temperamento (Marcos 3,17), le hacen honor a su apodo y reaccionan violentamente, no comprenden la negativa de los samaritanos y reaccionan airados: “*Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?*” (9,54).

Piden arrasar con fuego esa ciudad, lo cual es un gesto de maldición. ¿Será esta la manera de manejar un fracaso?

La actitud nos recuerda lo que hizo el profeta Elías cuando el malvado rey Ocozías mandó llamarlo: “*Que baje fuego del cielo y te devore a ti y a tus cincuenta hombres*” (2 Reyes 1,10ss). En ese momento fue una estrategia de defensa.

2.3. La lección de Jesús

Pero Jesús no le permite a los discípulos que lleven a cabo sus propósitos y por segunda vez los reprende por su intolerancia y por su violencia: “***Pero volviéndose, les reprendió***” (9,55; ver la primera vez en 9,49-50). Es verdad que Jesús pide ser acogido, pero también es verdad que deja a los hombres en libertad para acogerlo y no trata de forzar a nadie para que crea en él. La mala decisión de los samaritanos no puede castigarse con medidas drásticas.

Aquí vemos una consecuencia de la decisión por el camino de la Cruz por parte de Jesús: el rechazo que experimenta a lo largo del camino no lo amarga, por el contrario sigue adelante con la frente alta: “***Y se fueron a otro pueblo***” (9,56; así ya lo había hecho en 4,30 y así procederán posteriormente los misioneros itinerantes en los rechazos que les propinan en las diversas ciudades en los Hechos de los Apóstoles).

Así, desde el primer paso en la subida a Jerusalén, comienza la pasión. Jesús sabe afrontar la violencia que se le viene en contra y no devuelve con la misma moneda; el no someterlos inmediatamente a la justicia de Dios ya es un signo de misericordia y el buen resultado de esta decisión se verá venir más adelante (en la evangelización de Samaría en los Hechos de los Apóstoles).

Desde el principio el discípulo aprende que “***tomar la Cruz todos los días***” es saber pasar los tragos amargos del desprecio, con la madurez de quien es capaz de afrontar con altura y pro-activamente los rechazos –con amor al adversario (ver 6,27)-. El que es libre de corazón sabrá respetar también las decisiones libres de los otros.

3. El seguimiento incondicional (9,57-62)

El reproche dado a los discípulos agresivos, da paso a nuevas lecciones sobre el discipulado. Sobre el camino, en el cual va decididamente al encuentro de su destino en Jerusalén, Jesús establece criterios para aquellos que lo acompañan, profundizando en lo que significa ***renunciar*** a sí mismo, tomar la ***cruz*** cada día y ***seguirlo*** (ver 9,23).

Tenemos tres candidatos al discipulado y a la vida misionera. El primer (9,57) y el tercer candidato (9,61) se presentan espontáneamente a Jesús. El segundo es llamado directamente: “***Sígueme***” (9,59). No sabemos exactamente qué motivos han tenido para aproximarse en este momento a Jesús, pero es evidente que están fascinados con el Maestro y desean quedarse con Él.

En la enseñanza que sigue se hace ver que los impedimentos para llevar a cabo el ejercicio del discipulado y de la evangelización no provienen solamente de fuera. Las tres situaciones difíciles que aquí se exponen, muestran otro tipo de obstáculos que provienen de la mentalidad de los mismos discípulos.

Desde el punto de vista positivo, las dificultades presentadas sirven para delinear, a partir de la gran prioridad ya establecida -el don de la vida en la Cruz-, las condiciones para seguir a Jesús. Estas son:

- (1) Abandonar todo.
- (2) Privilegiar la evangelización.
- (3) Mirar siempre hacia delante.

En otras palabras: el olvido del pasado, la pasión del presente y la esperanza en el porvenir.

De esta manera, con la narración de estos pequeños episodios, Lucas estimula a quienes están a punto de optar por Jesús (ver 9,23) para que discernan los motivos del seguimiento y sus implicaciones. Si bien el discipulado es una gracia que proviene de la vocación, no se puede seguir a Jesús de cualquier manera.

3.1. Seguir a Jesús implica estar dispuesto a compartir su pobreza (9,57-58)

El primero candidato le expresa a Jesús su incondicionada disponibilidad: “*Te seguiré adondequiera que vayas*” (9,57).

En la escena anterior ya se había visto que Jesús no tiene un hospedaje seguro. Ahora Jesús propone esa escena como estilo de vida.

¿Qué es lo que el discípulo entusiasta va a encontrar donde Jesús? Él dice: “*Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*” (9,58). Desde el establo de Belén (2,7), Jesús no tiene morada. Su vida es errante, precaria, sin hogar ni lugar. Andar con Jesús supone estar dispuesto salir de la comodidad de una vida instalada para afrontar imprevistos y pobreza.

De esta manera es libre para seguir su camino y para alcanzar su destino. Su mirada está puesta en la meta y es libre de todo lo demás. Todo el resto es secundario; todo el resto lo acepta así como llega. Como se acaba de ver en Samaría, Jesús depende de la acogida que se le ofrezca.

La mención del “*Hijo del hombre*” nos remite también al despojo absoluto de la Cruz. La desnudez de la Cruz es el camino que Jesús le propone a sus discípulos fuertemente deseosos de seguirlo por los caminos del seguimiento y la evangelización. La misma renuncia, la misma libertad y el mismo compromiso le pide a quien quiera seguirlo.

3.2. Seguir a Jesús implica salir del ámbito de la muerte para entrar en el de la vida según el Reino (9,59-60)

El candidato siguiente, llamado por iniciativa de Jesús (no se trata de un deseo sino de una invitación, casi de una orden de Jesús: “*Sígueme*”, 9,59), le pone una condición a Jesús: “*Déjame ir primero a enterrar a mi padre*” (9,59). Se antepone un “*primero*” al seguimiento. La meta de Jesús no es en este momento la prioridad.

En la frase del candidato no es claro si se trata de esperar hasta la muerte de su padre o si éste ya murió y quiere ir asistir a las exequias.

La respuesta de Jesús coloca una prioridad: **“Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios”** (9,60). La evangelización debe ser privilegiada. Jesús no acepta que se aplace la misión y requiere para ello una obediencia comparable a la de Abraham a quien se le dijo: **“Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré”** (Génesis 12,1).

El llamado a la Misión había hecho una solicitud en nombre de la piedad filial -tema del cuarto mandamiento de la Ley de Dios-. Sepultar al padre, cabeza de la familia, era un deber muy estricto que ningún hijo -sobre todo el mayor de la casa- podía dejar de hacer. Pero los compromisos propios de la vocación constituyen un deber infinitamente superior.

El amor por el Señor está por encima al amor por la familia (ver 14,26). Este criterio propuesto por Jesús es una característica de la novedad del Reino. De hecho, cuando fue llamado, Elías le dio permiso a Eliseo para despedirse de su padre y de su madre antes de partir (1ª Reyes 19,19-21). En los nuevos tiempos esto ya no se permite.

Algo ya intuía el Sirácida, quien recomendó no llorar a un muerto sino un día, máximo dos, porque la tristeza **“a él no le aprovechará, y te harás daño a ti mismo”** (Eclesiástico 38,21).

¿Por qué no hay dilación? El Reino que anuncia Jesús es de vivos: **“Deja que los muertos entierren a sus muertos”** (9,60). Mirando la otra cara de la moneda, esto quiere decir que los que no escuchan a Jesús y no lo siguen están espiritualmente “muertos”. En consecuencia, Jesús está invitando a reconocer en el discipulado la plenitud de la vida, a la cual están también invitados todos los que no han dado el paso. Cuando se entra en el Reino, en el ámbito de la vida (**“¿Por qué buscáis entre los muertos al viviente?”**, 24,5), ya no se debe dar marcha atrás.

Por lo tanto Jesús no está recomendando un desentendimiento de la familia sino justamente todo lo contrario. Lo fundamental es esto: el anuncio del Reino tiene una importancia absolutamente superior a los deberes humanos más preciados y si éste es el deber mayor, todo habrá que reconducirlo hacia él. El seguimiento del Reino y su proclamación exige que estemos dedicados completamente a él.

3.3. Seguir a Jesús implica un adiós verdadero al pasado y echar siempre para adelante (9,61-62)

Llega el tercer candidato poniendo también una condición: **“Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa”** (9,61). El “pero” se deja sentir.

En aquella época muchas veces todos los miembros de la familia vivían en la misma casa (abuelos, papás, tíos, niños, etc.). Todavía hoy ocurre con frecuencia en el Oriente. El ambiente que se describe aquí entonces pone a la luz un peligro: la despedida, por sencilla que sea, llevaba su tiempo e incluso podía enfriar, o peor todavía, llevar a cambiar la decisión.

En su respuesta, parece que Jesús echa mano de una imagen gráfica proveniente de la sabiduría popular campesina y popularizada en el ámbito intelectual por el sabio conocido como Plinio “el Viejo” (23 aC): cuando se ara el campo no se puede hacer un surco recto y profundo si el arriero se pone a mirar para atrás. Recordemos que en la mayor parte de los casos –de las familias pudientes- esta antiquísima herramienta de agricultura era tirada por bueyes. Un trabajador debía poner constantemente su mirada sobre el surco que se iba haciendo, sólo así el campo estaría preparado para recibir la semilla y hacer una buena cosecha.

Jesús aplica la imagen a la consecuencia que trae la absoluta novedad del Reino: “*Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios*” (9,62).

Con sus palabras “duras”, Jesús no pretende legitimar una falta de amor con la familia. Pero subraya que el seguimiento requiere un corte claro; que las relaciones vividas hasta ahora no pueden continuar de la misma manera. Todo paso adelante en la vida supone asumir las dolorosas renunciaciones que la opción implica. Jesús da ejemplo de esto cuando rompe con su amada Galilea (ver 9,51).

Esto vale para el anuncio del evangelio. Jesús se entregó completamente –firme y decididamente- a la misión, y le pide lo mismo a sus discípulos: deben trabajar el suelo humano y consagrar a este trabajo todos sus esfuerzos. Aquel que se deja distraer en esta función, no tiene las cualidades para ejecutarlo.

Esto se aplica a también a todos los ámbitos de la vida del discípulo. Jesús no acepta decisiones tibias: caminar en el seguimiento exige una ruptura, un cambio de valores, el olvido de experiencias morales adquiridas.

4. En conclusión: inspirados en Jesús, tomar bien las decisiones

Es común oír decir que este es un evangelio “difícil”. Curiosamente, es el evangelista de la ternura y de la misericordia quien nos cuenta esta página, con un tono particularmente riguroso pero no rígido.

Toda la enseñanza gira en torno la exigencia evangélica: quien quiera seguir a Jesús, debe decidirse totalmente por él y comprometerse. La hora de las decisiones es la hora de la verdad. El discipulado no admite tibieza espiritual, es tiempo de rupturas enérgicas con el pasado para abrirse a un futuro lleno de promesas.

El pasaje de hoy nos enseña a dar todos los pasos correctos en la toma de decisión fundamental por Jesús. En la historia de cada uno, tamaña decisión, representa un momento clave que no se define necesariamente en términos de acontecimientos presentes o futuros, sino en términos de gracia que hay que saber aprovechar cuando pasa, asumiendo los dolores de las rupturas.

A propósito de los últimos tres personajes, el evangelio nos deja sin saber si después de las palabras de Jesús realmente lo siguieron o no. Lo que sí sabemos con certeza son las circunstancias y las condiciones que son necesarias para seguirlo. De cada uno de nosotros se espera ahora la respuesta.

4. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

4.1. ¿Cuáles son las exigencias que Jesús nos plantea para poderlo seguir incondicionalmente? ¿Cómo reaccionó Jesús ante el rechazo de los samaritanos?

4.2. En algunas ocasiones también yo, como Jesús, me siento rechazado en mis opiniones o actitudes. ¿Cuál es mi reacción espontánea? ¿Me cierro en un silencio amenazante y vengativo? ¿Reacciono con violencia? ¿Actúo con la misericordia de Jesús que ‘ofreció su mano amiga a un pueblo enemigo’?

4.3. Como familia, como grupo, como comunidad estamos llamados a seguir a Jesús. ¿En qué forma nos estamos ayudando y animando mutuamente en este camino? ¿Me siento responsable de la respuesta que mi hermano(a) está dando diariamente a Jesús o pienso que es mejor no meterse en la vida de nadie?

4.4. Jesús nos pide abandonarlo todo para seguirlo a Él. En este momento de mi vida ¿qué es lo que siento con más fuerza que debo dejar para seguirlo? ¿Por qué me cuesta tanto ese desprendimiento? ¿Qué pasos concretos daré al respecto?

4.5. Jesús está esperando una respuesta a su invitación ‘*sígueme*’ ¿Poseo la suficiente valentía para optar radicalmente por Él? ¿Qué circunstancias o personas me ayudan a hacer realidad esta opción y cuáles son para mí un obstáculo?

P. Fidel Oñoro, cjm

Estudio bíblico No.4

Jesús formador de los misioneros: Para ser Buenos Obreros del Evangelio San Lucas 10, 1-12. 17-20

*“Los envió de dos en dos delante de sí,
a todas las ciudades y sitios a donde Él había de ir”*

En el estudio bíblico anterior escuchamos que Jesús le dijo a un candidato al discipulado: **“Tú vete a anunciar el Reino de Dios”** (Lucas 9,60b), hoy vemos cómo esta misión se hace realidad.

Lucas, un evangelista misionero

El evangelio de Lucas tiene una particular preocupación por el tema de la misión. Ésta consiste en la realización del proyecto salvífico de Dios sobre el mundo, anunciado por los profetas, cumplido en el ministerio de misericordia de Jesús y extendido por todo el mundo por medio de la evangelización que la Iglesia realiza con el poder del Espíritu Santo.

Entre el comienzo solemne en la sinagoga de Nazareth (**“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para...”**, 4,18) y la efusión del Espíritu sobre la comunidad apostólica en Jerusalén (**“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”**, Hechos 1,8), el evangelio de Lucas traza todo un arco de intensa actividad misionera que tiene su punto más alto en su misterio pascual realizado en Jerusalén, donde su sangre derramada –como justo sufriente- alcanza para la humanidad entera el perdón de los pecados (ver el mensaje misionero en Lucas 24,46-47).

Jesús no vive su misión de cualquier manera, tanto su pasión por el Reino (**“He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!”**, 12,49) como su fidelidad al Padre (**“que no se haga mi voluntad sino la tuya”**, 22,42) lo impulsan en todo momento. Esta pasión por la misión, junto con las actitudes y las tácticas requeridas para realizarla, Jesús se la va transmitiendo poco a poco a sus discípulos, los cuales en definitiva se convierten en sus “enviados”.

Tan importante es el tema de la misión que el evangelista Lucas nos presenta no uno – como los otros evangelistas- sino dos relatos de envío misionero: Lucas 9,1-6 (Jesús envía los Doce) y 10,1-20 (Jesús envía otros Setenta [y dos]).

La preocupación de Jesús se centra en la formación para la misión, los detalles de la realización misma se verán en los Hechos de los Apóstoles. Si bien desde ya se anuncia

el éxito: **“Regresaron los setenta (y dos) alegres, diciendo: ‘Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre’”** (10,17).

Pero para que esto sea posible hay que seguir fielmente las instrucciones de Jesús. Así como hay exigencias para la vocación (ver el evangelio del domingo pasado) también las hay para la misión. En el pasaje de hoy vemos cómo Jesús educa cuidadosamente para la misión.

Para abordar mejor el texto tengamos en cuenta lo siguiente:

(1) La misión de los setenta (y dos) aparece inmediatamente después de un pasaje vocacional en el que se anuncian los temas que encontramos aquí: (a) el camino (10,1; en 9,57 se decía: **“mientras iban caminando”** en la subida a Jerusalén); (b) la proclamación (10,9; en 9,60 se dijo **“vete a anunciar el Reino”** como tarea prioritaria del vocacionado); y (c) el ser obreros del evangelio (10,2; en 9,62 se había hablado del **“arado”**, imagen de aquello en lo cual se pone toda la concentración).

(2) Es significativo el hecho que coincida con el paso de Jesús por territorio de Samaría (lo mismo que sucede en Hechos). Por lo tanto se está pensando en la misión que se realizará en Samaría (ver Hechos 8).

(3) Cuando Lucas nos presenta este episodio no sólo está recordando con fidelidad las instrucciones del Señor (la enseñanza de la comunidad está enraizada en la del mismo Jesús) sino que está pensando también en su comunidad: en las necesidades y las dificultades propias del último cuarto del siglo primero. Por lo tanto da la ocasión para reflexionar sobre las condiciones y dificultades que caracterizan cualquier misión cristiana.

Entremos ahora en algunos detalles significativos del texto:

1. Jesús envía un número amplio de misioneros (10,1)

“Designó el Señor a otros setenta (y dos)” (10,1^a)

El número de los “setenta (y dos)” enviados corresponde al número de las naciones paganas en Génesis 10 (70 en el texto hebreo llamado “masorético” y 72 en la versión griega llamada “septuaginta”). Estos misioneros simbolizan a las naciones del mundo y prefiguran la misión universal que se desarrollará en Hechos 13-28.

Uno de los puntos llamativos en el evangelio de hoy es precisamente que hay otras personas diferentes a los Doce involucrados en la tarea misionera.

Aquí hay una lección nueva sobre la misión. De hecho, Lucas es el único evangelista que menciona la misión de los setenta (y dos). Como se nota allí, la misión que simboliza universalidad no es llevada adelante por los Doce, si bien siempre estará en comunión con las directivas de los Doce.

Esto nos hace caer en cuenta que la vocación para la misión es amplia. Ya en la primitiva Iglesia se notaba cómo muchos miembros de las pequeñas comunidades, que no pertenecían al grupo de los Doce, estaban activamente involucradas en la misión universal.

“De dos en dos... a donde había de ir Él” (10,1bc)

También es de anotar que en la misión la experiencia de Jesús y de la comunidad van de la mano:

(1) La dimensión comunitaria y testimonial aparece subrayada desde el principio en el dato **“los envió de dos en dos”** (10,1b), o sea que ninguno va solo. Esta cifra específica nos recuerda que para la validez de una declaración ante un tribunal, por ejemplo, se requería al menos otro (testigo) que validara o negara lo dicho; a lo cual podemos agregar la importancia del apoyo mutuo y aún –si es del caso- de la corrección fraterna en medio de la misión.

(2) A pesar de las múltiples actividades que implica una misión, nunca se pierde de vista que lo esencial es la persona de Jesús, por eso se subraya que ellos van **“delante de Él”** allí **“donde Él había de ir”** (10,1c; ver también 9,52^a).

2. Lo que hay que tener en cuenta a la hora de realizar la misión (10,2-12)

Al tiempo que los envía, Jesús le da una serie de instrucciones a los misioneros. Veámoslas.

2.1. La oración por la provisión de misioneros: primera actividad apostólica

“La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (10,2)

La primera indicación práctica que Jesús da es la oración: **“Rogad”**. La mirada se coloca –como siempre lo hizo el mismo Jesús- en el Padre, quien es el **“dueño de la mies”**. La fuente de la misión es Dios mismo (ver el comienzo de la primera misión de Pablo y Bernabé en Hechos 13,1-3).

El misionero debe tener siempre presente que es un **“obrero”**, que está al servicio de un campo de trabajo que no es suyo, que por él consagrará todas sus energías aún en el momento en que llegue a sentir que la tarea lo supera (**“la mies es mucha”**). El retrato del **“obrero”** que aquí aparece está muy cerca de la imagen de un campesino que trabaja de sol a sol con sus propias manos, que en cada jornada se juega su vida en la labor (ver 2 Corintios 11,13; Filipenses 3,2; 2 Timoteo 2,15).

Un primer desaliento comienza a aparecer: aún los setenta (y dos) serán insuficientes para la inmensa tarea de la evangelización. Pero la actitud de confianza en Dios y de

responsabilidad con el encargo los acompañarán en todo momento: los misioneros orarán con fuerte súplica repitiendo la breve oración que les enseñó Jesús, porque todo proviene de Dios y es para Dios. Entonces: la primera acción apostólica es la oración.

2.2. Conciencia de la fragilidad pero también de donde proviene la fortaleza

Jesús mismo responde la oración por el envío a la misión: “*Id*” (10,3^a). Y enseguida describe con una sola frase el ambiente de hostilidad que le aguarda a los misioneros: “*Mirad que os envío como corderos en medio de lobos*” (10,3b). La metáfora de los lobos y los corderos manifiesta la dolorosa desproporción.

La susceptibilidad de los discípulos ya se había notado en la recientemente fracasada misión en Samaría (ver 9,53-54), donde los misioneros afectados quisieron responder con agresividad y venganza. Pues bien, lo que viene es todavía peor: ¿resistirán los misioneros? ¿su personalidad no se derrumbará ante los problemas?

En fin, puesto que la misión no es fácil, hay que estar preparados incluso para el fracaso. De ahí que los misioneros, conscientes de su fragilidad, deben tener muy en claro dónde está su fortaleza.

¿Cómo se presentarán, entonces, ante el mundo? Jesús lo dice enseguida.

Los setenta (y dos), así como los Doce (9,3), dependen totalmente de Dios para su protección y sostenimiento. Ellos son enviados al viaje misionero sin ningún equipaje como signo de su fe en que Dios suplirá sus necesidades: “*No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias*” (10,4^a).

Esta pobreza, que en realidad es libertad de corazón, se notará no sólo a lo largo de viaje sino en su comportamiento tanto en las casas (comerán lo que allí tengan) como en la ciudad entera. Quien brillará ante el mundo no será entonces el misionero sino Dios, fuente de todo bien.

2.3. Tres ámbitos del ejercicio de la misión: el camino, la casa y la ciudad

Jesús describe enseguida el comportamiento del misionero en tres ambientes: el camino (10,4b), la casa (10,5-7) y la ciudad (10,7-12).

(1) El camino

La sola figura del misionero en el camino, a la vista de todos, ya es diciente: es una persona despojada de los implementos necesarios para el viaje (las tres seguridades del viajero de largos trechos: la plata, el morral y el repuesto de las sandalias), que no tiene ambiciones personales y que –por el contrario– está completamente abandonada a la

providencia de Dios. Se parece entonces a Jesús (ver 9,58); se anuncia así la belleza de la filiación.

La prohibición “*no saludéis a nadie en el camino*”, se refiere al detenerse saludando a los amigos o familiares, en conversaciones que en el antiguo oriente se prolongaban indefinidamente; por lo tanto es una forma de volver atrás, hacia las preocupaciones mundanas, y perder la concentración en el servicio de la Palabra de Dios. La misión tiene urgencia, no da espera ni admite distracciones ni pérdida de tiempo en cosas inútiles.

(2) La casa

Si en el camino no hay que detenerse, en una casa sí hay que hacerlo. El mismo Jesús da ejemplo de esto en numerosas ocasiones en el evangelio, por ejemplo, el pasaje de Marta y María (ver 10,38-42). En los Hechos de los Apóstoles es la constante (ver por ejemplo Hechos 5,42).

Acerca del comportamiento en la evangelización de la casa (entiéndase: de la familia) Jesús hace dos precisiones:

(a) “*Decid primero: ‘Paz a esta casa’*” (10,5). No se trata de un saludo cualquiera (ver Jueces 6,23) sino de la invocación de las bendiciones de Dios sobre ese hogar: las bendiciones del Evangelio que traerá prosperidad. Es la “*paz*” anunciada desde la noche de la navidad: ya en el culmen del evangelio ésta es un efecto del misterio pascual de Jesús y se refiere a la salvación que le es ofrecida a aquellos que estén abiertos para recibirla (ver 2,14.29; 19,42; Hechos 10,36).

Puesto que es “don”, la bendición salvífica puede ser aceptada o rechazada. Como es sabido, la respuesta no era idéntica en todos los miembros de la casa, por eso enseguida Lucas recuerda aquello de la única ovejita que vale una misión entera: “*si hubiere allí un hijo de paz*”. El “*hijo de paz*” es la persona abierta a la Palabra y a los dones que provienen de Dios.

(b) “*Permaneced en la misma casa*” (10,7^a). La evangelización de la familia pide dedicación e inserción completa: se comparte la vida de la familia. Cuando el misionero encuentra una respuesta (aunque sea la mínima) debe permanecer en esa casa poniéndose al servicio del bien de la gente. Las reglas de la hospitalidad mandan que la acogida del huésped incluya la alimentación y la dormida y esto ya es al mismo tiempo “*su salario*”. No hay que sentir escrúpulo por sentirse “carga” para la familia si se está al servicio de ella; tampoco hay que ser escrupuloso en elecciones alimenticias (“*lo que tengan*”, lo cual incluye la posibilidad de violar las leyes alimenticias judías cuando se anda en el mundo pagano; ver 1^aCorintios 10,27).

Con estos dos comportamientos se indica el proceso de evangelización entero. Hay que hacer procesos de evangelización completos, no dejar tareas inconclusas, por eso: “*No vayáis de casa en casa*” (10,7b; ver el caso concreto de Pablo en casa de Lida: Hechos 16,15).

(3) La ciudad

Se prevén dos posibilidades: la acogida (10,8-9) y el rechazo (10,10-12).

En caso de acogida, se repite a gran escala lo que se ha dicho sobre la evangelización de la familia. La acogida se expresa en el ofrecimiento de alimentos (regla oriental) quizás en la puerta de la ciudad, los discípulos deben aceptar (10,8).

Los misioneros hacen allí lo mismo que Jesús: predicán la llegada del Reino de Dios (10,9-11; ver 4,43: “*para eso he sido enviado*”) con palabras y obras. Ellos usan la autoridad que Jesús les da (10,19) para realizar los signos poderosos de esta cercanía del Reino: curar (10,9) y exorcizar (ver 10,17).

Cuando los misioneros son rechazados durante la tarea misionera (10,11), se les recuerda una instrucción parecida a la ya dada a los Doce (en 9,5): “*Decid: ‘hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos’*” (10,11^a). Sacudir las sandalias era una manera oriental de mostrar que no apoya la injusticia reinante. Con el gesto quiere decir: “entre Ustedes y nosotros no hay ninguna responsabilidad; asumirán el rigor de las consecuencias negativas de su equivocada decisión”. La referencia a la ciudad de Sodoma, símbolo de la ciudad pecadora, es aquí un aviso del lamentable destino que le espera a quien se negó conscientemente la salvación (ver 10,12; pero Dios siempre ofrece la vida, ver Deuteronomio 30,19).

De esta manera el misionero exige una decisión y hace caer en cuenta de la seriedad de la respuesta. El misionero no cambiará su mensaje para ganarse el favor de la gente: la predicación sigue vigente. Con todo, deja una puerta abierta para la conversión en cualquier momento: “*Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca*” (10,11b).

3. El regreso de la misión: toda una fiesta (10,17-20)

Lucas no nos da detalles sobre la manera como los discípulos ejercieron la misión (lo hará en los Hechos), pero sí recoge los datos fundamentales del regreso.

¿Cómo regresan los discípulos de la misión?

La nota dominante es la euforia: “*Regresaron los setenta (y dos) alegres...*” (10,17).

El tema de la alegría aparece cuatro veces (vv.10.17.1721), dos veces referida a los discípulos y finalmente a Jesús. La alegría debe caracterizar al misionero.

La alegría por el éxito de la misión es una alegría diferente. Baste observar la atmósfera de alegría, maravilla, alabanza y bendición, que se encuentra en los relatos de infancia (ver 1,14.28.46.58; 2,10), e incluso a través de todo el evangelio (5,25-26; 6,20-23; 15,4-

32; 19,37-44; 24,50-53) y los Hechos (2,26-27.42-47; 13,48.52; 15,3.31). El discípulo se maravilla por dos razones:

- (1) por la obra de Dios en la historia humana: la destrucción del mal y el destronamiento del maligno (10,17b-18), han sido vencidas las fuerzas de la muerte;
- (2) por haber sido instrumento de esta victoria (10,19), Jesús le ha dado su “*poder*” y por lo tanto poseen un poder más fuerte que el de Satán; y
- (3) porque sus nombres “*están escritos en los cielos*” (10,21): ellos se han ocupado de la obra de Dios, pero Dios se ha ocupado también de ellos (Él ha “escrito” sus nombres) asegurándoles su salvación en la comunión definitiva con Él en la eternidad (sin embargo ver 13,23-24).

En definitiva, no sólo por lo que han hecho sino por haber recibido el don de la salvación: la comunión con Dios, que es la alegría de Jesús (ver 10,21-22). Hay una cierta complementariedad entre lo que sucede dentro y lo que sucede fuera; entre los otros y sí mismo. Este es un aspecto fundamental del ser testigos y proclamadores del Reino, podríamos llamarlo “la victoria de la perseverancia” (ver 22,29-30).

Los misioneros de la “*paz*” entran en ambientes difíciles, “*como corderos en medio de lobos*”, llevando la reconciliación a los caminos, a las casas y a las ciudades. Su anuncio del Reino al mismo tiempo que cura al hombre aniquila el poder del maligno. Ellos no sólo trabajan arduamente sino que también celebran gozosamente en la alegre dulzura de Jesús. Y esta certeza los acompaña siempre.

Recuperemos hoy el gusto por la misión, el mundo hoy más que nunca lo necesita. ¡Qué bello es ser misionero del Señor!

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Según el evangelio de hoy, qué es lo que se debe tener en cuenta a la hora de realizar la misión?
2. ¿Personalmente, como hombre o mujer de fe, me siento misionero/a, es decir enviado/a por Jesús para extender su Reino o pienso que eso es exclusivo de sacerdotes y religiosos/as?
3. ¿En qué hago, o hacemos consistir nuestra oración y acogida a los/as misioneros/as? ¿Esperamos que lleguen o somos capaces, a partir de nuestra generosidad y solidaridad, de salir al encuentro de sus necesidades, compartiendo con ellos nuestro tiempo, nuestros bienes? ¿Qué propósito concreto podríamos hacer al respecto?
4. ¿De qué manera, en nuestra patria tan golpeada por la violencia y el sufrimiento podemos ser misioneros/as que lleven paz y alegría a nuestra sociedad?
5. Recuerdo algunos momentos de mi vida en los cuales haya hecho algo por los demás; una ayuda, una palabra de consuelo, una palabra de fe, una oración, etc. ¿Cómo me he sentido después?, ¿La alegría que he experimentado que certezas ha dejado en mí?

“¡Qué hermosos son los pies

del que anuncia la paz a sus hermanos!
¡Y qué hermosas las manos
maduras en el surco y en la mies!

Grita lleno de gozo,
pregonero, que traes noticias buenas:
se rompen las cadenas,
y el sol de Cristo brilla esplendoroso.

Si dejas los pedazos
de tu alma enamorada en el sendero,
¡qué dulces, mensajero,
qué hermosos, qué divinos son tus pasos! Amén”

(De la Liturgia de las Horas)

P. Fidel Oñoro, cjm

Estudio bíblico No.5

Cómo hacerse prójimo del necesitado
-El misionero como Buen Samaritano-
Lucas 11,25-37

“Vete y haz tú lo mismo”

Comencemos orando:

*“Señor, cuando tenga hambre, dame a alguien que necesite comida.
 Cuando tenga sed, mándame a alguien que necesite bebida.
 Cuando tenga disgusto, preséntame a alguien que necesite consuelo.
 Cuando esté pobre, ponme cerca de alguien necesitado.
 Cuando alguien me falte, dame la ocasión de alabar a alguien.
 Cuando esté desanimado, mándame a alguien a quien tenga que darle ánimos.
 Cuando sienta la necesidad de comprensión, mándame a alguien que necesite la mía.
 Cuando tenga necesidad de que me cuiden, mándame a alguien que tenga que cuidar.
 Cuando piense en mi mismo, atrae mi atención hacia otra persona”*

(Madre Teresa de Calcuta)

Tres características del discipulado nos plantea Jesús :

- (1) El ejercicio de la misericordia: el discípulo se distingue por el amor al estilo de Jesús (10,25-37).
- (2) El ejercicio de la escucha: la acogida de Jesús implica escucharlo en calidad de Maestro (10,38-42).
- (3) El ejercicio de la oración: la escucha introduce en la relación con Dios Padre a la manera de Jesús (11,1-13).

Nos detenemos hoy en la primera característica: el ejercicio de la misericordia debe ser un rasgo distintivo e indiscutible de un discípulo de Jesús.

Para profundizar en esto leemos uno de los relatos más impresionantes y conocidos de todo el Evangelio: la Parábola del Buen Samaritano; un relato que pone en crisis la mediocridad de nuestra capacidad de amar.

La parábola está enmarcada por el diálogo entre Jesús y un experto en la Ley, de manera que hay que mirar el conjunto en sus tres partes:

- (1) Primera parte del diálogo de Jesús con el legista sobre el mandamiento principal, el del amor (10,25-29)
- (2) La parábola del Buen Samaritano (10,30-35)
- (3) Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista donde se concluye cómo se ejerce el amor al prójimo (10,36-37)

Abordemos el texto con atención.

1. Primera parte del diálogo de Jesús con el legista: “¿Qué debo hacer...?” (10,25-28)

Todo comienza con la pregunta, en principio maliciosa, del experto en la ley: “**Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?**” (10,25). Este otro maestro está interesado en la vida eterna; él sabe que ésta es un don de Dios pero que hay que ganarse el cielo. Él está interesado en una respuesta práctica: “**¿Qué tengo que hacer...?**”.

Verdaderamente una pregunta estimulante. El legista sabe mirar más allá de los intereses cotidianos, sabe que la vida no termina con la muerte, que su existencia está destinada a una vida eterna. Detrás de esta inquietud, entonces, hay un gran sentido de responsabilidad.

Sobre el trasfondo de que la vida eterna es la realidad decisiva, viene entonces la respuesta de Jesús. Si no se siente responsabilidad con el Dios viviente, entonces será igualmente indiferente lo que se haga o deje de hacer en el camino de Jericó.

Jesús entonces le devuelve la pregunta poniendo la mirada directamente en el querer de Dios: “**¿Qué está escrito en la Ley?**” (10,26). La respuesta es la esperada: la responsabilidad con Dios (“**Amarás al Señor tu Dios con todo...**”) está unida a la responsabilidad con el prójimo (“**y a tu prójimo como a ti mismo**”; 10,27).

Entonces los dos, Jesús y el legista, quedan de acuerdo en el mismo punto: es absolutamente necesario amar a Dios y al prójimo en la vida presente, y este es el punto de partida para la comunión de vida en la eternidad. Jesús lo dice abiertamente: “**Haz eso y vivirás**” (10,28).

Pero surge un nuevo problema: “*Y, ¿quién es mi prójimo?*” (10,29).

2. La parábola del Buen Samaritano: “¿Quién es mi prójimo?” (10,30-35)

Se abre un gran paréntesis que ofrece las pistas para la respuesta a la pregunta: “*¿Quién es mi prójimo?*” (10,29), es lo mismo que decir: ¿Quién hace parte del grupo de personas a quienes debo amar como a mi mismo?

Veamos la parábola que le expuso Jesús:

2.1. La situación: un hombre en extrema necesidad en medio de un camino rodeado de desierto (10,30)

“Un hombre... bajaba de Jerusalén a Jericó” (10,30a).

Nos encontramos en una ruta que une dos ciudades importantes, por ella pasaban habitualmente muchos peregrinos que venían o regresaban de Jerusalén. El camino atraviesa un escarpado desierto, peligroso además por su inseguridad; continuamente aparecían delincuentes que aprovechando esta geografía asaltaban las caravanas o los viajeros solitarios. Efectivamente esto último es lo que sucede.

“Un hombre... cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto” (10,30b).

La desgracia de este viajero es triple: (1) le roban todas sus pertenencias (literalmente “*lo desnudaron*”); (2) lo golpean brutalmente dejándolo en grave situación (literalmente “*medio muerto*”); y (3) lo abandonan a su suerte en un lugar descampado, en medio del desierto, sin posibilidad de ayuda inmediata.

Peor no puede ser la situación: está en extrema necesidad, su vida está en juego y no tiene la más mínima posibilidad de valerse por sí mismo para salvarse, depende completamente de la ayuda y la buena voluntad de los demás.

Hasta aquí estamos ante una situación más o menos común, que una persona esté necesitada de ayuda y que quien le tienda la mano se hace su prójimo, no es una

verdadera novedad. Sin embargo el punto más grave no ha sido contado, ayudar a este hombre implica: (1) poner en riesgo la propia vida, ya que detenerse es exponerse al mismo peligro y (2) ser capaz de cambiar los planes personales de viaje (¡en pleno desierto!). El tipo de compromiso que exige la ayuda a este hombre se sale de lo habitual.

2.2. Los dos primeros viajeros pasan de largo (10,31-32)

Los primeros chances de ayuda en el camino solitario, dejan ver no sólo la difícil situación en la que se encuentra el hombre herido sino también lo que implica ayudarlo. Éstos prefieren seguir de largo:

“Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo” (10,31-32).

Como lo destaca la narración, el hecho es que ellos “ven”, pero cuando se percatan de lo que implica el ayudarlo optan por seguir en su comodidad personal se desvían un poco (literalmente en griego: *“pasar por el otro lado de la vía”*; hoy: “cambiar de acera”) y pasan de largo.

¿Quiénes son estos dos que no le tienden la mano al moribundo abandonado?

Que se diga expresamente que el primero en negar la ayuda sea un “sacerdote” es grave. Probablemente sea uno de estos sacerdotes, estilo sacerdote Zacarías (ver Lucas 1,8-9), que después de prestar su servicio sacerdotal en el Templo regresaba a su casa ubicada en otra población (era lo habitual; ver el caso de Zacarías en 1,23). De hecho, hoy sabemos que Jericó era una de las ciudades que más tenía casas de sacerdotes.

El levita pertenecía a una categoría sacerdotal inferior, pero era miembro de una prestigiosa elite en la sociedad judía de la época. Los levitas eran los responsables del esplendor de la liturgia y de la vigilancia en el Templo. Eran muy respetados.

¿Por qué no prestan ayuda?

Hay diversas explicaciones: (1) en caso de que hayan pensado que el hombre ya estuviera muerto: para evitar la impureza por el contacto con el cadáver; (2) para no exponerse también a ser asaltados (como quien dice: mejor seguir ligerito); (3) porque la situación

era tan grave que no se sentían en condición de poder ayudarlo, las consecuencias para la economía personal eran grandes.

Cualquiera que sea la razón, el hecho es que estos dos hombres que pasan al lado del herido son incapaces de un acto de amor que implique riesgos y para ello encuentran buenas excusas. Es todo lo contrario de lo que Jesús hacía: para salvar a un hombre no tenía barreras, si era preciso violaba incluso la ley del sábado (ver 6,9).

La parábola deja entender que tanto para el sacerdote, como para el levita, la preocupación por su propia seguridad y por la realización de los planes que llevaban en mente, resultó más fuerte que la compasión por este hombre agonizante y abandonado a su suerte en el camino. Para ellos el “*amor al prójimo*” no es “*como a sí mismos*”.

2.3. La mano tendida de un enemigo: el buen samaritano (10,33-35)

Frente a las dos ayudas negadas, dos ocasiones perdidas, cobra mayor relevancia la buena acción que realiza el tercer viajero: un samaritano. Él actúa de modo ejemplar: pone todos sus intereses personales (su tiempo, su cómoda cabalgadura, sus escrúpulos, su dinero) en un segundo plano y se concentra totalmente en la salvación de la vida del herido en el camino. El samaritano no ve otra cosa que la necesidad del hombre que está sangrando en el suelo.

¿Quién es este personaje?

“*Pero un samaritano que iba de camino...*” (10,33a)

Como se ha dicho, se trata de un “samaritano”. Para los hebreos solamente los miembros de la misma raza eran considerados “prójimo” y sólo a ellos se aplicaba la obligación de “amar como a sí mismo”. Pero el que aquí aparece no es judío. Más aún, desde el punto de vista judío era considerado como enemigo.

Por razones históricas, en aquellos tiempos las relaciones entre ellos no eran buenas, como de hecho ya comprobamos cuando leímos 9,53, cuando –subiendo a Jerusalén– Jesús pasó por Samaría: “*Pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén*” (o como se dice en el evangelio de la samaritana: “*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? –Porque los judíos no se tratan con los samaritanos-*”; Juan 4,9).

Cuando en la parábola se menciona al “samaritano” inevitablemente viene a la mente la enseñanza sobre la ayuda al enemigo, que Jesús le había predicado solemnemente a sus discípulos en el Sermón de la Llanura: “***Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien***” (6,27).

¿Qué hace el samaritano?

El samaritano “***llegó junto a él y al verle tuvo compasión***” (10,33b)

Él “***tuvo compasión***”. La conmoción interna que siente frente al herido es similar a la de Jesús frente a la viuda de Naím en el funeral de su único hijo (ver 7,13) o a la del papá cuando ve regresar a casa a su hijo disoluto (ver 15,20). El dolor del moribundo del camino se le entra hasta su propio corazón.

Esto nos recuerda los mejores momentos de la profecía de Oseas, cuando describe el corazón de Dios: “***Mi corazón se agita dentro de mí, se estremece de compasión***” (11,8b).

Este sentimiento violento de amor genera enseguida responsabilidad ante el caído. Siete gestos concretos muestran cuál es –en este caso- el “***hacer***” propio de la misericordia (10,34-35):

- (1) Se acercó.
- (2) Vendó sus heridas, curándolas con aceite y vino.
- (3) Lo montó sobre su propia cabalgadura.
- (4) Lo trasladó a una posada.
- (5) Cuidó personalmente de él.
- (6) Pagó la cuenta de la primera noche de posada y dejó un anticipo (que es suficiente para muchos días) para los nuevos gastos que va a implicar su cuidado.
- (7) Se mostró disponible para seguir respondiendo por él.

Notemos cómo la ayuda tiene tres momentos: (1) asistencia inmediata (las acciones No.1-2-3); (2) el cuidado más de fondo (Las acciones No.4-5-6) en vista de la total recuperación; (3) la responsabilidad permanente (la acción No.7): el samaritano espera volver a verlo y está dispuesto seguir con la mano tendida si fuera del caso. El buen samaritano no es un asistencialista, él se compromete con la recuperación total.

El comportamiento del buen samaritano quizás se repetirá más de una vez, porque como él mismo anuncia: volverá por la misma ruta (ver 10,35b).

Así termina la parábola, pero no el diálogo de Jesús con el legista...

3. Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista: “Vete y haz tú lo mismo” (10,36-37)

Llegamos a la aplicación de la parábola.

En la pregunta del legista “*¿Quién es mi prójimo?*”, estaba implícita la idea de que hay límites en el amor: ¿a quién es que debo a amar y con quién es que no tengo obligación?

Jesús retoma la cuestión y lleva a su interlocutor a sacar él mismo la conclusión: “*¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?’ Él dijo: El que practicó misericordia con él*” (10,36-37a).

La respuesta es clara: no se puede trazar un límite preciso, debo hacerme prójimo de todo el que necesite de mí no importa cual sea su apellido, su edad, su género, su condición social, su religión.

Pero notemos que en la pregunta, Jesús hace caer en cuenta que “prójimo” no es el otro sino yo mismo en cuanto “*me hago prójimo*”. “*¿Quién fue prójimo (ó se hizo prójimo) del que cayó en manos de los salteadores?*”. Como puede verse Jesús le invirtió la pregunta al legista: no es “*quién es mi prójimo*” sino “*de quién tengo que hacerme prójimo*”. El buen samaritano no se preguntó si el herido era su prójimo sino que efectivamente él se hizo prójimo de su enemigo.

Jesús nos invita a ampliar los horizontes de nuestras relaciones y de nuestro compromiso. De esta manera no se admiten evasivas ni excusas -ni que sean teológicas- (recordemos que el legista primero quería poner a Jesús “*a prueba*”, 10,25a, y luego quería “*evadirse*”, 10,29a) para ponernos a hacer el bien.

El evangelio del buen samaritano nos coloca ante una nueva perspectiva: ya no hay que preguntar “¿hasta qué punto ya no tengo compromiso?”, porque no es el grado de parentesco ni la simpatía lo que determina hasta dónde debo extender mi mano para ayudar, sino la situación de necesidad real en la que la otra persona se encuentra.

En otras palabras, cualquier persona que se encuentre en mi camino y que esté pasando necesidad, él es el prójimo al cual le debo abrir mi corazón y prestarle auxilio, así esto implique desacomodar mis esquemas personales. El necesitado es el lugar donde tengo que estar amando, el lugar donde mi apertura de corazón es el primer paso del amor que sabe a vida eterna.

Mientras leemos hoy el relato del buen samaritano dejemos que repique constantemente en nuestra mente y en nuestro corazón el imperativo de Jesús: “*¡Haz tú lo mismo!*”.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

¡Hay tantas personas que han caído en los caminos de Jericó de nuestras grandes ciudades, poblados y campos! ¡Hay tantos rostros empobrecidos y moribundos esperando que nos hagamos su prójimo!

1. Leo cuidadosamente la parábola del Buen Samaritano y la reconstruyo paso a paso deteniéndome en las frases que más me llegan.
2. ¿Cuáles son las personas de mi entorno que más necesitan de mí y a quienes algunas veces he negado mi ayuda oportuna? Si es posible las identifico con el nombre. ¿Qué ayuda me pide cada una de ellas? ¿Cómo me haré prójimo de ellas?
3. ¿Alguna vez he actuado como el sacerdote o el levita y siendo consciente de alguna necesidad, he preferido “hacerme el de la vista gorda”? ¿Por qué lo he hecho?, ¿Qué he sentido después?, ¿Qué propósitos me he hecho o me hago hoy al respecto?
4. Recuerdo la última vez que actué como el buen samaritano. ¿Con quién fue?, ¿Qué hice?, ¿Qué intereses y necesidades personales pasaron a segundo plano?, ¿La mano que tendí esa vez fue sólo de momento o aún hoy continúo brindando mi ayuda generosa?
5. Como comunidad, familia, grupo, ¿Qué nos proponemos hacer concretamente para actuar como el buen samaritano?

Dediquemos un espacio de nuestro tiempo, podría ser una tarde, para ir a algún lugar donde haya alguna persona o grupo de personas que nos necesiten y brindémosles nuestra ayuda. Y ¿por qué no hacerlo periódicamente?

P. Fidel Oñoro C., cjm

Estudio bíblico No.6

**EL CAMINO DE LA SALVACIÓN
EN LA MISIÓN AD GENTES
Lucas 13,22-30**

*“Se tú mi santidad, porque yo conozco mi debilidad”
(Isabel de la Trinidad)*

Oremos...

*En tu presencia, Señor,
acogemos el don de las palabras de gracia que salen de tu boca (Lc 4,22).
Son tus palabras unguidas por el Espíritu,
fuente de liberación y gozo para nuestras vidas.*

*Que podamos experimentar la “fuerza de salvación”
que nos trae tu visita (Lc 1,69).*

*Que la alegría de la Salvación de los pastores
que en la noche de la navidad escucharon el anuncio
“Os ha nacido hoy un Salvador” (Lc 2,11)
también habite nuestro corazón.*

*Que la conciencia que ahora tenemos
de estar en tu presencia,
nos lleve a decir como el anciano Simeón:
“Mis ojos han visto tu salvación” (Lc 2,30).*

*Que esta lectio de hoy
estremezca nuestras vidas,
nos saque del comodismo
y de las falsas seguridades,
y ponga nuestros pasos
en el camino de la salvación.
Amén.*

Leamos despacio el texto de **Lucas 13,22-30**:

²²*Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén.*

²³*Uno le dijo:*

«Señor, ¿son pocos los que se salvan?»

El les dijo:

²⁴*«Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán.*

²⁵*Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, os pondréis los que estéis fuera a llamar a la puerta, diciendo:*

"¡Señor, ábrenos!"

Y os responderá:

"No sé de dónde sois."

²⁶*Entonces empezareis a decir:*

"Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas!"

²⁷*y os volverá a decir:*

"No sé de dónde sois. ¡Retiraos de mí, todos los agentes de injusticia!"

²⁸*Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera.*

²⁹*Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios.*

³⁰*Y hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos.»*

Ahora retomemos cuidadosamente el texto...

“Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén” (Lucas 13,22). Con esta primera frase del evangelio de este domingo contemplamos la geografía que recorre un Jesús incansablemente misionero.

Con la fuerza del Espíritu (ver 4,18), Jesús va sembrando la semilla de la Palabra en cada conglomerado humano para hacer de él un jardín en el que germina la vida en abundancia (ver 8,15). Al mismo tiempo, con libertad profética se va aproximando a la ciudad en la que lo aguarda su destino y ni siquiera las amenazas contra su vida por parte del rey Herodes lo apartan de su camino (ver 13,31-33).

En este camino Jesús responde con firmeza las preguntas y requerimientos que se le plantean: la de los hijos de Zebedeo (9,54), las de los tres candidatos al discipulado (9,57.59.61), la del legista (10,26.29), la de Marta (10,40), la de uno de los discípulos (11,1), la de una mujer anónima en medio de la multitud (11,27), la de otro legista en un banquete (11,45), la del un hermano menor que reclama la herencia (12,13), la de Pedro (12,41), la del jefe de la sinagoga (13,14). Si observamos bien, en todos los casos Jesús nunca deja de responder y siempre dice verdades incómodas, ateniéndose a la coherencia de su mensaje. Él no quiere engañar a nadie con falsas ilusiones.

1. Una nueva pregunta para Jesús

En este camino se le plantea una nueva pregunta que lleva en el fondo una ironía: “*Señor, ¿son pocos los que se salvan?*” (13,23).

1.1. Qué trasfondo e implicaciones tiene la pregunta

La pregunta tiene dos presupuestos: (1) Jesús ha sido presentado en este evangelio como el “*Salvador*” (2,11) y (2) Jesús ha planteado exigencias fuertes que pueden llevar a pensar que la salvación es muy complicada.

Todavía hay una tercera idea en el fondo: ¿será que tendrá éxito la misión de Jesús? ¿cuántos llegarán hasta la meta siguiendo sus pasos? ¿cuántos se quedarán en el camino?

Esta pregunta no aparece porque sí. Quien la hace parece tener en mente también el texto de Isaías 37,32: “*Pues saldrá un Resto de Jerusalén, y supervivientes (‘salvados’, según LXX) del monte Sión*”.

Este esquema bíblico de un “*Resto*” de salvados de en medio de todo un pueblo pecador – el “el Resto de Israel- no solamente estaba presente en la historia de Israel y en la predicación de los profetas, sino también en la cultura religiosa de los tiempos del Nuevo Testamento y aún un poco después. El tema se volvió punto de discusión. Por ejemplo, mientras unos decían que “solamente pocos serán salvados” (4 Esdras 8,3), por otro lado un grupo de escribas afirmaba que “Israel entero tendrá parte en el mundo futuro” (Mishná, Sanedrín 10,1) y solamente algunos pecadores particularmente culpables serán excluidos.

También hoy escuchamos voces que le hacen eco a las dos tendencias. ¿Pero será que ésta es una pregunta válida? En el evangelio, Jesús no la desprecia. Cada persona tiene que preguntarse por la salvación, el punto es cómo enfoca la cuestión.

Por tanto, que hoy coloquemos en primer plano el tema de la salvación, viene al caso. Es esto lo que en última instancia buscamos, todo debe apuntar allá; por eso hay que estar atentos, porque aún la multiplicidad de actividades pastorales –todas ellas ciertamente importantes- puede llevarnos al peligro de perder de vista la búsqueda esencial, bajo riesgo de perder al final todos los esfuerzos. Todo debe estar encaminado hacia la salvación.

Volviendo al texto digamos que si, como se verá enseguida, la pregunta no está bien planteada, quien lo hizo al menos tuvo la valentía de expresarla y, como decimos hoy, “dio donde era”.

1.2. Cómo enfoca Jesús la respuesta

Jesús no responde directamente la pregunta (ya vamos viendo que esto también es frecuente en Jesús), sino que aprovecha la idea central y se pronuncia desde otro nivel de comprensión más profundo.

Jesús no responde con aritmética, no da cifras y ni siquiera avanza aproximaciones sobre el número de los salvados; si bien, dice una frase según la cual muchos “no” podrán (13,24b). Lo dice no como una sentencia perentoria sino como un llamado de atención para que no suceda.

Vemos así cómo Jesús toma distancia del mundo de las especulaciones y más bien se concentra en lo que es necesario hacer para salvarse. Al responder de esta manera deja implícito que todo el que quiera podrá ser salvado, siempre y cuando oriente su vida en esa dirección.

En esto ya hay una lección importante: la preocupación por la salvación debe concretarse en un obrar según la justicia (ver 11,42; 13, 27), o sea, configurar la propia vida en la de Jesús.

Para explicar esto, acude a dos imágenes muy dicientes que iluminan lo que es la entrada en Reino de Dios: la puerta estrecha y la puerta cerrada. La primera aparece como una sencilla comparación lograda en una sola frase (13,24), la segunda constituye toda una parábola (13,25-30).

2. La “Puerta estrecha” o “el mientras tanto” (13,24)

“Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán” (13,24).

La imagen que aparece es la de una casa de considerables proporciones en la cual, después de la puerta principal, sigue una gran sala de banquetes.

“***Puerta estrecha***”. Es una figura. No es que la puerta tenga solamente pocos centímetros de ancho. No es que en la puerta del Reino haya obstáculos. No es que haya que dar codazos para entrar a la fuerza en medio de otros que quieren hacerlo al mismo tiempo. Simplemente quiere decir que hay que esforzarse, es decir, que los buenos propósitos no son suficientes, hay que “hacer” cosas concretas para entrar.

Ahora bien, con esto tampoco se quiere decir que una persona se salva solamente con sus propios esfuerzos. Es claro que no: nadie se salva a sí mismo, en última instancia todos somos salvados por Dios. El hecho es que ésta no se logra sin nuestra participación, la pasividad no sirve. Si es verdad que Dios nos salva, también es verdad que nos toma en serio como personas libres y responsables.

El término “***luchar***” que aquí aparece es la traducción de un término griego que –en su forma sustantivada- no nos es desconocido en la lengua castellana: “agonía”; con él se describe también la oración de Jesús en 22,44. Pero esta palabra no se refiere solamente a los que están en transe de muerte sino al esfuerzo intenso que concentra todas las energías de una persona en función de un objetivo, por eso era aplicado a los deportistas en las competencias.

De esta manera se “***entra***”. Con esa misma intensidad un discípulo de Jesús debe canalizar sus mejores energías para vivir en santidad, no deseando otra cosa que alcanzar la comunión con Él superando los obstáculos y distinguiendo lo prioritario de lo secundario. Este esfuerzo espiritual y moral será recalado más adelante en este evangelio, en 16,16b: “***Y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él***”.

En la segunda parte de la respuesta -“***Muchos pretenderán entrar y no podrán***” (13,24b)- vemos que de todas maneras Jesús se pronuncia en los mismos términos de la pregunta pero, como ya se dijo, dándole otra orientación. Se le preguntó si eran “***pocos***” los que alcanzaran la salvación, Jesús dice ahora que “***muchos***” no lo lograrán. Manteniendo el presupuesto de que en principio ninguno es excluido, ésta es una manera de decir que mucha gente que no quiera entrar ahora, muy probablemente querrá hacerlo más tarde, pero entonces ya no lo logrará. Y esto es lo que se va a ilustrar a continuación.

3. La “Puerta cerrada” o “el ya para qué” (13,25-30)

“***Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta...***” (13,25a).

La enseñanza anterior ahora es completada: debemos esforzarnos, es verdad, pero a tiempo: un día, con nuestra muerte, la puerta se cerrará y ahí se decidirá nuestro destino. Nosotros no disponemos del tiempo de manera indefinida (ver la parábola del “rico insensato”, 12,20). Es en ese momento en que se cierra la puerta y quien desease estar dentro ya debía haber entrado primero.

Como se puede ver, es Dios quien cierra la puerta, no nosotros. La hora de la muerte se escapa a nuestro control. De ahí que haya que estar siempre preparados.

En este momento la parábola describe dos situaciones:

(1) La solicitud extemporánea para entrar y la declaración final de la exclusión (13,25-27).

(2) El dolor inmenso de los que se quedaron fuera del banquete ante el precioso espectáculo de la salvación que perdieron (13,28-29).

Inmediatamente después, Jesús concluye con un proverbio que hace la aplicación de la parábola (13,30).

3.1. La solicitud extemporánea para entrar y la declaración final de la exclusión (13,25-27)

Veamos los datos del texto:

(1) La solicitud (13,25b)

“...Os pondréis, los que estéis fuera, a llamar a la puerta, diciendo: ¡Señor, ábrenos!” (13,25b).

Como lo dramatiza la parábola ése no es el tiempo para tocar la puerta, esto tenía que haberse hecho antes. Con esto se indica la seriedad del tiempo presente. Puesto que no tenemos soberanía sobre el tiempo, no conviene aplazar la conversión, desde el principio hay que comenzar a vivir el itinerario que conduce a Dios. Es una mala decisión dejar para el tiempo de la vejez la preocupación por la salvación.

(2) La declaración final de la “auto-exclusión” (13,25c)

“No sé de donde sois” (12,35c.27a)

Dos veces se les dice: “No los conozco”. La frase citada calca la fórmula del veredicto de excomunión israelita; con ella se declaraba la desvinculación de la comunidad y la ruptura de toda comunión personal con el implicado.

¿Por qué dice que no los conoce? Porque para participar de la comunión con Dios se exige la identificación con Él.

Esto se explica en las frases que siguen: *“hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas”* (13,26a) y *“retiraos de mi, todos los agentes de injusticia”* (13,27b).

Pongámosle atención a estas dos frases. Frente al argumento de la comunión externa (“comer, beber, enseñarles”), aparece otro más fuerte: son *“agentes (=obreros) de injusticia”*, es decir, no están en comunión de vida con Dios. *“Agente de injusticia”* es aquel que desprecia la voluntad de Dios. Para nada sirven los privilegios anotados, que no eran más que una atracción para entrar en el Reino (el primer compartir de mesa era una invitación para la segunda), si no hay compromiso con la justicia del Reino, si no se comparte su estilo de vida poniendo en práctica sus enseñanzas (que es el verdadero sentido de la comunión de mesa).

Pero el rechazo tan tajante que se nota en la voz del dueño de la casa (voz de Dios) podría causar alguna extrañeza a los lectores. El rechazo tiene su razón de ser; lo que quiere decir es que Dios no comparte nuestras injusticias: ¿si una persona no está de acuerdo en vivir en comunión con la voluntad de Dios, cómo puede aspirar a vivir la comunión definitiva de vida con Él? Entonces, en realidad es cada uno quien se auto-excluye.

La comunión con Dios comienza a partir de la comunión con su querer. Una persona que lo rechaza se excluye a sí misma de la salvación. La salvación consiste en la comunión eterna con Él que es la fuente y la plenitud de la vida. ¿Nos salvaremos? Como se muestra en la parábola, Dios no hace más que respetar y confirmar la decisión de cada persona.

3.2. El dolor inmenso de los que se quedaron fuera del banquete ante el precioso espectáculo de la salvación que perdieron (13,28-29).

“*Cuando veáis*”. De repente, desde fuera los excluidos de la salvación ven lo que pasa en la sala del banquete, que es símbolo del Reino definitivo. Dos escenas contrapuestas aparecen ahora: el llanto amargo de los excluidos y la comunión festiva de los salvados.

(1) La amargura de la soledad

“*Allí será el llanto y el rechinar de dientes...*” (13,28a). Los rechazados sumidos en la más intensa soledad lloran de manera inconsolable la ocasión perdida y la humillación: “*mientras a vosotros os echan fuera*” (13,28d). La alusión al “*rechinar de dientes*” (ver Prov 19,12a) da la nota trágica: describe rabia amarga; consigo mismos, por supuesto.

En este gran sentimiento de impotencia el llorar es expresión de duelo por lo que no se pudo alcanzar (ver el tercer “*¡Ay!*” de 6,25b) y que sólo pueden ver de lejos.

(2) La alegría de la comunión

La vida eterna es presentada como una fiesta comunitaria con el Señor en el Reino de Dios. La imagen de la mesa compartida destaca la profunda intimidad con Dios y la participación de su vida que allí se da.

Pero no sólo con Dios, también con los demás. Aquí la comunión con Dios y con los demás es plenitud de alegría y de fiesta; la salvación es el máximo de la felicidad.

Entonces la mirada de los excluidos va repasando lentamente la sala y va observando quiénes son los comensales del Reino, cómo está compuesta la comunidad de los salvados. Allí se distinguen tres grupos de personajes:

- (a) los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob (13,28b);
- (b) todos los profetas (13,28c);
- (c) gente proveniente de los cuatro puntos cardinales, o sea, de todas las naciones del mundo (13,29a).

Por tanto, la plenitud y la riqueza de nuestra vida humana consiste también en la plenitud y la profundidad de nuestras relaciones con las demás personas. Con la muerte, las relaciones humanas no se acaban sino que alcanzan su máximo nivel de profundidad.

Pero hay un aspecto histórico importante que está relacionado con la salvación. Ésta hay que verla a partir de las grandes acciones de Dios por su pueblo a lo largo de la historia de la salvación que comienza con Abraham (quien aquí preside la mesa). Esta obra de Dios por su pueblo se extiende, a partir de Jesús, a todos los pueblos de la tierra (los que en la parábola van llegando de los cuatro puntos cardinales; 13,29).

Con esto se quiere decir que todos los que entran en el Reino inaugurado en Jesús se hacen también miembros del pueblo elegido, y que el pueblo elegido se hace uno solo -en la Alianza con Dios- con todos los pueblos de la tierra: “*se sentarán a la mesa del Reino de Dios*” (13,29b).

3.3. Aplicación de la parábola (13,30)

Con un proverbio Jesús hace la aplicación de la parábola y así concluye su enseñanza: “*Hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos*” (13,30).

El dicho se entiende observando la composición de la mesa. Los primeros (los judíos) y los últimos (los paganos) pasan todos por la misma puerta: la exigencia es la misma para todos. En el intercambio radical de lugares entre ellos vemos al mismo tiempo una crítica para los primeros –que tuvieron la honra de pertenecer al pueblo de Abraham y los profetas- y un anuncio de esperanza para los últimos –que tuvieron todas esas ventajas históricas-.

La llegada de los últimos no excluía a los primeros, pero estos mismos se hicieron últimos –quedaron al nivel de los que antes no conocían a Dios- cuando se auto-excluyeron de la comunión con Dios por no vivir en sintonía con su querer. Al final, ante Jesús cada uno se hace “primero” o “último” según su decisión.

Finalmente una palabra de esperanza: quienes se hicieron “agentes de justicia” (lo contrario de lo que dice el v.27) saben ahora que su identificación de vida con Jesús les abrió las puertas del Reino no importando que no fueran “primero” miembros del pueblo elegido.

En conclusión...

De nuevo un evangelio con un mensaje duro.

Jesús quiere ganar nuestro corazón, pero él no acomoda el mensaje para agradarnos sin más. Porque nos ama nos dice la verdad, no importa que haya verdades incómodas.

Cuando pensamos en la salvación generalmente pensamos en el trabajo pastoral que hay que hacer con la gente de fuera y esto es válido. Pero aquí Jesús se dirige a aquellos que ya entraron en contacto con Él, que lo conocen y han estado en relación con el (predicación, eucaristía, etc.). A ellos se les dice que la salvación no está asegurada por el hecho de ser israelita o por llevar el título de cristiano.

El esfuerzo por vivir según la justicia es el camino para llegar a la plenitud de la alegría. Conocer muchas cosas acerca de Jesús pero no vivir según la voluntad de Dios es poner en juego el logro de la meta y exponernos al fracaso y la desesperación. La salvación es un don de Dios que tenemos que conquistar.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué significan los dos términos usados por Jesús de “la puerta estrecha” y “la puerta cerrada”?
2. ¿En qué me doy cuenta que he tomado en serio el compromiso de la santidad? ¿Pienso que es algo complicado y es mejor dejarlo para después?
3. ¿En qué momento las actividades que realizamos nos han hecho perder de vista la búsqueda de lo esencial y nos hemos contentado con un mínimo esfuerzo?
4. ¿Me considero una persona que sabe luchar por el Reino y hacer cosas concretas a favor de los demás?
5. ¿Cómo estímulo positivamente a las personas que viven conmigo para que, a pesar de las dificultades y luchas de la vida, asuman con valentía el reto de la salvación personal y comunitaria?

Dejemos ahora que la Palabra nos impulse por los caminos de la oración...

*Sostenme, Señor.
 Desprende mi corazón de todo, que él sea completamente libre
 Para que nada le impida verte.
 Oh, tú, que eres tan humilde de corazón.
 Moldea mi corazón
 para que él pueda ser tu morada amada,
 para que puedas venir a reposar en él
 y conversar conmigo en una ideal unión.
 Que este pobre corazón, Señor,
 No sea sino uno junto con el tuyo...
 Solamente tú puedes llenar su soledad.*

*Oh Maestro, yo quiero ser santa para ti,
Se tú mi santidad, porque yo conozco mi debilidad.
Que no busque nada fuera de ti:
Solo tú eres capaz de contentarme.*

(Isabel de la Trinidad)

P. Fidel Oñoro C., cjm

EL DISCIPULADO PARA LA MISIÓN PIDE RADICALISMO Lucas 14,25-35

*“Quien busca a Jesús sin la Cruz,
encontrará la Cruz sin Jesús”*

El evangelio estudiamos hoy nos sorprende con un llamado a la responsabilidad y al radicalismo en el discipulado: ser discípulo de Jesús tiene un precio y hay que asumirlo.

Esta enseñanza sobre los requerimientos para ser discípulo no es nueva:

- Desde el primer día, cuando *“lo dejaron todo”* (5,11) para seguir a Jesús, Simón Pedro y sus compañeros ya lo sabían.
- Igualmente, al comenzar la subida a Jerusalén, este fue el primer mensaje para los nuevos candidatos al discipulado (ver 9,57-62).
- Cuando está a punto de llegar a Jerusalén, después de la historia del joven rico, el tema vuelve a salir al escenario (ver 19,24-30).

Pero es quizás en el pasaje que leemos este domingo, justamente en la mitad de la subida a Jerusalén, donde el tema aparece tratado con mayor amplitud.

El contexto inmediato

Para situar mejor nuestro evangelio de hoy, es bueno que tengamos presente el pasaje inmediatamente anterior.

Después de la parábola sobre *“los invitados que se excusan”* (14,15-24), donde los intereses personales de los invitados -la hacienda, los negocios, el matrimonio- los llevan a posponer la participación en el banquete, Jesús deja de observar a los fariseos y concentra su atención en los que le siguen (14,25-27). Así pasa a la siguiente lección: que los que responden positivamente a la invitación no lo hagan a la ligera.

Efectivamente, por el entusiasmo de seguir a Jesús –como si se dijera: “nosotros somos los que te dijimos ‘sí’” (véase más adelante 18,28)- se corre el riesgo de subestimar el costo del discipulado y embarcarse en una empresa para la cual no se está debidamente preparado. Por lo tanto, si es verdad que hay gente que le dice “no” a Jesús, también es verdad que hay que ser prudente para dar el “sí”, ponderando bien aquello en lo que se va a meter antes de dar el paso. Sólo así el compromiso con Jesús podrá ser total y la entrega a su proyecto absoluta.

El texto

San Lucas nos sigue presentando el viaje de Jesús hacia Jerusalén. Casi que podemos imaginarnos los caminos polvorientos y solitarios, a lo mejor en medio de un desierto pedregoso como el de Judá, que sube hacia el monte Sión, la anhelada meta de cualquier peregrino judío.

Como lo acabamos de recordar, Jesús acaba de salir de la casa de uno de los jefes de los fariseos, donde participó en un banquete durante el cual dio su enseñanza sobre el banquete del Reino y la invitación para participar en él.

Cuando Jesús retoma el camino, se da cuenta de que mucha gente lo sigue, entonces da media vuelta, los mira y comienzan entonces las palabras de Jesús.

Leamos atentamente el pasaje:

²⁵*Caminaba con él mucha gente, y volviéndose les dijo:*

²⁶*Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío.*

²⁷*El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío.*

²⁸*Porque ¿quién de vosotros, que quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene para acabarla?*

²⁹*No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo:*

³⁰*‘Este comenzó a edificar y no pudo terminar’.*

³¹*O ¿qué rey, que sale a enfrentarse contra otro rey, no se sienta antes y delibera si con 10.000 puede salir al paso del que viene contra él con 20.000?*

³²*Y si no, cuando está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz.*

³³*Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.*

³⁴*«Buena es la sal; mas si también la sal se desvirtúa, ¿con qué se la sazonará?*

³⁵*No es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran afuera.*

El que tenga oídos para oír, que oiga.”

El esquema del texto

El pasaje básicamente se ocupa de darle voz a la enseñanza de Jesús –no hay ninguna otra intervención- y tiene el siguiente esquema:

- (1) una brevísima introducción (14,25);
- (2) dos dichos paralelos sobre el discipulado (14,26-27).
- (3) dos parábolas (o dichos parabólicos) con una aplicación (14,28-30.31-32.33);
- (4) y una conclusión (14,34-35).

Se proponen sucesivamente las exigencias, las actitudes y las consecuencias que debe adoptar quien se dispone a seguir a Jesús.

Profundicemos...

1. Con Jesús en el camino (14,25)

El lugar en el cual Jesús da la nueva lección es el camino y el auditorio es una gran cantidad de gente que parece candidatizarse para el discipulado: “*Caminaba con él mucha gente*” (14,25a).

El evangelista Lucas nos recuerda que estamos en medio del viaje de Jesús a Jerusalén, allí donde se dan las lecciones fundamentales sobre el discipulado. Se insiste en que no es solamente el viaje de Jesús: hay un “caminar juntos”.

El acompañamiento de las multitudes es grande. Esta es una constante del evangelio (ver por ejemplo: 5,15; 7,11.17). Jesús no anda como un desconocido y la atracción que ejerce sobre la gente es grande. Pero, y como ya lo ha anunciado Lucas desde la introducción del evangelio, hay una seria preocupación por la “solidez” de estos seguidores (1,4; ver 8,11-15). No está mal que se siga a Jesús con gran boato, pero se corre un gran riesgo cuando no se lo hace con un sentido de la realidad hacia la cual el evangelio los está conduciendo.

“*Y volviéndose les dijo...*” (14,25b). Jesús no se dirige solamente al grupo de los Doce, se dirige a todo el que, caminando con él, quiere llegar a ser verdadero discípulo (el término “discípulo”, en la obra lucana, es una expresión que abarca a todos los creyentes en Jesús). Estos serán los futuros proclamadores del mensaje de la salvación. No está en juego solamente el presente del discipulado sino también el futuro de la evangelización.

2. Las exigencias del discipulado (14,26-27)

Jesús pronuncia con mucha fuerza dos frases que delimitan las condiciones para ser su discípulo. Observándolas atentamente vale destacar:

- Que Jesús está en el centro y el discípulo define su identidad con relación a él. Llama la atención la repetición del “*mí*” y “*mío*”.
- Que Jesús habla con frases condicionales: “si esto, entonces esto otro”. Hay una condición que cumplir para ser discípulo.
- Que Jesús deja a la persona en libertad para escogerlo.
- Que Jesús entiende que la opción por él implica un desplazamiento interior y exterior de la persona hacia él: “*viene donde mí*”, “*venga en pos de mí*”.
- Que Jesús repite la frase “*no puede ser discípulo mío*”, no en el sentido de no ser admitido sino “no ser capaz” de vivir el discipulado como debe ser.

Veamos las dos frases cuyas ideas centrales podrían resumirse así: posponer los otros amores y anteponer a Jesús.

2.1. Posponer los otros amores (14,26)

“Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (14,26)

“Si alguno viene donde mí”. Tenemos una primera imagen positiva de la respuesta vocacional. Ahora bien, a quien da el primer paso en la respuesta a la llamada de Jesús, se le pide que “oiga” la palabra que le da solidez a su opción. Como leemos en el sermón de la llanura: *“Todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica... es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos”* (6,47).

“No odia...”. Así suena literalmente en griego. Pero sabemos que se le está haciendo eco a un giro idiomático de la lengua hebrea, donde el término “odiar” no tiene que ver con la repulsa interior del afecto sino con una prioridad en el amor (“amar menos”/ “amar más... por encima de”; ver por ejemplo 16,13; ver también Gn 29,31-33). Siguiendo el lenguaje del Antiguo Testamento, lo que se está diciendo es que hay que colocar todos los valores de este mundo en un segundo rango, puesto que los intereses de Dios están en juego.

De ahí que se trata de una renuncia a colocar en el centro a una persona diferente de Jesús. Por eso lo mejor es traducir esta dura expresión con el término “posponer” (porque el “odiar” es contrario al “anteponer”), entendiendo que no se trata de un descuido de los legítimos amores de la vida, sino de una subordinación de todos ellos al amor primero y fontal de Jesús.

Luego se hace la lista de los “siete amores” del corazón de todo ser humano: (1) Padre, (2) Madre, (3) Esposa –detalle que nos remite a 14,20-, (4) Hijos, (5) Hermanos, (6) Hermanas, (7) La propia vida. Vemos lo que implica la opción por Jesús para el mundo de la familia. Observemos que la lista termina con el propio “yo” (ver también Jn 12,25): hasta esta profunda raíz afecta la opción por Jesús. Todos, absolutamente todos los intereses, quedan en segundo lugar cuando uno se compromete con Jesús.

Desde lo más profundo se reordenan, como en una revolución copernicana, los afectos del discípulo; el centro es Jesús: amar a Jesús por encima de todas las cosas; esto implicará –puesto que se está haciendo un ejercicio de subordinación- amarlos a todos desde el amor de Jesús.

Desde entonces el seguidor de Jesús comprende que su vida ya no es la misma de antes. Tal como le sucedía a los que le consagraban su vida a Dios en el Antiguo Testamento para dedicarse completamente al servicio de la Torá. Lo vemos en esta bella expresión de la devoción de los hijos Leví a la Torá, en la bendición de Moisés: “***El que dijo de su padre y de su madre: ‘no los he visto’. El que no reconoce a sus hermanos y a sus hijos ignora. Pues guardan tu Palabra, y tu alianza observan***” (Dt 33,9).

2.2. Anteponer a Jesús (14,27)

La lista de las renunciaciones terminó con la de la “***la propia vida***”. Esta renuncia no se comprende si no es a la luz del misterio de la Cruz, por eso la frase siguiente: “El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío” (14,27).

Centrarse en Jesús, es centrarse en su Cruz. Allí donde el amor se purifica y alcanza su más alta intensidad. Comprendemos ahora que la primera frase de Jesús no le estaba pidiendo a sus seguidores ser despiadados con los suyos sino precisamente todo lo contrario: amarlos pero desde el amor aprendido en la escuela de la Cruz; allí donde no hay traiciones, ni dobleces, ni deficiencias en el amor.

(1) “***El que no lleve su cruz...***”

Se trata de “***cargar***” la propia cruz, es decir, el discípulo se coloca en el lugar de Jesús. Esto indica una apropiación, con esfuerzo y compromiso, de las diversas realidades de la vida tratando de reproducir–poniendo cada paso de la vida sobre sus huellas- las actitudes de aquel que nos precedió en la Cruz. De ahí la frase: “***y venga en pos de mí***”. Esto lo tiene que recordar el discípulo cada vez que vaya a hacer algo, en cada instante de la vida.

El horizonte de la Cruz le da al discípulo una nueva visión de la vida. Recordando que esta frase sobre el tomar la cruz ya había sido dicha después de la confesión de fe de Pedro, en 9,23 (donde se acentuó: “***cada día***”), vemos ahora lo que implica el seguimiento de Jesús, digamos, de manera perfecta. La imagen de una persona que carga con el instrumento del suplicio hasta el patíbulo de la crucifixión, representa la actitud de quien está preparado para morir. No se excluye la posibilidad del martirio, literalmente una muerte cruenta, arrebatada por la feroz violencia de otro, pero lo importante es que el discípulo está dispuesto en todo instante a entregar la vida, con la actitud de auto-negación de quien considera que ya no tiene más negocios en esta vida (ver lo que dice Pablo al respecto en 1^aCor 15,31; Rm 8,36).

(2) “...Y venga en pos de mí”

Se acentúa que la cruz se carga con la mirada puesta en Jesús, si no, no tiene sentido.

La frase “*Venir en pos de mí*” nos recuerda la manera de hablar en el Antiguo Testamento para referirse a la renuncia a los falsos dioses con el fin de ponerse confiadamente –con amor total- en los caminos de Yahveh (ver Dt 13,4; 1ªRe 14,8). Lo que llama la atención es que esta opción por Dios recae sobre la persona de Jesús: se trata de seguir a Jesús con la actitud de despojo que se acaba de describir, sabiendo que en él están los caminos de Yahveh.

En la literatura rabínica es conocida la expresión “*venir en pos de...*” para describir el servicio del discípulo a su Rabbí, sin embargo este no es el caso aquí porque la idea importante no es propiamente la del servicio al maestro sino la del “jugársela toda por Jesús”; el servicio es más bien la consecuencia.

Entonces, a Jesús no se le puede seguir sin la cruz, sin ese despojo total que identifica completamente con el Maestro –ahora resucitado- por los caminos de la vida.

Estar incondicionalmente en comunión con Jesús constituye la esencia misma del ser discípulo. Este desapego y la comunión con los sufrimientos del Maestro exige que uno vaya hasta el colmo de los esfuerzos, en un darse a fondo que más adelante se va a resumir en la frase: “*renunciar a todos los bienes*” (14,33).

Para subrayar la importancia de esta forma radical de adhesión, ahora Jesús, en las dos pequeñas parábolas siguientes, nos hace una severa advertencia para que evitemos cualquier promesa superficial. Este camino no se puede tomar sin “discernimiento”.

3. Las actitudes: dos parábolas para no tomar las cosas a la ligera sino aprender a discernir (14,28-32)

Jesús enuncia dos parábolas que no encontramos sino en este evangelio. Ambas apuntan a la misma idea: la necesidad de una correcta evaluación de la situación antes de emprender una aventura. Las dos historias terminan llevan a la misma moraleja: una persona que no cuenta con suficientes recursos no debería embarcarse en una empresa que de antemano sabe que va a fracasar y que pondrá su nombre en ridículo frente a sus conocidos.

Jesús enseña que un compromiso a medias es peor que un rechazo total. Pero esto no se dice para desanimar, sino todo lo contrario, para dar coraje. De hecho el discípulo tiene con qué invertir, el problema es si está dispuesto a pagar el precio.

Si no se quiere ser “discípulo a medias” sino coronar el camino con Jesús, gracias a la “*perseverancia en (las) pruebas*” (22,28), entonces hay que parar un poco y reflexionar

sobre las implicaciones de la decisión inicial por Jesús, como lo hace el constructor antes de comenzar el edificio o el rey antes de emprender la guerra.

Veamos la dinámica de ambas parábolas (o más exactamente dichos parabólicos), sabiendo de ante mano que son solamente situaciones hipotéticas (“¿*Quién de vosotros...*?”; 14,28a).

3.1. La parábola del constructor (14,28-30)

En torno al ejemplo de una persona que se dispone a iniciar una construcción, Jesús muestra cuatro momentos: (1) se plantea un desafío; (2) se dice cuál es la actitud lógica que hay que tomar; (3) se coloca un “pero”; y (4) se enuncia la consecuencia de una mala decisión.

(1) El desafío: “*Porque, quién de vosotros, que quiere edificar una torre...*” (14,28b). Probablemente se refiera a la edificación de una casa de campo en una hacienda, la cual suponía medidas (e inversiones) considerables (ver 12,18; y quizás 13,4), ya que es el tipo de construcción no pública cuyos fundamentos podría gustarle al propietario todos sus recursos.

(2) La actitud lógica: “¿*...No se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene para acabarla?*” (14,28c). Lo primero que normalmente se hace es “sentarse para calcular el costo”, es decir, elaborar el presupuesto. La imagen es la de una persona que se sienta a hacer cuentas y esto supone un esfuerzo de reflexión, de discernimiento.

(3) El posible “pero”: “*No sea que, habiendo puesto los cimientos y no pudiendo terminar...*” (14,29a). Hay un énfasis en la situación negativa que le espera a quien no haga lo correcto. Hay que temer y temblar. La gran preocupación debe ser llevar a término los objetivos (esto nos recuerda la catequesis de 8,14: hay que tratar de llegar a la madurez en los caminos de Jesús).

(4) La consecuencia de una mala decisión: “*Todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo: ‘Éste comenzó a edificar y no pudo terminar’*” (14,29c-30). Quien tome una mala decisión se expondrá a la vergüenza pública: el ridículo, la deshonra. Le recordarán siempre su fracaso: “no logró llevar a cabo sus propósitos”.

El mensaje es que cualquiera que emprenda una tarea sin estar preparado para asumir hasta las últimas consecuencias será considerado loco. Relacionándolo con lo dicho en la primera parte de este pasaje, comprendemos mejor por qué los discípulos deben estar preparados para la máxima auto-negación.

3.2. La parábola del rey que va a la guerra (14,31-32)

El esquema y la moraleja del segundo dicho parabólico sobre el rey que va a la guerra, es bastante parecido al del primero. Hay leves diferencias que vale la pena notar.

(1) “**Qué rey, que sale a enfrentarse con otro rey...**” (14,31a). La referencia es clara: el esfuerzo de un rey que debe enfrentar a otro en una batalla. La situación supondrá una medición de fuerzas: “salir al paso – oponerse”.

(2) “**¿...No se sienta antes y delibera si con diez mil puede salir al paso del que viene contra él con veinte mil?**” (14,31b). El momento reflexivo y el “pero” aparecen fundidos en la misma frase: se acentúa más el momento de la “deliberación” y la toma de decisiones. Se quiere decir que lo delicado de la situación implica reunir, comprometer y reclutar un gran número de soldados; pero supone también la elaboración de una buena estrategia. Se deja ver la ridícula situación de quien de repente se verá rodeado y llevará a su armada a la destrucción completa.

(3) “**Y si no, cuando está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz**” (14,32). Aquí hay una leve diferencia con la parábola anterior: la lección es que es mejor llegar a un buen acuerdo con el enemigo antes que sea demasiado tarde, cuando sufra una aplastante derrota. Se enfatiza el “**todavía está lejos**”, es decir, el rey todavía está a tiempo para cambiar la estrategia. Más que a una tregua, el envío de los embajadores parece referirse a un posible homenaje que se le hace al opositor, como expresión de rendición incondicional (ver, por ejemplo, 1ªSamuel 30,21).

En síntesis, los dos dichos parabólicos de la construcción de la torre y del rey que debe enfrentar una guerra, nos pone en guardia sobre el tomar decisiones no bien ponderadas. La decisión de seguir a Jesús, que exige un compromiso total y sin vuelta atrás, es decir, perseverante.

4. El espíritu de la radicalidad (14,33)

Una nueva frase completa la lista de las exigencias de la primera parte del pasaje: “**Pues, de igual manera, cualquiera de vosotros, que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío**” (14,33).

En la lista de las exigencias no habían aparecido los “bienes”. Ahora la idea queda completa: quien no se libera de todos sus lazos terrenos, no puede ser seguidor de Jesús.

La frase “**no puede ser discípulo mío**” conecta con 14,26.27 y deja bien enmarcados los dos dichos parabólicos. El discípulo debe estar pronto en todo momento para dar todo lo que tiene con el fin de seguir a Jesús. Sin ese desprendimiento y libertad de corazón el discipulado será un fracaso.

5. Las consecuencias de la opción (14,34-35)

Finalmente se presentan las consecuencias de la opción. Para ello se acude a la imagen de la sal. “**Buena es la sal; mas si también la sal se desvirtúa, ¿con qué se la sazonará?**”

No es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran afuera. El que tenga oídos para oír, que oiga” (14,34-35).

El dicho conclusivo expresa en última instancia la inutilidad del discípulo que se compromete a medias y no está en condiciones de sostener su compromiso hasta el fin, a él no le queda más que esperar el juicio. Es como la sal que ha perdido su salinidad.

Según Eclesiástico 39,6, la sal es tenida como indispensable para la vida, está en la lista los elementos “***de primera necesidad para la vida del hombre***”. Era preservante y condimento para la comida, y también era un ingrediente en los sacrificios.

Estrictamente hablando la sal no puede perder su sabor. Por eso la frase: “*si la sal se desvirtúa*” (14,34b) hay que entenderla a partir de un hecho constatable: la sal en Palestina era obtenida por evaporación del mar muerto; puesto que el agua del mar muerto contiene diversas sustancias, la evaporación producía una mezcla de cristales de sal común y otros minerales (como el yeso). Por la contaminación, es probable que éstas sustancias se mezclaran unas con otras. La sal es buena cuando puede ser purificada de todas las escorias, si no “***no es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran afuera***” (14,35a). Igualmente un discípulo “a medias” es bueno para nada, es inepto para transformar el mundo.

En fin...

Jesús hoy nos pone contra la pared, como si tratara de decirnos: o todo o nada. No son suficientes las conversiones momentáneas ni superficiales, llevadas por la emoción del primer momento, hay que apuntarle a lo duradero y estable que se garantiza a partir de la obediencia a las enseñanzas que el Maestro pide “*oír*”, no importa cuáles sean los altos y los bajos de sus exigencias.

6. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

- 6.1.¿Cuáles son las dos frases que pronuncia Jesús y en las cuales nos señala las condiciones para ser sus discípulos?
- 6.2.Jesús nos pide hoy darle el primer lugar al amor hacia Él. ¿En mi vida esto es una realidad? ¿Puedo decir que existen en mi vida personas que ocupan un puesto más importante que el que ocupa Jesús? ¿En qué lo constato? ¿Qué hacer al respecto?
- 6.3.¿En los momentos en que me siento o nos sentimos (familia, grupo, comunidad) cargando una cruz muy grande, lo hacemos con la certeza de que Jesús va caminando a nuestro lado? ¿Por qué será que a veces nos desesperan tanto los momentos difíciles, las cruces que nos llegan y no sabemos que hacer?
- 6.4.¿En el momento de iniciar un proyecto o un trabajo lo hago pensando sólo en mis capacidades? ¿Qué cabida tiene Jesús en mis proyectos y realizaciones? ¿Solamente lo llamo cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles?
- 6.5.¿Cuál fue la última vez que hice algo a medias? ¿Qué dejé algo sin terminar? ¿Cómo me sentí? ¿Qué debo hacer para evitar que esto se repita? ¿Soy un cristiano a medias o lo soy totalmente? ¿Por qué?

P. Fidel Oñoro C., cjm

MISIONEROS DE LA MISERICORDIA:
 Salir en búsqueda del pecador y compartir la alegría de Dios
 Lucas 15,1-10

*“Si uno es amigo de Dios,
 goza de esta bonita y luminosa fiesta.
 El que ha trabajado y el que no lo ha hecho,
 el que vive en la paz y el que vive en el dolor,
 el que se ha perdido y el que está en casa,
 el que está cansado y el que es consolado,
 vengan todos y serán acogidos”*

(Antiguo Himno compuesto por San Juan Crisóstomo)

Comencemos poniéndonos a la escucha de Jesús nuestro Maestro (Lc 15,1-10):

^{15,1}*Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle,*

²*y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:*

«Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

³*Entonces les dijo esta parábola.*

⁴*«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas,
 si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto,
 y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?*

⁵*Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros;*

⁶*y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos,
 y les dice:*

*"Alegraos conmigo,
 porque he hallado la oveja
 que se me había perdido."*

⁷*Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo
 por un solo pecador que se convierta
 que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión.*

⁸*«O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas,
 si pierde una, no enciende una lámpara
 y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?*

⁹*Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas,
 y dice:*

*"Alegraos conmigo,
 porque he hallado la dracma
 que había perdido."*

¹⁰*Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios*

por un solo pecador que se convierta.»

Entramos en el gran capítulo 15 del evangelio de Lucas -núcleo de la Buena Nueva de Jesús y de la revelación de los sorprendentes sentimientos de Dios- en el cual escuchamos al Maestro pronunciar las tres parábolas de la misericordia: la oveja perdida (15,4-7), la moneda perdida (15,8-10) y el Padre misericordioso (15,11-32), en la cual asistimos a la historia del hijo perdido y encontrado. Los primeros tres versículos del capítulo nos presentan el contexto –como necesaria clave de lectura- que lleva a Jesús a pronunciar estas bellas lecciones sobre la misericordia de Dios (15,1-3).

La finalidad del pasaje de hoy es profundizar en el tema del amor de Dios demostrado en el ministerio salvífico de Jesús con los excluidos y los pobres de la sociedad, particularmente con un grupo de excluidos que está en todos los estratos sociales: los “pecadores”. El capítulo anterior de Lucas (ver 14,15-24) ya nos había ambientado el tema en la parábola en la cual Jesús invitaba a los excluidos a la mesa del Reino.

1. Antes de entrar a Lucas 15 hay que mirar atrás

Recordemos algunos momentos clave del evangelio:

(1) Desde el primer momento en que Jesús llamó a un discípulo, a Simón Pedro, sacó a relucir su praxis de misericordia con los pecadores. Dijo Simón Pedro: “*Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*” (5,8b); Jesús le respondió: “*No temas*” y le mostró su confianza entregándole una misión (5,10).

(2) A partir de entonces vemos que la constante de Jesús es la acogida del pecador, hasta el punto de llegar a hacerlos sus discípulos. Es el caso de Leví (5,27-28), de la pecadora arrepentida (7,36-50), de Zaqueo (19,1-10). A los pecadores Jesús los llama a la conversión, les perdona los pecados y los hace crecer mediante el seguimiento (ver 8,1-2). Todo esto no es más que la realización del “*año de gracia del Señor*”, cuyo cumplimiento proclamó desde su discurso inaugural en la sinagoga de Nazareth.

(3) Pero, como se hace notar desde el primer día, este mensaje no fue bien recibido por todos. Los gestos de perdón que Jesús hacía generaron desconfianza por parte de los fariseos y escribas desde el mismo comienzo del ministerio en Galilea. En la escena de la curación-perdón del paralítico se escuchó la primera crítica: “*¿Quién es éste, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?*” (5,21).

(4) Con todo, Jesús no se dejó detener por la crítica y siguió adelante, hasta el punto de que uno de los comportamientos habituales de Jesús más recordados en el evangelio es el de sus comidas con pecadores. En esos momentos nuevos agrios comentarios se escucharán: “*¿Por qué coméis con los publicanos y pecadores?*” (5,30), “*Ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores*” (7,34b); “*Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador*” (19,7).

(5) En respuesta a sus críticos, Jesús se remite con una gran contundencia al sentido de su misión: “*No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores*” (5,32). Esta frase sigue siendo válida para el resto del evangelio, incluso hasta hacerla núcleo de la misión apostólica: “*predicar en su nombre (Cristo) la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones*” (24,47).

Con este ambiente llegamos al capítulo 15 de Lucas. Aproximémonos primero al contexto (15,1-3) y luego a la dinámica y el contenido de las dos primeras parábolas (15,3-10). (La parábola del Padre Misericordioso, ya la habíamos leído en la cuaresma de este año y por ello remitimos a las anotaciones ya realizadas; ver la revista del mes de Marzo, día 21).

2. La introducción de Lucas 15 (1-3)

“^dTodos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, ²y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:

«Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

³Entonces les dijo esta parábola”

Vale la pena que nos detengamos un poco en la introducción del capítulo. Su esquema (que es similar al de 5,29-32) nos da tres informaciones:

- (1) La observación de un hecho: “*Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle*” (15,1);
- (2) La desaprobación de este comportamiento por parte de los fariseos y los escribas: “*Este acoge a los pecadores y come con ellos*” (15,2); y
- (3) La respuesta de Jesús: “*Entonces le dijo esta parábola*” (1,3).

Notemos algunos detalles interesantes.

2.1. El hecho: “*Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Él para oírle*” (15,1)

Suena exagerado, pero así lo afirma Lucas, “*Todos*” los publicanos y pecadores buscaban a Jesús. En realidad es una manera de enfatizar una preciosa realidad constatada en el ministerio de Jesús. Ahora bien, no se trataba de hechos puntuales sino de una constante, como puede verse en la forma verbal que describe una acción continua: “*buscaban*”.

Estos que buscaban a Jesús tienen el calificativo peyorativo de “*pecadores*”: personas que por su comportamiento contrario a la Ley de Dios, a lo mejor con reincidencias y públicamente asumidos, se han colocado fuera del ámbito de la Alianza. Evidentemente eran reprobados. Se habla también de un grupo particular de ellos: los “*publicanos*”.

Los publicanos (cobradores de impuestos para Roma) era mal vistos por tres razones que estaban en la mentalidad de la gente: (1) porque ejercían un oficio que –por continuo

contacto con los gentiles- los hacía religiosamente impuros; (2) porque por el hecho de estar al servicio del imperio eran blanco de ataques por parte de los nacionalistas del pueblo; (3) porque se convirtieron en prototipo de corrupción administrativa y abuso de poder (el caso de Zaqueo lo deja entender).

Hay que recordar que en el evangelio de Lucas, los publicanos:

- (a) Estaban en la lista de las personas llamadas públicamente a la conversión por parte de Juan Bautista (ver 3,12).
- (b) Luego se convierten en modelo del que responde al llamado al arrepentimiento. Por ejemplo, en 7,29 Jesús cita la respuesta positiva de ellos a la predicación de Juan: **“los publicanos reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan”**. Y ni se diga la generosidad, digna de imitación, de los publicanos Leví y Zaqueo, frente al llamado de Jesús.
- (c) Muestran una alta calidad espiritual, incluso superior a la de los fariseos: cuando Jesús trata el tema de la oración, en una de sus catequesis, un publicano –y no el fariseo- será el modelo del orante según los nuevos criterios del Reino (ver 18,10-13).

Si los publicanos y pecadores llegan a un nivel tan alto de vida espiritual (aspecto que los fariseos no miran) es porque **“iban a oír”** a Jesús, lo cual es signo de conversión. Si recordamos la conclusión del evangelio del domingo pasado lo entendemos mejor: **“El que tenga oídos para oír, que oiga”** el llamado a las exigencias del discipulado (14,35). Que los publicanos y pecadores **“vayan”** y **“oigan”** a Jesús significa que se han tomado en serio la lección sobre el discipulado.

2.2. La crítica: “Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: ‘Éste acoge a los pecadores y come con ellos’” (15,2)

Los fariseos y escribas salen al ruedo una vez más –después de 5,21.30; 6,7; 11,53- para poner en tela de juicio lo que Jesús hace. Ello, se dice expresamente, **“murmuran”** contra él.

La murmuración es la crítica cargada de fastidio por un comportamiento que no se admite. Así aparece, por ejemplo, en la polémica que le hacen a Pedro por su apertura a los gentiles: **“Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos”** (Hch 11,3).

Los fariseos y escribas se muestran molestos con Jesús y sacan a relucir su prejuicio contra los pecadores y marginados. Su actitud contra Jesús se percibe en la manera lacónica de referirse a él, lo llaman **“Éste”**.

Dos verbos describen el comportamiento reprobado: **“Acoger”** y **“Comer (junto con)”**. Las dos acciones se complementan ampliando su significado. Jesús es presentado como el anfitrión de una comida festiva en la recibe y atiende con simpatía a sus ilustres huéspedes.

Pero no se trata de un formalismo: la “*acogida*”, en el lenguaje del Nuevo Testamento, se refiere también al ofrecimiento de asistencia que una persona requiere. Acoger es “*dar la mano*” (ver Rm 16,2; Flp 2,29). Esto es lo que parece suceder al interior de las cenas de amistad que ofrece Jesús. Los fariseos, por el contrario, son aquellos que critican, reprenden y dicen lo que hay que hacer, pero no le dan la mano al pecador. Hay un pensamiento rabínico tardío que parece recoger el principio fariseo: “no permitas a un hombre juntarse con el malvado, ni siquiera conducirlo a la Ley” (M. Ex. 18,1). Esto explica la actitud de los fariseos.

Pero Jesús no piensa así. Si él en las comidas se aproxima a las personas consideradas de baja moralidad o de ocupaciones de baja categoría -gente a la que un judío respetable no tendría por qué tratar- es porque está poniendo en práctica su enseñanza sobre el Reino de Dios: Dios ha visitado su pueblo y ha establecido con todos un increíble cercanía (ver 1,68; 7,16; 17,21); su presencia es poder que transforma la vida entera.

2.3. La respuesta de Jesús: “Entonces les dijo esta parábola” (15,3)

Jesús responde en parábolas, fiel al principio según el cual “*los misterios del Reino de Dios*” se les dan a conocer “*a los demás sólo en parábolas*” (8,10). Las parábolas del evangelio están construidas de tal manera que subvierten nuestra habitual manera de razonar y nos llevan a pensar con la lógica del Dios del Reino.

El narrador Lucas anuncia una parábola y al final resultan tres. Al leerlas tengamos presente que:

- (a) Todas van al mismo punto: la alegría que experimenta una persona que recupera lo que había perdido.
- (b) Las dos primeras parábolas apuntan explícitamente al hecho de que esta alegría es el reflejo de la alegría que Dios siente cuando recupera lo que había perdido: aquello que le era propio y de un gran valor para Él.
- (c) La tercera parábola supera las dos primeras: sin perder de vista el tema de la alegría de Dios (representada en el papá misericordioso) describe ampliamente la situación de una persona perdida (el hermano menor) y también la actitud de quien aparentemente no se perdió (el hermano mayor); éste último no es capaz de compartir la alegría del padre por el regreso del hijo (y hermano) perdido.

Las parábolas de la misericordia explican el por qué del comportamiento de Jesús e invitan a los fariseos (y a los lectores) a unirse a la praxis de Jesús.

3. Celebrando el regreso de una persona muy valiosa: las parábolas de la oveja y de la moneda perdida

Jesús cuenta dos parábolas que tienen mucho en común (como sucedió con las del domingo pasado) y se refuerzan la una a la otra en el mensaje. Pero las imágenes de base son diferentes: la primera parábola se detiene en la historia de un hombre y la segunda en

la de una mujer; ambos con dos oficios típicos del mundo bíblico israelita: un pastor y un ama de casa. El primero vivirá una aventura al abierto, en el campo, y la segunda dentro de la misma casa.

Releámosla:

*“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas,
si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto,
y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?
5Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros;
6y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos,
y les dice:
"Alegraos conmigo,
porque he hallado la oveja
que se me había perdido."
7Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo
por un solo pecador que se convierta
que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión”.*

3.1. La historia de un pastor: parábola de la oveja perdida (15,4-7)

“¿Quién de vosotros?”. La mirada se pone en la persona y en lo que normalmente ésta haría en una situación similar aplicando la sana lógica. Por tanto, no se trata tanto la historia de una oveja, cuanto de la de un pastor que rebosa de felicidad después de hallar su oveja perdida.

Distinguimos dos partes: (1) la parábola propiamente dicha (15,4-6) y (2) la aplicación (14,7).

La parábola propiamente dicha

En la parábola propiamente dicha notamos que la dinámica que implican los verbos permite distinguir momentos bien marcados:

- (1) *“Tener”* (cien ovejas);
- (2) *“Perder”* (una de ellas);
- (3) *“Dejar”* (las 99 en el desierto),
- (4) *“Buscar”* (la oveja perdida)
- (5) *“Encontrar”* (-la);
- (6) *“Poner”* (-la sobre los hombros),
- (7) *“Convocar”* (a los amigos y vecinos) y *“Decir”* (-les).

Destaquemos la idea central de cada acción:

“Tener”. El pastor posee un rebaño de un centenar de ovejas. Es la cantidad normal para un pequeño hacendado.

“**Perder**”. La imagen es la de un pastor que al final del día se pone a contar las ovejas de su rebaño y descubre que el número está incompleto.

“**Dejar las noventa y nueve en el desierto**”. Se acentúa la locura de la acción del pastor, quien se olvida de la elemental precaución dejando el rebaño desatendido en pleno desierto (donde se pueden perder todas) en cuanto se precipita en la búsqueda de la oveja perdida. Pero al narrador le parece normal que eso se haga: “**¿Quién de vosotros no haría esto?**”, dijo Jesús al comenzar la parábola. Claro que es probable que las ovejas hayan quedado bajo la responsabilidad de un cuidandero (ver Juan 10,3).

El que se destaque una entre noventa y nueve no significa que la oveja sea más importante que las otras, se trata más que todo de una formulación paradójica que sirve para poner de relieve la alegría por el hallazgo de lo que se había perdido.

“**Buscar**”. La búsqueda no para hasta que no logra su cometido: “**hasta que...**”. No hay reposo. El celo es total.

“**Encontrar**”. La alegría del hallazgo se manifiesta en la convocación de los amigos. Este es un rasgo del amor de Dios, pero lo esencial es lo que viene: la alegría que proviene de la nueva situación en el Reino de Dios.

“**Poner sobre los hombros**”. El pastor regresa con aire triunfante. El trato de la oveja hallada es de tierna solicitud. La ternura del pastor que carga a la oveja (tema amado por la iconografía paleocristiana), asistiéndola en su delicada situación, nos recuerda Isaías 40,11: “**Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas**”. Ella es preciosa, delicada, de un gran valor.

“**Convocar**”. El pastor organiza una reunión festiva, está lleno de alegría por el éxito de su búsqueda. Una alegría de estas no se vive sólo, se la comparte con los amigos.

La aplicación de la parábola

Aplicando la parábola a la acción de Dios, podemos reconocer en el celo del Pastor la realización de la profecía de Ezequiel: “**Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas**” (34,12); y también el anuncio de la misión del Mesías: “**Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará y será su pastor**” (34,23-24).

Pero la insistencia de Jesús está en la descripción de la alegría de Dios por el pecador que se convierte: ***“Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por uno solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión”*** (15,7).

El motivo de la fiesta del cielo es la conversión de un sólo pecador (uno que ha obedecido al llamado de Jesús en 5,32). En contraste con el pensamiento fariseo -que recordamos por un dicho rabínico que habla de la alegría de Dios por la caída de los malos (ver: t. Sanh. 14:10)- Jesús invita a descubrir que la felicidad de Dios es precisamente por lo contrario: su salvación.

Jesús habla de ***“más alegría”***: el cielo multiplica la alegría. Uno se siente muy contento cuando se reconcilia con Dios, pero la alegría que Dios siente por este mismo acontecimiento es mayor. No quiere decir que Dios no esté contento con los que están sanos y salvos -los ***“noventa y nueve justos que no necesitan conversión”***-, sino que su alegría por el pecador que se ha dejado encontrar por el amor misericordioso es superior.

1.2. La historia de una mujer: parábola de la moneda perdida (15,8-10)

***“⁸O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas,
si pierde una, no enciende una lámpara
y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?***

***⁹Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas,
y dice:***

***"Alegraos conmigo,
porque he hallado la dracma
que había perdido."***

***¹⁰Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios
por un solo pecador que se convierta”***

Como dijimos, la construcción de la segunda parábola es idéntica a la de la anterior, sólo que esta es una versión en femenino y en el ámbito de una casa. Exceptuando, por razones evidentes, el motivo de la “ternura” (cuando el pastor carga la oveja), vemos que las acciones de esta parábola son las mismas de la anterior:

- (1) ***“Tener”*** (diez dracmas);
- (2) ***“Perder”*** (una de ellas);
- (3) ***“Encender”*** (la lámpara) y ***“barrer”*** (la casa),
- (4) ***“Buscar”*** (cuidadosamente la moneda)
- (5) ***“Encontrar”*** (-la);
- (6) ***“Convocar”*** (a los amigos y vecinos) y ***“Decir”*** (-les).

También aquí subrayamos algunos elementos destacados en la descripción:

“Tener”: una mujer que posee diez dracmas. El “dracma” era una moneda griega de plata, casi equivalente en valor al denario romano, o sea, el equivalente de la ganancia diaria de un trabajador (un jornal; ver Mt 20,2). Algunos creen que equivaldría al valor de una oveja. Otros, que sería lo equivalente a la dote de una mujer que es dada en matrimonio. También se sugiere que con diez dracmas se podría comprar un collar en forma de diadema. Pero no hay prueba segura de ninguna de estas hipótesis. El hecho es que se trata de un porte de valor en manos de una mujer que vela celosamente por la economía del hogar.

“Perder”. Se hacen ver que encontrarla requiere grandes esfuerzos. En una parábola rabínica una historia similar sirve para ilustrar los esfuerzos que hace un estudioso de la Ley para desentrañar del texto su valor (pero esto lo citamos aquí solamente para animar a los lectores en este mes de la Biblia).

“Encender la lámpara” y **“barrer la casa”**. Si nos atenemos al contexto, podríamos deducir que esta mujer vive en una casa de campo que generalmente tiene una sola puerta y no tiene ventanas. Cuando la puerta de la casa se cierra a la hora de dormir la única sala de la casa se convierte en dormitorio. Esto nos permite entender el drama de la búsqueda: ella debe encender la lámpara (ver 11,33), y por lo tanto despertar la casa entera (ver 11,7); y en medio del fastidio que ha debido causarle a la familia entera, barrer cuidadosamente (11,25) hasta que encuentra su moneda. Podría haber esperado hasta la mañana siguiente, pero eso es precisamente el “celo” que se quiere describir: la búsqueda del pecador no da espera.

“Convocar”. El hallazgo conduce al regocijo, que las vecinas y amigas son invitadas a compartir con gran sentimiento.

Aplicación de la parábola

De la misma manera, dice Jesús, hay alegría con un pecador arrepentido. La frase **“en presencia de los ángeles”** (ver también 12,8), es una referencia a Dios mismo y su ámbito celestial (como cuando se dijo antes: **“en el cielo”**, ver 15,7). Los ángeles se regocijan con Dios, pero lo que importa es la inmensa alegría de Dios.

Esta vez no hay comparativo, pero de todas maneras el contraste entre la alegría de Dios y las murmuraciones de los fariseos y escribas se deja sentir. Los fariseos deberían estar felices por la misericordiosa bondad de Dios. Dios se complace en la conversión de los pecadores, ni les desea nada malo ni los abandona, como dice Ezequiel 18,23: **“¿Acaso**

me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahveh- y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?”.

La dimensión femenina de esta parábola no deja de lanzar provocaciones. El hecho que Jesús coloque una mujer como ejemplo es chocante para los fariseos, quienes las rechazan en el estudio de la Torá. Ellas, sin embargo, también son modelo del comportamiento de Dios. No es sino ver el final: las mujeres que se alegran con su vecina superan la espiritualidad de los fariseos.

3. Concluyendo la lectura

El evangelio de hoy nos invita a entrar en el corazón misericordioso de Jesús, descubriendo en él la grandeza su revelación acerca de Dios y la fuerza atrayente de su propuesta del Reino.

Jesús nos revela que a Dios le importamos muchos y que sufre y goza con nuestro destino. Él mismo es la imagen de un Dios que sale en búsqueda del pecador. El suyo es un amor primero e incondicional.

Estamos llamados a mirarnos evaluativamente en el espejo del evangelio. Si reducimos a lo fundamental la dinámica de las parábolas a los términos “pérdida”, “búsqueda”, “hallazgo” y “alegría compartida”, y los confrontamos con la tarea “pastoral” que se espera que hagamos, ciertamente percibiremos que tenemos mucho por hacer.

El hecho de tener noventa y nueve ovejas en sus manos no tranquilizó la conciencia del pastor. Ni tampoco a la mujer a la que le quedaban nueve monedas. Ese “uno” que falta es de gran valor. Bien decía santa María Eufrasia, parafraseando estas parábolas que “una vida vale más que el mundo entero”.

Entonces la conversión que se pide hoy no es solamente la del pecador, sino también la de la pastoral, o más exactamente, la de quien se ha adormecido en su celo pastoral y ya no sale a buscar a las ovejas ni a las monedas perdidas. No podemos quedarnos con los brazos cruzados esperando a que la oveja vuelva sola y sin hacer nada para provocar su conversión. Como aquel pastor y como aquella mujer no podemos dormir tranquilos mientras una oveja esté perdida.

4. Releyendo el evangelio junto con los Padres de la Iglesia

Algunos Padres de la Iglesia, practicando el llamado método “alegórico” de interpretación, ven en estas parábolas imágenes que recogen bien el movimiento de la historia de la salvación. Veamos dos ejemplos concretos:

4.1. Para san Ambrosio, los tres protagonistas de las parábolas (el pastor, la mujer y el papá) representan a Jesús-Pastor, a la Iglesia-Madre y a Dios-Padre.

“¿Quiénes son estos tres: el padre, el pastor y la mujer? ¿No serán, por ventura, Dios Padre, Cristo y la Iglesia? ¡Cristo te carga con su cuerpo, habiendo tomado sobre sí tus pecados; la Iglesia te busca; el Padre de acoge! (Cristo) Te carga sobre los hombros como hace un pastor; (la Iglesia) viene a buscarte como una madre; (Dios) te reviste como hace un padre. Primero es la misericordia, después la intercesión, en tercer lugar la reconciliación. Todo corresponde exactamente: el Redentor viene nuestro auxilio, la Iglesia intercede, el Creador nos reconcilia”

(San Ambrosio de Milán, In Lucam, VII 208)

4.2. San Agustín hace una maravillosa síntesis de la historia de la salvación que tiene su plenitud en la persona de Jesús.

“Esta parábola habla más de la divina misericordia que de nuestro proceder humano. Abandonar las cosas grandes, amar las pequeñas, es propio de la potencia divina y no de la avidez humana: porque Dios da la existencia a las cosas que no existen y va en busca de las cosas perdidas, sin abandonar las que dejó; y encuentra las perdidas sin perder las que quedaron guardadas.

No es un pastor terreno, sino celestial, y esta parábola no presenta hechos humanos, sino que manifiesta misterios divinos (...)

Aquel hombre que tenía cien ovejas es Cristo, el buen pastor, el pastor bondadoso que en Adán, como con una única oveja, había comprendido a todo el género humano y lo había colocado en los pastos de la vida de los prados del paraíso; pero esta oveja olvidó la voz del pastor y se fió de los aullidos de los lobos; perdió así los apriscos de la salvación y quedó completamente herida con llagas mortales.

Viniendo Cristo a buscarlo, lo encuentra en el seno de un campo virginal. Vino en la carne de su nacimiento y, elevándola sobre la Cruz, la cargó sobre los hombros en su pasión; lleno de alegría por la felicidad de la resurrección, subiendo al cielo la transportó hasta su morada. Y llamó a los amigos y a los vecinos, esto es, los ángeles, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque encontré mi oveja que estaba perdida’.”

(San Agustín)

5. Arraiguemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

5.1. En las dos parábolas se subrayan seis verbos idénticos. Analizando detenidamente uno a uno, ¿cuál es el que más vivo? ¿Cuál es el que más quisiera vivir?

- 5.2. ¿Cuáles son los criterios que usa la sociedad de hoy ante una persona que comete un error: se inventa todas las estrategias posibles para salvar a esa persona o más bien aplica el dicho: “al caído caerle”? ¿Y yo, qué hago?
- 5.3. ¿En mi familia, o en mi comunidad existe una persona que es como lo llamamos comúnmente “la oveja negra”? ¿Qué hemos hecho para ayudarla a salir de esa situación? ¿No será que con nuestro comportamiento la aislamos y no le permitimos cambiar?
- 5.4. El actuar de Jesús suscitó críticas en los escribas y fariseos quienes “murmuraron” de Él. ¿He criticado alguna vez el comportamiento de alguna persona? ¿Por qué lo he hecho? ¿Cómo actuaría Jesús?
- 5.5. ¿En qué forma concreta experimento el amor misericordioso del Padre que me busca y se alegra cuando me encuentra? ¿Cómo hago que los demás lo experimenten?

P. Fidel Oñoro, cjm

La espiritualidad del misionero: Fe-Comunión-Humildad Lucas 17,5-10

*“Es difícil que viva mal quien cree bien.
Haz lo que dices y ésto es fe”
(San Agustín)*

Seguimos caminando junto con los discípulos en el seguimiento de Jesús –como nos los presenta la pedagogía del evangelio de Lucas- rumbo a Jerusalén. La “subida”, que abarca todos los pasajes de 9,51 a 19,48, de dicho evangelio, va exponiendo con sumo cuidado las lecciones más importantes del discipulado, de manera que *“el discípulo bien formado sea como su Maestro”* (ver Lc 6,40b).

1. Los apóstoles en el mundo de la comunidad y de la misión

El evangelio de hoy necesita ser contextualizado. Tengamos presentes las siguientes anotaciones previas.

1.1. De los evangelios anteriores al de hoy: las relaciones comunitarias

Los textos que hemos leído en los últimos domingos han situado el discipulado –desde la perspectiva de la Buena Nueva del Reino de Dios- dentro del complejo mundo de las relaciones. No son fáciles las relaciones, sobre todo cuando hay dinero de por medio. Sin embargo, precisamente allí se debe verificar la vida nueva del Reino en la manera de ser de los discípulos.

Ahora Jesús cambia de auditorio. Deja de lado a los fariseos (ver 16,14 que termina con la parábola del rico epulón) y comienza a hablar con sus discípulos. Es característico en Lucas este cambio frecuente de auditorio alternando las multitudes, los adversarios y los discípulos; igualmente la alternancia de individuos y grupos.

Una vez que se anuncia que Jesús se dirige a los discípulos (17,1), vemos cómo del tema de las relaciones sociales (rico-pobre: parábola del rico epulón y el pobre Lázaro) se pasa enseguida al de las relaciones al interior de la comunidad. El texto seleccionado para hoy forma parte de una serie de cuatro enseñanzas sobre la vida comunitaria en Lc 17,1-10, y trata sobre dos temas fundamentales:

- (1) el crecimiento en la fe (17,5-6), y
- (2) la necesidad de la humildad a la hora de cumplir con las responsabilidades (17,7-10).

En el contexto inmediato del pasaje (Lc 17,1-4) encontramos las dos primeras dos instrucciones. Ambas tratan de poner en orden situaciones negativas que se presentan al interior de una comunidad:

- (1) el peligro de los escándalos, es decir, el volverse piedra de tropiezo en el camino de otro (17,1-3^a); y
- (2) la necesidad de perdonar los pecados de los hermanos (hacia fuera o contra uno; 17,3b-4).

En ambos casos escuchamos dos enseñanzas imperativas de Jesús: (1) “**¡Cuidaos de vosotros mismos!**” y (2) el perdón fraterno “**siete veces al día... ¡le perdonarás!**” (17,3b-4).

Salta a la vista que el discipulado es siempre con-discipulado, es decir, no se camina aislado de los demás porque el de Jesús es un camino compartido, comunitario. Pero es evidente –y lo sabemos por experiencia- que nunca faltan las dificultades: los roces, los malos-entendidos, los abusos, las negligencias, las personalidades fuertes o las muy frágiles. ¡Qué difícil es convivir! Por eso Jesús ahora va tocando una a una algunas de estas realidades sentando posición al respecto. Por ejemplo, el imperativo de Jesús: “**¡Le perdonarás!**” (17,4).

1.2. Una enseñanza que avanza

Es después de estas líneas sobre la conflictividad en las relaciones que de repente se escucha el grito de los discípulos: “**¡Auméntanos la fe!**” (17,5).

Del perdón se salta al tema de la fe. Nos vienen a la mente frases famosas de la Biblia sobre la fe: “**El justo vivirá por la fe**” (Rm 1,17; cita de Habacuc que se encuentra en la primera lectura de hoy); “**Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe**” (1^a Juan 5,4); “**El que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan**” (Hb 11,6).

Pero es en el mismo evangelio de Lucas donde encontramos una cantera de experiencias de fe, sean estas positivas, negativas o deficientes. Por ejemplo:

- Ya desde la primera página del evangelio se nos presenta a Zacarías quien es reprendido por “**no haber dado crédito**” al anuncio del Ángel (1,20); o la otra cara de la moneda en el Fiat de María, la cual es felicitada: “**¡Feliz la que ha creído!**” (1,45).
- Sin duda las bellas historias de fe de los marginados: la de los que cargan a un paralítico “**viendo la fe de ellos...**” (5,20); la del centurión romano que se siente indigno frente a Jesús y recibe del Maestro la felicitación “**Ni en Israel he encontrado una fe tan grande**” (7,9); o de la prostituta, quien mostró un maravilloso impulso de amor y escuchó las palabras: “**Tu fe te ha salvado, vete en paz**” (7,49); en los mismos términos anima la fe de la impura hemorroísa (8,48), del leproso samaritano (17,18) y del ciego de Jericó (18,43).

- Es llamativo que frente a la declaración del fallecimiento de una niña de doce años, Jesús le diga al papá: “*No temas, solamente ten fe y se salvará*” (8,50).
- Ante la impaciencia de la persona desesperada porque no ve “justicia” y que quizás llega pensar que Dios no escucha las oraciones, Jesús pregunta: “*Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?*” (18,8).

Pero también asistimos a la fe débil de los discípulos ante la tempestad en medio del lago y la consecuente reprensión de Jesús: “*¿Dónde está vuestra fe?*” (8,25). Le dirá incluso: “*¡Hombres de poca fe!*” (12,28). Sobre todo ante la noche oscura de la pasión se les hará notar: “*¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer!*” (24,25).

Más dicente aún es que el mismo Pedro que confiesa la fe en nombre de la comunidad (ver 9,20), exhiba luego –a la hora de la violencia cruel sobre el Maestro- su debilidad al respecto (ver 22,54-62). Pero Jesús muestra aquí y siempre interés por la maduración de su fe: “*He rogado por ti, para que tu fe no desfallezca*” (22,32).

Si tenemos en cuenta todo lo anterior, entonces comprenderemos mejor el tenor de la súplica de los discípulos, que se escucha hoy en plural comunitario en cuanto petición apostólica: “*¡Señor, auméntanos la fe!*” (17,5).

1.3. El ambiente apostólico: comunitario y evangelizador

Recordemos que la última frase que se ha escuchado a Jesús es: “*¡Le perdonarás!*” (17,4). Ahora bien, la súplica por el crecimiento en la fe –situada dentro del conjunto de textos agrupados aquí (atención, esto es importante: ¡el contexto!)- equivale a un reconocimiento de la impotencia personal para perdonar. En otras palabras: porque los discípulos sienten que no es fácil superar los escándalos y ofrecer el perdón, es que piden que se les aumente la fe como el recurso para lograrlo.

“*¡Señor, auméntanos la fe!*” (17,5) es un grito que se debe haber escuchado más de una vez ante situaciones difíciles en la convivencia: “¡Es imposible!”, “¡No me siento capaz!”, “¡No se lo merece!”. En el fondo podría haber un sentimiento de desesperanza frente a la vida comunitaria donde siete veces al día puede haber conflictos: “¡No vale la pena intentarlo más!” (Pensemos lo que esto significa, por ejemplo, ¡en una familia!).

Pero además de este ambiente comunitario, y puesto que se trata expresamente de una petición de los “apóstoles” (Lucas ha puesto este término aquí), la súplica por el crecimiento en la fe está relacionada con la tarea propia de los apóstoles. Ellos fueron llamados solemnemente por Jesús (ver 6,12-13) y han sido investidos con “*autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades*” (9,1). Su capacidad para obrar milagros está relacionada con el don de la fe que es lo que en última instancia los realiza. Por eso “*¡Señor, auméntanos la fe!*” (17,5).

1.4. La forma y el propósito de la respuesta de Jesús

La respuesta de Jesús, lejos de ser simple, parece agudizar el asunto, suena a reprensión: **“Si tuvierais fe como un grano de mostaza...”** (17,6^a). En realidad, como hace habitualmente Jesús, la respuesta se da a un nivel más profundo que la pregunta misma. La misma forma de responder de Jesús ya es significativa; y tal como hemos visto en otros domingos, tenemos hoy un dicho y una parábola:

- (1) Un dicho sobre la fe: “el poder de la palabra dicha con fe” (17,5-6). Éste parte de una pregunta de los discípulos.
- (2) Una parábola sobre el servicio: “el siervo que regresa del campo” (17,7-10). Parte de una pregunta de Jesús.

Las dos enseñanzas –inculcando ambas un “hacer” positivo- se complementan mutuamente. Esto implica para el discípulo que su fe crece proporcionalmente a su capacidad de servicio humilde y viceversa; en otras palabras, que el crecimiento en la vida comunitaria

-superando escándalos y tendiéndole la mano al hermano frágil mediante el perdón- y la eficacia en la misión son posibles cuando se cumplen estos dos presupuestos.

Por otra parte, el énfasis en el tema de la fe pone en el horizonte el tema de la relación con Dios: ¿Sobre qué actitudes se fundamenta? Tenemos entonces que la capacidad de perdón (además del evitar que afloren escándalos) es proporcional a la experiencia de Dios. Además, observando la proyección misma del texto, notamos cómo la relación con Dios, apoyada en la “fe”, se reconoce en la humildad, la donación total y la fidelidad del servidor de la parábola. Esa misma actitud radical de servicio a Dios es la que se requiere también frente al hermano al cual se le tiende la mano.

Con todas estas indicaciones primeras, sumerjémonos ahora en los puntos más importantes del pasaje de hoy para que descubramos su interesante dinámica interna.

Partamos del contacto con el texto mismo:

⁵***Dijeron los apóstoles al Señor:***

«Auméntanos la fe.»

⁶***El Señor dijo:***

***«Si tuvierais fe como un grano de mostaza,
habríais dicho a este sicómoro:***

***"Arráncate y plántate en el mar",
y os habría obedecido.»***

⁷***«¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando
y, cuando regresa del campo, le dice:***

"Pasa al momento y ponte a la mesa?"

⁸***¿No le dirá más bien:***

***"Prepárame algo para cenar,
y ciñete para servirme hasta que haya comido y bebido,
y después comerás y beberás tú?"***

⁹***¿Acaso tiene que agradecer al siervo***

porque hizo lo que le fue mandado?
¹⁰*De igual modo vosotros,*
cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid:
Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer.»

2. El crecimiento de la fe (17,5-6)

Comienza el evangelio así: “*Dijeron los apóstoles al Señor: ‘Auméntanos la fe’*” (17,5). A lo cual Jesús responde diciendo que aún una poca cantidad de fe es capaz de hacer obras impensables:

“Si tuvierais fe como un grano de mostaza,
habríais dicho a este sicómoro:
‘Arráncate y plántate en el mar’,
y os habría obedecido” (17,6)

Notemos que los discípulos hacen una solicitud en términos cuantitativos, tanto así que la súplica podría traducirse como “*añádenos fe*”; esto presupone que los apóstoles tienen algo de fe. Pero la respuesta muestra que la fe no puede cuantificarse; más aún, pone en crisis el presupuesto mismo de la pregunta.

La frase condicional “*si... entonces*”, somete a los oyentes de Jesús a una reflexión. Hay que notar el presupuesto y su consecuencia.

2.1. El presupuesto

El referente es un “grano de mostaza”. Este grano ya había servido para una parábola del Reino (en 13,19) y parece tratarse de la “sinapsis nigra” (mostaza negra) que crece hasta formar un arbolito que puede alcanzar incluso unos tres metros, por eso en la parábola es imagen de algo extremadamente pequeño que se llega a ser grande. En nuestro caso aquí sirve para ilustrar en más pequeño brote de fe. Como quien dice: “la más mínima fe”.

2.2. La consecuencia.

Se acude también aquí a una imagen vegetal: el “árbol”. Pareciera que Jesús tuviera ante sus ojos los árboles que abundan a la orilla del mar en Palestina, en los alrededores de Yaffa. El árbol al que Jesús se refiere parece ser diferente del “sicómoro” mencionado en el relato de Zaqueo (19,4) y tratarse más bien de una morera (la “*morus nigra*”). La comparación viene al caso además porque es un árbol de raíz profunda, lo cual avisa sobre la dificultad para transplantarla.

En la frase de Jesús se destaca la obediencia de morera ante una orden para arrancarse y auto-transplantarse en el mar: “*Y os habría obedecido*” (17,6b). Los apóstoles –se quiere

decir aquí- deben tener la certeza del cumplimiento del mandato, tal es el poder de la palabra apostólica.

Evidentemente no es una frase para ser tomada literalmente como una invitación para hacer cosas absurdas o como una indicación de poderes mágicos. Jesús se refiere a la habilidad que caracteriza al líder de la comunidad y al misionero. Éste no es un mago sino un héroe de la fe.

2.3. La clave de la fe pascual

Notemos que Lucas dice expresamente que los apóstoles se dirigen al “*Señor*”. Este título, lo sabemos bien, es pascual. Esta indicación nos da una pista interpretativa sobre qué tipo de crecimiento en la fe se trata.

Para la obra lucana la fe es la respuesta al anuncio del mensaje sobre el poder de la resurrección del crucificado, es la acogida total de la Palabra –fuerza vital de Cristo que germina en el oyente- (ver Hch 2,41.44).

Así como sucede con la fe “lenta” de los discípulos de Emaús que se alejaban de la comunidad de Jerusalén (24,13-25), también hay un grave riesgo en aquel a quien la semilla de la Palabra (Lc 8,4-15) no ha germinado en su vida de discípulo: ni contribuye en la superación de las dificultades comunitarias ni su anuncio misionero tiene la fuerza del anuncio pascual que predica “*la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones*” (24,47).

He aquí la fuerza sorprendente de la fe, capaz obrar transformaciones inimaginables (en la misión de Jesús encontramos muchos ejemplos). No es necesaria una fe extraordinaria, sólo se necesita una pizca de fe. Pero, ¿Cómo es ésta fe? ¿Cuál es su contenido? Para responder se propone la parábola siguiente.

3. La necesidad de la humildad a la hora de cumplir con las responsabilidades (17,7-10)

El evangelio, sin ninguna continuidad de solución, pasa a la otra parte de la enseñanza: la parábola del “siervo que regresa del campo” (ó parábola del siervo inútil).

La parábola interroga directamente a los discípulos (“*¿Quién de vosotros?*”). Para ello se vale de la descripción de la vida cotidiana de un esclavo que después de haber trabajado de sol a sol en el campo de su patrón: “*¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando...*” (17,7^a). Tal siervo parece tener que hacerlo todo en la hacienda de su señor: sembrar el campo, pastorear los rebaños y, como se ve enseguida, atender las tareas domésticas; el servicio ocupa completamente su vida. Los tres campos de servicio coinciden muy bien con las tres imágenes más frecuentes del apostolado en el evangelio.

El hecho es que –según la parábola- el regreso a casa de este siervo, no le da tregua a sus oficios porque aún tiene que trabajar en los deberes caseros antes de descansar: el servicio a su patrón va primero que la satisfacción de sus personales necesidades como es la comida. El cumplimiento de todas estas tareas no le intitula ninguna recompensa, no es la base para reclamar derechos, lo único que importa es la satisfacción del deber cumplido.

El planteamiento se hace mediante una cadena de tres preguntas (“retóricas”, esto es, que ya traen implícita la respuesta; 17,7-9) y una aplicación (que comienza con el “de igual modo vosotros”; 17,10).

3.1. Las tres preguntas (17,7-9)

Observemos de cerca y brevemente cada una de las preguntas:

(1) “*¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: ‘Pasa al momento y ponte a la mesa?’*” (17,7)

La pregunta se basa en la lógica del servicio total que le corresponde a un esclavo: al final del día, cuando el esclavo regresa a la casa lo más probable es que el patrón todavía le ponga más oficio. Que el patrón lo haga sentar a la mesa para servirlo (ver 12,37) parece improbable porque es un absurdo para las costumbres sociales de la época. Por tanto, la respuesta esperada para la primera pregunta es “nadie”.

(2) “*¿No le dirá más bien: ‘Prepárame algo para cenar, y cénate para servirme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú?’*” (17,8)

Ahora se mira la situación desde el punto de vista lógico: el esclavo se pone al servicio del patrón. Notamos tres acciones relacionadas con la cena nocturna: “preparar” (los alimentos), “servir” (la mesa) y “comer/beber”. El servicio no reposa hasta que no se haya terminado completamente el deber. La imagen del siervo con la túnica ceñida para moverse más fácilmente en el ajetreo muestra el celo en el servicio (ver 12,37 y las implicaciones en Jn 13,4). La respuesta también es obvia: “sí”.

(3) “*¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que le fue mandado?*” (17,9)

Llegamos al momento crítico de la parábola. Una vez que se ha estado de acuerdo con lo anterior parece tener que aceptarse también el que la jornada del siervo no termine con un “gracias” por parte del patrón. Suena un poco chocante, pero se comprende en el contexto de la manera de funcionar del sistema esclavista antiguo (hoy, a propósito de los derechos del trabajador y la elemental cortesía, la mentalidad es completamente diferente). Todo se basa en el hecho de la pertenencia total del siervo a su señor: el cumplimiento de los deberes no pone al patrón bajo obligación.

Ahora bien, el hecho que el patrón en principio no tenga obligación no quiere decir que gratuitamente no pueda agradecer.

Pero el punto de vista le interesa a la parábola es el del siervo: ¿Qué expectativas debe tener? ¿Con qué intereses o motivaciones trabajará?

La radicalidad en el servicio –desde la más absoluta gratuidad en la entrega al otro– mostrada por el siervo de la parábola la veremos en el servidor de todos los siervos que es Jesús en el relato de la pasión: *“Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve”* (22,27).

3.2. La aplicación de la parábola

17,10: *“De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: ‘Somos siervos indignos; hemos hecho lo que debíamos hacer’”*

El pensamiento final se dirige a los discípulos: “Vosotros”. ¿Con qué actitud se presenta ante Dios un servidor suyo?

Los servidores de la comunidad de Jesús se confiesan “indignos” (esto es más exacto que el término “inútiles” que aparece en algunas traducciones). Se simplemente una expresión de modestia que subraya el significado de “siervo”, queriendo decir que no tienen necesidad de agradecerles: *“sólo hemos cumplido con nuestro deber”*.

La conciencia del servidor de Jesús es la de una persona que, abandonada en la fe, con la vida centrada en su Señor, se da sin reservas y con gratuidad en el servicio aspirando siempre al cumplimiento cabal de su “deber”. Recordemos en el evangelio el término “deber” está relacionado con el cumplimiento del proyecto de Dios; según esto entonces obrar por puro “deber” es obrar por puro “amor”.

3.3. Hacia una nueva mentalidad en el liderazgo apostólico

La antítesis del servidor de la parábola la encontramos personificada en otra parábola en el rostro de un fariseo que piensa que hizo mucho y se presenta ante Dios en el Templo para reclamar favores especiales (ver 18,12).

Es muy probable que esta parábola hiriera la mentalidad farisaica que argumentaba que el hacer buenas obras daba derechos para reclamarle a Dios la debida recompensa. Aunque en el judaísmo encontramos enseñanzas cercanas a las de Jesús, por ejemplo: *“No seas como los esclavos que sirven al patrón por la búsqueda de recibir una recompensa”* (P.Ab.1,3); *“Si tú te has esforzado mucho en la ley, no reclames los méritos para ti, porque para este fuiste creado”* (P.Ab 2,8). En pocas palabras: no a los méritos.

¡Cuánto repudió Jesús esa actitud de quien sirve a Dios y a los hermanos con la expectativa de la recompensa! ¡Los hombres no pueden pasarle facturas a Dios! ¡La

relación con Dios no puede darse a partir de reclamos! (Lo profundizaremos en el evangelio dentro de tres semanas).

Claro está, y como lo hemos insinuado arriba, esto no significa que Dios no recompense con generosidad y gratuitamente a sus servidores fieles (la parábola de 13,35-37 –que ya leímos en la revista de Agosto- es muy clara al respecto). Y ante la divina gracia la respuesta adecuada es nuestra gratitud (lo veremos en el evangelio del próximo domingo).

Lo equivocado es la actitud de quien reclama retribución y piensa que puede hacerle reclamos a Dios. Se acentúa la divina gracia, a la cual la respuesta apropiada es la gratitud (ver el texto siguiente: los discípulos no buscan que les den las gracias, sino dar gracias).

Pero no olvidemos que la parábola está dirigida a los apóstoles, y como tal, le pide a los líderes de la Iglesia que revisen su actitud: el servicio a Dios y a los hermanos –que tiene como fundamento la experiencia de la fe- no da ni adjudica derechos para alguna paga. Tampoco autoriza para andar proclamando a los cuatro vientos lo que se ha hecho. Ni la pretensión ni la vanidad pertenecen al espíritu de Jesús. El servidor de la comunidad puede sentirse feliz por el hecho de haber cumplido bien su tarea.

Es aquí donde la fe –que se concreta en el vivir bajo el “Señorío” de Jesús- verdaderamente “crece”, no por vías de cantidad sino por la ruta cualitativamente cierta, que es la justa actitud con él, esto es, el abandono total y la confianza absoluta en Dios en quien somos y lo tenemos todo. Es el reconocimiento humilde –y al mismo tiempo feliz- de que nuestra vida depende de él. Este es el mínimo, el granito de mostaza, de dónde proviene una fuerza sorprendente que nos hace “receptores” del perdón de Cristo muerto y resucitado y aptos para animar la vida comunitaria y emprender la misión.

4. Releamos el evangelio con los Padres de la Iglesia

4.1. El poder de la fe

“Lázaro murió y pasaron uno, dos y tres días: sus tendones se disolvían y la putrefacción le devoraba el cuerpo. ¿Quién estaba muerta hacía cuatro días podría cree e invocar para sí a un liberador? Pero lo que le faltaba al muerto, fue suplido por las hermanas. Cuando llegó el Señor, la hermana se postró a sus pies, y a la pregunta, ‘¿Dónde lo habéis puesto?’ (Jn 11,34), respondió: ‘Señor, ya huele mal; es el cuarto día’ (Jn 11,39). Le dijo entonces el Señor: ‘Si crees, verás la gloria de Dios’ (Jn 11,40). Es como si dijera: suple tú la fe que le falta al muerto. Y la fe de las hermanas fue tal manera válida que llamó al muerto de regreso des las puertas del más allá.

Si algunos, creyendo por otros, consiguieron resucitar los muertos, ¿no tendrás tú un provecho mayor creyendo por ti mismo? En caso de que seas no-creyente o pobre en la fe, el Dios misericordioso te acompañará en el camino del arrepentimiento. Di apenas

sencillez: ‘¡Creo, ayuda a mi poca fe!’ (Mc 9,24). Si, por el contrario, te consideras fiel, pero todavía no tienes la perfección de la fe, necesitas decir como los apóstoles: ‘Señor, Aumentanos la fe’ (Lc 17,5). De hecho ésta proviene de ti en la mínima parte, porque es de Él que la recibes en la parte principal”

(San Cirilo de Jerusalén, Catequesis 5,9)

4.2. Vive lo que crees

“Acepto lo que dice: creer en Cristo, se llama fe. Pero escucha tú también este otro pasaje de la Escritura: ‘el justo vive de la fe’ (Hb 2,4; Rm 1,17). Sed justos, creed: ‘el justo vive de la fe’. Es difícil que viva mal quien cree bien. Creed de todo corazón, creed sin titubear, sin argumentar contra la fe con sospechas humanas.

Se llama “fe” porque hace lo que dice...

Te pregunto si crees. Respondes: ‘creo’.

Haz lo que dices y ésto es fe”

(San Agustín de Hipona, Sermón 49,2)

5. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

5.1. ¿Cuál es el tema dominante en el evangelio de hoy? ¿Cuáles son las principales ideas que se exponen acerca de él?

5.2. ¿Qué relación tiene el “crecimiento en la fe” con la calidad en la vida comunitaria y con el desempeño en las responsabilidades misioneras?

5.3. ¿Hay alguna dificultad en mi casa o en mi comunidad frente a la cual ya he perdido la fe en un posible cambio? ¿Qué me enseña el evangelio de hoy al respecto? ¿Por dónde hay que empezar? ¿Cuál es el camino?

5.4. ¿Qué responsabilidades tengo en mi comunidad? ¿Con qué motivación desempeño las tareas que me competen? ¿Le he hecho reclamos a Dios por lo que creo merecerme? ¿Qué me enseña la parábola del siervo indigno?

5.5. ¿Qué me propone el evangelio para mi vida de oración: con qué actitud, con qué términos debo dirigirme a Dios? ¿Qué espero de él?

P. Fidel Oñoro, cjm

**Evangelizar a Zaqueo:
La recuperación y la salvación de la oveja perdida
Lucas 19,1-10**

*“¿Quién podrá desesperar si hasta éste,
con una fortuna de origen fraudulenta,
fue salvado?”
(San Ambrosio)*

*«Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres;
y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo»*

La maravillosa historia del publicano convertido que fue a orar al Templo –en la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14)-, que leímos el domingo anterior, le abre paso al itinerario interno de la conversión del publicano Zaqueo y al descubrimiento del corazón misericordioso de Jesús buen pastor. Ahora entendemos mejor un punto que quedó pendiente la semana pasada: ¿Cómo sucede –por obra del Evangelio- la transformación interna del publicano?

El relato del encuentro entre Jesús y Zaqueo es breve y conciso, y con todo su contenido es extraordinario. Entremos enseguida en el texto mismo, exploremoslo en algunos de sus aspectos y luego dejemos la Palabra siga su curso en la meditación, la oración y la contemplación, hasta que se encarne en nosotros.

Leamos atentamente el pasaje de Lucas 19,1-10:

*^{19,1}Habiendo entrado en Jericó,
atravesaba la ciudad.*

*²Había un hombre llamado Zaqueo,
que era jefe de publicanos, y rico.*

*³Trataba de ver quién era Jesús,
pero no podía a causa de la gente,
porque era de pequeña estatura.*

*⁴Se adelantó corriendo
y se subió a un sicómoro para verle,
pues iba a pasar por allí.*

*⁵Y cuando Jesús llegó a aquel sitio,
alzando la vista, le dijo:*

*«Zaqueo, baja pronto;
porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.»
⁶Se apresuró a bajar y le recibió con alegría.*

*⁷Al verlo, todos murmuraban diciendo:
«Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.»*

*⁸Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor:
«Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres;
y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo.»*

*⁹Jesús le dijo:
«Hoy ha llegado la salvación a esta casa,
porque también éste es hijo de Abraham,
¹⁰pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.»*

1. El texto en su contexto

1.1. En contexto inmediato

Llegamos casi al final del viaje de Jesús hacia Jerusalén (Lc 9,51-19,48). Nos aproximamos al momento culminante del ministerio de Jesús. El evangelio ofrecido universalmente a publicanos y pecadores, toma cuerpo en la historia de la conversión de Zaqueo.

Y no solamente publicanos y pecadores. El evangelio de la salvación se le ofrece a pobres y a ricos. En el episodio inmediatamente anterior, vemos a Jesús en la entrada de la ciudad de Jericó declarar al mendigo-ciego que está en situación de marginalidad: “**Ve, tu fe te ha salvado**” (18,42). Ahora será salvado quien está en corazón de la ciudad, quien es presentado desde el principio como una persona de autoridad (“jefe”) y poseedor bienes (“rico”); para él también se dirá: “**Hoy ha llegado la salvación a esta casa**” (19,9^a).

Entonces: (1) del pobre pasamos al rico; (2) de las afueras pasamos al interior de la ciudad.

Jesús, en cuanto continúa su camino hacia Jerusalén, se presenta como un pastor que buscando celosamente a sus ovejas.

1.2. El contexto amplio

En el corazón del evangelio resuena el fuerte llamado:

**“¡Zaqueo, baja pronto,
porque conviene que hoy me que quede yo en tu casa!”
(19,5b).**

Los lectores no podemos olvidar estas palabras, las cuales tienen sus antecedentes y – cuando se obedecen- tienen sus consecuencias.

De esta manera el relato nos pone ante una historia “modelo” de lo que es una experiencia de Jesús, en la cual juega un papel decisivo la conversión y el discipulado.

Muchos de los grandes temas del evangelio –especialmente los relacionados con la misión y el discipulado- cruzan por este episodio.

Quien viene recorriendo el evangelio paso a paso, nota cómo el episodio de Zaqueo ha sido previamente preparado:

(1) Jesús misionero

Jesús es el misionero que “entra en una ciudad” y en una “casa” (ver Lc 10,5-9; ver evangelio del Domingo 14 del Tiempo Ordinario de este año). Contra todas las expectativas, en casa de Zaqueo es bien recibido y su enseñanza tiene efecto. Por los resultados se nota.

(2) La conversión del pecador

El tema central de la misericordia, ampliamente abordado en el capítulo 15 de Lucas (corazón de las catequesis sobre el discipulado en la subida a Jerusalén), encuentra en el episodio de Zaqueo su feliz realización.

En Lc 15 se había dicho que (a) “*los publicanos y pecadores se acercaban a él para oírle*” (15,1), (b) Jesús era criticado por sus adversarios porque “*acoge a los pecadores y come con ellos*” (15,2), y que (c) este comportamiento obedece a su programa evangelizador: “*buscar lo que estaba perdido*” (ver 15,6.9.32). Estos mismos elementos –siguiendo de cerca la misma estructura- los encontramos en el relato de Zaqueo: (a) hay búsqueda de Jesús (19,3), (b) hay crítica del comportamiento de Jesús (19,7), (c) hay una declaración del sentido de la misión de Jesús (19,9-10).

La historia de Zaqueo nos describe entonces a Jesús Buen Pastor que sabe salvar la vida de la oveja perdida, trayéndola –mediante un proceso que restaura completamente su existencia- a la casa donde es miembro: Zaqueo es el “*hijo*” perdido que vuelve a casa; Jesús sabe acompañar este regreso.

(3) La buena noticia de la actualidad de la salvación

Es interesante notar que en el rescate de la oveja se vive el doble proceso de la “*búsqueda*” (y para esto vale la pena observar el proceso “externo” que se da en el relato)

y de la “*salvación*” (y para esto hay observar el itinerario “interno” que se da en Zaqueo). La atención a los verbos-acciones que realizan los personajes es clave para la comprensión del relato.

Tengamos en cuenta también que el personaje Zaqueo representa al tipo de personas quizás más difíciles para la conversión. Un poco antes de este episodio Jesús había dicho –a propósito del Joven rico-: “*¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!*” (18,24), ante lo cual los oyentes reaccionaron desconsolados “*¿Y quién se podrá salvar?*” (18,26), y Jesús finalmente respondió: “*Lo imposible para los hombres, es posible para Dios*” (18,27).

Con Zaqueo vemos que efectivamente es posible que un rico –a los cual se le suma el ser “publicano” y “pecador”- se convierta y entre en el discipulado. Pero lo importante es que la “salvación” es obra de Dios.

(4) El discipulado

Por otra parte, vemos cómo Zaqueo al convertirse entra en el discipulado del evangelio mediante la escucha pronta de la Palabra del Maestro (19,6; evangelio del Domingo 16 de T.O.) y su inmediata aplicación (19,8; evangelio del Domingo 15):

- El evangelio entra al corazón de Zaqueo transformando su codicia en un impulso de fuerte de generosidad. Recordemos los evangelios ya leídos del “rico insensato” (12,13-21; evangelio del Domingo 18) y del “rico epulón” (16,19-31; evangelio del domingo 26).
- El “*¡Dad!*” enseñando en el Sermón de la llanura (6,38), se ejercita ahora en la “renuncia a los bienes” (14,33; evangelio del Domingo 23) y en el ponerlos al servicio de los demás –particularmente a los más pobres (ver 14,12-14; evangelio del Domingo 22)- para ganar las eternas moradas (ver 16,9-13; evangelio del Domingo 25).
- Quien es capaz de hacer esto es porque esta en plena sintonía con el amor del crucificado (ver 14,27; evangelio del Domingo 23).
- Este es el camino de la salvación al cual son llamados los “hijos de Abraham” (ver 13,22-30; evangelio del Domingo 21; y 16,19-31).

2. El itinerario del texto

Releamos el texto haciendo algunas anotaciones sobre cada uno de sus tres momentos:

- (1) La introducción (19,1-3)
- (2) El encuentro de Jesús y Zaqueo en la calle (19,4-7)
- (3) El diálogo de Jesús y Zaqueo en la casa (19,8-10)

2.1. La introducción (19,1-3)

El evangelista Lucas nos presenta inicialmente a los dos personajes principales: Jesús (19,1) y Zaqueo (19,2-4).

2.1.1. Presentación de Jesús (19,1)

“Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad” (19,1)

La mención de “Jericó”, una de las ciudades más antiguas del mundo, la verde y fresca ciudad de las palmeras situada en el oasis que se encuentra en la gran depresión del Jordán y cerca de su desembocadura en el mar muerto, nos remite a la parábola del “buen samaritano” (10,30), a donde se dirigían el sacerdote y el levita que bajaban del Templo. En esta ciudad no sólo había un barrio residencial sacerdotal sino que hasta el rey Herodes en sus tiempos tenía allí su palacio de verano.

Jericó se encuentra en un lugar clave: paso obligado para el peregrino que viene del norte viajando por la ribera del Jordán antes de subir cuesta arriba hasta Jerusalén. También es ciudad fronteriza para quien atraviesa el país horizontalmente y por lo tanto centro aduanero para quien cruza de Palestina a la región de Perea (y viceversa).

Por esto último no es extraño que se encuentre allí un “Jefe de publicanos”: el movimiento comercial debía ser tal que se requería un cierto número de cobradores de impuestos de las mercancías que por allí transitaban. Enseguida Lucas nos informa que Zaqueo es “jefe” de ellos.

Pero el personaje que aparece en primer lugar es Jesús. A él le competen las dos acciones: “*entrar*” y “*atravesar*” la ciudad. Jesús pasa por allí como peregrino pero también como misionero.

La evangelización de la ciudad es un tema muy del gusto de la obra de Lucas (el evangelio y los Hechos de los Apóstoles). La actitud de Jesús frente al mundo urbano aparece allí como un anticipo de lo que sucederá en los primordios de la evangelización de la Iglesia (ver Lc 4,15.44; 7,11; 9,52; 10,8-12; 10,38; 19,44).

Lucas nos dice sencillamente que Jesús “*atravesaba la ciudad*”. El tiempo se suspende mientras realiza esta acción, la mente del lector debe explorar.

2.1.2. Presentación de Zaqueo (19,2-3)

Enseguida, con puntos muy concretos, se presenta el retrato de Zaqueo. Podemos distinguir un retrato externo y un retrato interno.

(1) Hacia fuera: Zaqueo el hombre público (19,2)

***“Había un hombre llamado Zaqueo,
que era jefe de publicanos, y rico”*** (19,2)

Tres afirmaciones describen el personaje:

(a) El nombre. Lucas parece querer llamar la atención sobre este punto. Literalmente dice: “un hombre cuyo nombre era llamado Zaqueo”. Este nombre viene del hebreo “zakkay”, que es una abreviación de “Zacarías”, que significa “el justo” (ver 2 Macabeos 10,19). Algunos prefieren traducir “Yahveh recuerda” (ver Lc 1,5), basados en otra silabación de las consonantes hebreas. El hecho que es Zaqueo tiene un nombre bien judío. Su nombre de alguna manera tiene que ver con lo que se esperaría de él.

(b) Su oficio: Jefe de los cobradores de impuestos, es decir, de responsables de la recaudación de los impuestos de aduana sobre los bienes comerciales que pasaban la frontera de Perea a Judea.

(c) Su status: Era rico. Podemos asumir que, como los otros de su negocio, Zaqueo no debía ser tan escrupuloso en las cuentas y sacaba algún provecho en las transacciones por medios fraudulentos.

La última afirmación nos remite a Lc 6,24: ***“¡Ay de vosotros, los ricos! Porque habéis recibido vuestro consuelo”***. Y también a la pregunta de Lc 18,24-27 sobre si un rico puede ser salvado. La cuestión que se plantea entonces es si el evangelio tiene capacidad para llegar hasta el centro de las estructuras de poder, especialmente aquellas corruptas por los intereses económicos.

(2) Hacia dentro: Zaqueo el “buscador” (19,3)

***“Trataba de ver quién era Jesús,
pero no podía a causa de la gente,
porque era de pequeña estatura”*** (19,3)

La frase es importante. Captamos su importancia desde la primera palabra, sobre todo si nos remitimos a forma original griega: ***“buscaba”***. Zaqueo es un “buscador”, lleva una gran inquietud dentro.

Ya anteriormente en el evangelio se había presentado el caso, justamente después de la primera misión realizada por los apóstoles, de la llegada de la evangelización hasta el centro del poder. Fue el caso del rey Herodes, quien entonces “buscaba” ver a Jesús (9,9; ver igualmente 23,8). No se dice que haya conversión sino interés por descubrir su identidad. El buscar “ver” debe llevar a dar el salto cualitativo de la fe; en el caso de Herodes esto no sucedió.

Ahora bien, Lucas dice con precisión que se busca “ver a Jesús”. El motivo parece sincero y así inicialmente parezca curiosidad, él va por el camino correcto. El caso de Zaqueo es muy diferente el del diablo en la Sinagoga de Cafarnaúm quien dijo con presunción: “*Sé quién eres tú*” (4,34).

El querer ver a Jesús tiene como presupuesto los textos de Lc 5,30; 7,34; 15,1-2, donde se habla de la amistad y de las cenas de Jesús con publicanos y pecadores. Podría pensarse que Zaqueo estaría interesado en entrar en el grupo de aquel que tiene la reputación de “*amigo de los publicanos y pecadores*”.

El contacto inicial tiene un impedimento: Zaqueo es incapaz de ver a Jesús a causa de la multitud y su baja estatura. La estatura es una limitación aparentemente insuperable (ver 12,25). Los impedimentos se siguen acumulando.

Al respecto de la estatura y (viene enseguida) de la subida al sicómoro se han hecho diversas interpretaciones alegóricas (véase, por ejemplo, la de san Ambrosio que colocamos al final de estas pistas).

2.2. El encuentro de Jesús y Zaqueo en la calle (19,4-7)

¿Será posible el encuentro de Zaqueo con Jesús? ¿Qué sucederá? Entramos así en la segunda parte del relato cuya cadena de acciones de desenvuelve en cuatro partes:

- (1) La acción de Zaqueo (19,4)
- (2) La acción de Jesús (19,5)
- (3) La reacción de Zaqueo (19,6)
- (4) La reacción de la multitud (19,7)

2.2.1 La acción de Zaqueo (19,4)

*“Se adelantó corriendo
y se subió a un sicómoro para verle,
pues iba a pasar por allí”* (19,4)

Zaqueo corre al frente, antes que la multitud que rodea a Jesús, y sube al sicómoro. El sicómoro (“*Ficus sycomorus*”) es un árbol fácil de subir; tiene hojas siempre verdes y un jugoso fruto comestible.

2.2.2. La acción de Jesús (19,5)

*“Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo:
‘Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa’”* (19,5)

No sabemos si Zaqueo pretendía pasar desapercibido o no, no se dice expresamente nada, pero si se puede asumir que ésta podría ser su intención puesto no es coherente con su dignidad el ser encontrado subido a un árbol. De ser así, el que Jesús lo viera, reparara en

él y, más todavía, que se hiciera invitar a su casa, debió haber sido para él una gran sorpresa.

Las palabras de Jesús deben leerse una por una:

(1) “**Zaqueo**”. Llama la atención el hecho de que Jesús conociera su nombre propio (ver el caso de Natanael en Jn 1,47-48). Pero es perfectamente posible que pudiera conocido el nombre de un personaje de importancia en la ciudad, como efectivamente lo era el “jefe de los publicanos”.

(2) “**Baja pronto**”. Al mandarlo bajar del árbol, Jesús le pide que no pierda tiempo (“**aprisa**”, como en 2,16, cuando los pastores reciben el anuncio del ángel). Esto nos recuerda al afán, la premura y la tarea inaplazable del pastor, de la mujer y del papá (expresamente dicho en 15,22) de las parábolas de la misericordia. Este apuro es significativo.

(3) “**Conviene**”. La expresión “es necesario”, “conviene que”, “debe”, es conocida en el evangelio y se refiere a la apremiante realización del proyecto de Dios (ver por ejemplo 24,26). Jesús coloca el llamado de Zaqueo en esta óptica: un plan divino está siendo obrado.

(4) “**Hoy**”. Lucas es el evangelista del “hoy” del actuar de Dios (ver 2,11; 4,22 y otros). El “hoy” hay que tomarlo literalmente, pero se refiere también al tiempo del cumplimiento del plan de salvación de Dios (19,9; 23,43).

(5) “**Permanecer**” en la casa. Jesús le pide hospedaje (aunque en Jn 1,38-39 el verbo implica el quedarse a vivir). El evangelio pide acogida, amistad profunda, compartir intenso. En el relato de los discípulos de Emaús se escuchan los mismos términos (“**Quédate con nosotros**”; Lc 24,29; vea algunas situaciones similares en Hechos: Pedro se queda en casa de Simón el curtidor, Hch 9,43; Pablo se queda en casa de Lidia, Hch 16,15).

Jesús responde al interés mostrado por Zaqueo. La acción decisiva, contrariamente a lo que pudiera esperarse, proviene de Jesús.

2.2.3. La reacción de Zaqueo (19,6)

“Se apresuró a bajar y le recibió con alegría” (19,6)

Zaqueo hace exactamente lo que Jesús le pide: obedece su Palabra. Le da la “**acogida**” a Jesús en su casa (como en 10,38) y lo hace con “**alegría**” (tema del evangelio asociado con la experiencia de la salvación). A la solicitud de la “llamada” de Jesús corresponde ahora la “prontitud” de la respuesta de Zaqueo.

La venida de Jesús a compartir su hogar es un signo de amistad y en última instancia de perdón. Es el comienzo del discipulado (véanse algunas similitudes con el caso de Pedro en 5,4-11).

La “alegría” de Zaqueo contrasta con la “murmuración” de la multitud.

2.2.4. La reacción de la multitud (19,7)

“Al verlo, todos murmuraban diciendo:

‘Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador’” (19,7)

Aparecen enseguida las objeciones, como en los casos anteriores (ver 5,30; 7,34 y 15,2). Todo el pueblo que ve lo sucedido comienza a “criticar”.

Esta vez no son sólo los fariseos sino también los judíos en general. Según la mentalidad popular, hospedarse en la casa de un tipo de mala calaña era “mutatis mutandis” compartir su pecado.

2.3. El diálogo de Jesús y Zaqueo en la casa (19,8-10)

De repente nos encontramos dentro de la casa de Zaqueo y probablemente en medio de la cena, como lo pide las normas de etiqueta de la hospitalidad en el mundo oriental.

Allí escuchamos sucesivamente las palabras de Zaqueo (19,8) y las de Jesús (19,9-10). Las palabras de Jesús concluyen el relato.

2.3.1. Los gestos concretos de la conversión por parte de Zaqueo (19,8)

“Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor:

‘Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres;

y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo’” (19,8)

Zaqueo responde a la iniciativa de Jesús y a las objeciones de la multitud acerca de que él es “pecador”: declara su intención de vivir una nueva vida.

Una declaración de intención era un signo adecuado de arrepentimiento. Téngase en cuenta, además, que los verbos que aquí aparecen en futuro connotan un comienzo inmediato de la acción enunciada.

El punto de partida de sus palabras no puede ser otro que la gratitud hacia Jesús por su actitud misericordiosa actitud hacia él. La recepción de la salvación –por la misericordia de Jesús- se verifica en seguida por el cambio de vida (en el caso de la pecadora de Lc 7,36-52, el perdón recibido es la fuente de su desbordante amor: *“a quien poco se le perdona, poco amor muestra”*, lo cual equivale a decir a la inversa: “porque mucho se le perdona, mucho amor muestra”).

Zaqueo se pone en pie (gesto muy dicente) y pronuncia su breve discurso inaugural de la vida nueva:

(1) Hace una confesión de fe: llama a Jesús *“Señor”*.

(2) Ofrece **“la mitad de sus bienes para los pobres”**. La cantidad que va a dar en caridad a los pobres era mucho más de lo que se requería normalmente: el 20% de las posesiones o de los ingresos (o sea, el doble del diezmo). Zaqueo pone en práctica el evangelio del compartir solidario (12,21.33; ver 6,38).

(3) Restablece la justicia que había violado **“restituyendo el cuádruplo”** a aquellos a quienes les había retenido indebidamente (mediante extorsión; ver 3,4) su dinero. La medida de la indemnización (“el cuádruplo”) es la establecida en Ex 21,37 (y no la mitad más un quinto, como manda Lv 5,20-24), con lo cual está admitiendo implícitamente haber sido un ladrón de oficio (ver 2 Samuel 12,6: la historia de la oveja robada).

2.3.2. La declaración de salvación por parte de Jesús (19,9-10)

Termina el relato con las palabras de Jesús, las cuales resumen el sentido de todo lo sucedido. Jesús se dirige Zaqueo (**“le dijo”**) pero luego habla en tercera persona, lo cual indica que es un mensaje para todos.

“Jesús le dijo:

**‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa,
porque también éste es hijo de Abraham,**

¹⁰pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”

Todo ha sido una experiencia de la salvación proclamada en el evangelio (ver el Benedictus: 1,69.71.77). Parecen dibujarse tres círculos concéntricos: (1) Zaqueo, (2) la casa y (3) el pueblo de Abraham, que es el pueblo de los creyentes. La referencia a la “casa” nos remite a lo que sucede en los Hechos de los Apóstoles (ver 10,2; 11,14; 16,15.31; 18,8): la salvación de la persona implica su entorno más estrecho, allí donde madura y se mide la relacionalidad, la capacidad de amar. Un hijo de Abraham es traído de nuevo a casa (como sucede también con la “hija de Abraham” sometida por el mal en 13,16).

Cuando Jesús dice **“Éste”**, quiere decir “aún este publicano” es un hijo de Dios, es una oveja perdida del pueblo de Israel. A pesar de todo su pecado **“Éste”** es parte de Israel, tiene el apellido.

Finalmente Jesús se presenta como el “Buen Pastor”:

(1) El título **“Hijo del hombre”**, referido habitualmente al Cristo sufriente en la pasión y la cruz, está asociado a la manera como Jesús finalmente realizará la búsqueda del pecador.

(2) **“Vino a buscar”**. Jesús **“ha venido”** (ver 5,32: **“no he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores”**). La mejor imagen de esta búsqueda es la del pastor que va tras el rastro de la oveja perdida (15,4-7; ver Ez 34,4 y Jn 10,9).

(3) **“Y salvar”**. De nuevo nos encontramos con una característica propia del pastor (**“Yo vendré a salvar a mis ovejas”**; Ez 34,22; ver Jn 10,9).

(4) **“Lo que estaba perdido”**. El término “perdido”, sinónimo de descarriado (ver 15,4.6), de “maltratado” (necesita curación; ver Ez 34,16), también está asociado con “muerto”

(ver Lc 15,32). Bien dice el Salmo 119,176: “**Me he descarriado como oveja perdida: ven en busca de tu siervo**” (ver también Ez 34,4.16).

Este mensaje aparece resumido y apropiado en el kerigma cristiano que escuchamos en boca de Pablo: “**Cristo vino al mundo a salvar a los pecadores...**” (1Tm 1,15).

Esta obra salvífica de Jesús, nos enseña el episodio de Zaqueo puede sucederle a quienquiera “hoy”, si al escuchar el evangelio también “baja pronto” y “recibe” a Jesús en su casa viviendo paso a paso el itinerario espiritual del que fue jefe de los publicanos y después un gran discípulo del Señor.

3. Releamos el evangelio con un Padre de la Iglesia

Veamos dos extractos del comentario de San Ambrosio a este rico pasaje evangélico.

3.1. La evangelización del “rico”: el pecado no está en la riqueza

“Hagamos ahora las paces con los ricos. En realidad, no queremos mortificar a los ricos. En lo posible, quisiéramos curarlos a todos...

Aprendan que el pecado no está en la abundancia de bienes, sino en no saber usarlos. De hecho las riquezas, si son obstáculo para los malvados, a los buenos les ayuda para la virtud.

Zaqueo, escogido por Cristo, ciertamente era rico. Sin embargo, les dio a los pobres la mitad de sus bienes y restituyó el cuádruplo de cuanto adquirió por medio de fraude. Como se puede ver, lo primero no basta y la liberalidad no tiene mérito en cuando continúe la injusticia, porque no se pretenden los despojos de un robo sino dones espontáneos. Procediendo así, Zaqueo recibió más de lo que le daba a los otros.

Y es consolador que Él sea presentado como jefe de publicanos. ¿Quién podrá desesperar si hasta éste, con una fortuna de origen fraudulenta, fue salvado?”

3.2. Sobre la “baja estatura” de Zaqueo

“¿Por qué será que las Escrituras, que no acostumbran indicar la estatura de nadie, dicen que Zaqueo ‘era de pequeña estatura’?”

Ved, si por ventura, él nos sería pequeño en malicia o pequeño en la fe: él todavía no había prometido nada cuando decidió subir al sicómoro; todavía no había visto a Cristo y, por eso, era pequeño. (...)

En cuanto a la multitud, ¿no se tratará de una turba confusa e ignorante, incapaz de contemplar las alturas de la sabiduría? Por eso Zaqueo, en cuanto estuvo en medio de la multitud, no pudo ver a Cristo, se elevó encima de la turba y lo vio, esto es, mereció contemplar a aquel que deseaba ver, sobrepasando la ignorancia de la multitud. (...)

Y así Jesús vio a Zaqueo que estaba en lo alto. De ahora en adelante, por la elevación de su fe, él sobresalía entre los frutos de las nuevas obras, como de lo alto de un árbol fecundo. (...)

Zaqueo, encima del sicómoro, es el nuevo fruto de la nueva estación”

(San Ambrosio de Milán, en Comentarios sobre Lucas 8,48.87.88.90)

4. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

4.1. Tratemos de reconstruir –ojalá minuciosamente- el hilo del relato: ¿Cuáles son las acciones de Zaqueo? ¿Cuáles son las acciones de Jesús? ¿Cómo aparece la gente?

4.2. ¿Qué implica evangelizar la “ciudad” según el pasaje de hoy?

4.3. ¿La alegría de Zaqueo qué refleja? ¿Qué provoca la conversión de Zaqueo? ¿Qué es lo que estamos llamados a ofrecerle a todos nuestros hermanos en el mundo de hoy?

4.4. ¿Cómo ha sido mi encuentro personal con Jesús? ¿Qué “nuevas” le ha traído a mi vida?

4.5. ¿Cómo aparece la vida comunitaria dentro de este relato? ¿Qué tipo de comunidad se percibe que quiere Jesús? ¿Qué voy/vamos a hacer para construirla?

P.Fidel Oñoro, cjm

Evangelizando desde la Cruz Lucas 23,35-43

*“Reflexionemos atentamente sobre todo,
para que podamos percibir el poder de la cruz.”*
(San Juan Crisóstomo)

“Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”

Oremos:

*“Señor Jesús, que seas todo en la tierra
como lo eres todo en el cielo.
Que lo seas todo en todas las cosas.
Vive y reina en nosotros en forma total y absoluta,
para que podamos decir siempre:
¡Jesús es todo en todas las cosas!
¡Queremos Señor Jesús que vivas y reines sobre nosotros!
Dios de poder y de misericordia,
quebranta en nosotros cuanto a ti se opone.
Y con la fuerza de tu brazo
toma posesión de nuestros corazones y nuestros cuerpos,
para que empieces en ellos el Reino de tu amor. Amén”*
(San Juan Eudes)

Introducción

³⁵*Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo:*

«A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido.»

³⁶*También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre ³⁷y le decían:*

«Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!»

³⁸*Había encima de él una inscripción:*

«Este es el Rey de los judíos.»

³⁹*Uno de los malhechores colgados le insultaba:*

«¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!»

⁴⁰*Pero el otro le respondió diciendo:*

«¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?

⁴¹*Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.»*

⁴²*Y decía:*

«Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.»

⁴³*Jesús le dijo:*

«Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.»”

Sobre la cumbre de la pequeña elevación en las afueras de la ciudad de Jerusalén está Jesús crucificado. No con corona de perlas y oro, no con poderoso bastón de mando, tampoco con refinada corte a su servicio, pero desde allí humillado, sufriente y encarnizado reina al servicio de la vida del hombre por quien se había encarnado.

Contemplando al rey crucificado culminamos nuestras lecturas escogidas del evangelio de Lucas, el evangelista de la ternura de Dios, de la misericordia, de la fuerza del Espíritu y de la evangelización de los pobres y marginados, de la mujer y de los paganos; y también el evangelista de María.

El último cuadro es una grandiosa escena de misericordia en el momento cumbre de la vida terrena de Jesús: allí se nos enseña de qué manera Jesús es Rey y cómo su reinado es coherente con su anuncio continuo de la misericordia.

El Jesús que Lucas nos ha presentado, desde el pesebre hasta el Calvario, como la manifestación y la ilustración perfecta de la bondad y de la misericordia de Dios, no se desmiente a la hora de cruz. Justo en esa hora, el “*amigo de publicanos y pecadores*” sigue siendo leal a su proyecto al acoger al criminal que comparte su cruel destino, dándoles así a sus discípulos la última y sublime lección que nunca podrán olvidar.

Contemplar al crucificado (23,35^a)

De brazos abiertos y manos clavadas en la Cruz, en el montículo llamado “*Calvario*” (por su parecido a un cráneo o calavera; en arameo “Gulgutha” y en griego: “Gólgota”), Jesús aparece lo suficientemente expuesto como para ser visto por una amplia multitud.

Se le ve rodeado por dos criminales (ver Lc 23,32.33.39), realizándose así la profecía isaiana del “siervo sufriente” que dice: “*ha sido contado entre los malhechores*” (Is 53,13, citada en Lc 22,37). Estos criminales eran probablemente sediciosos fanáticos del partido Zelota, adversarios políticos del imperio romano, como Barrabás, de quien se había dicho que “*había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato*” (23,19). Quizás no sean simplemente “ladrones”, como nos hemos habituado a llamarlos, sino delincuentes de peligrosidad confirmada.

Frente al crucificado y su macabra corte, nos dice el evangelista que “*estaba el pueblo mirando*” (23,35^a):

- El “*estar*” connota en este texto “permanencia”: el tiempo suficiente para ver todo lo que le sucede al crucificado.
- Se dice que el pueblo estaba “*mirando*”. La última escena de la vida de Jesús es vista de cerca con todos sus detalles. Nótese el verbo enmarca la escena (23,35^a.48). El verbo griego utilizado aquí connota “contemplar”.

Mientras el evangelista Marcos, con su habitual realismo, abre aquí el espacio para que se capte la realización del Salmo 22,8^a (“*Todos los que me ven de mí se mofan*”; ver Mc 15,29: “*Los que pasaban por allí le insultaban meneando la cabeza*”), Lucas por su parte evita la descripción de los gestos groseros, mostrando al pueblo más bien con una actitud respetuosa y curiosa. Para Lucas el pueblo se hace “testigo” de los últimos instantes del crucificado.

No sucede lo mismo con los que ahora van a hacerle sus bufonas solicitudes a Jesús. Veamos en el texto cómo enfrentan a Jesús tres tipos de personas, de mayor a menor dignidad:

- (1) Los magistrados (23,35b)
- (2) Los soldados romanos (23,36-38)
- (3) Uno de los malhechores colgados junto a él (23,39).

Poco a poco se va viendo a un Jesús cada vez más degradado.

Por otra parte uno de los términos clave de este evangelio sale a relucir en el escenario siendo echado en cara a Jesús. Se trata del verbo “salvar”:

- (1) “*Que se salve a sí mismo*” (23,35b)
- (2) “*¡Sálvate!*” (23,37b)
- (3) “*¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!*” (23,39c).

Estos gritos a Jesús están asociados a la identidad que le reconocen:

- (1) Los magistrados: “*el Cristo de Dios, el Elegido*”
- (2) Los soldados: “*el Rey de los judíos*”
- (3) El primer criminal: “*el Cristo*”
- (4) El segundo criminal: “*Rey*” (se dice de forma implícita en la frase: “cuando vengas con tu reino”, 23,42).

Puede verse una alternancia entre los títulos “Cristo” y “Rey”: el mesianismo de Jesús se verifica en la realización de su predicación del Reino. Las solicitudes que le hacen en Jesús tienen que ver con la identidad que ha revelado e intentan poner a prueba su predicación sobre la salvación pronta del hombre sufriente.

Mientras esto va sucediendo, el pueblo sigue “contemplando” la escena. Vamos también nosotros los lectores a contemplarla, siguiendo paso a paso sus dos momentos:

- (1) Las afrentas de los magistrados, los soldados y el criminal (23,35b-39)
- (2) La réplica del otro criminal a su compañero (23,40-41)

(3) El breve diálogo entre los dos crucificados: el criminal y Jesús (23,42-43)

1. Las afrentas al Rey y Salvador crucificado (23,35b-39)

Antiguamente en la coronación de un rey, sus cortesanos desfilaban solemnemente frente a su nuevo soberano para expresarle su reconocimiento de súbditos, exaltar sus virtudes y felicitarlo. Paradójicamente en el caso de Jesús nos encontramos con una escena que representa el polo opuesto.

1.1. Primera afrenta (23,35b)

“Los magistrados hacían muecas diciendo: ‘A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido’” (23,35)

Los primeros en ridiculizar a Jesús son las autoridades judías, los “*magistrados*”. Ellos le piden a Jesús que muestre su potencia.

Esto nos remite al comienzo del evangelio. En el momento del nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor había anunciado: *“Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”* (2,11). La venida del Mesías había sido recibida con bombos y platillos: ¡un Mesías de linaje real que tenía como misión la “Salvación”!

A lo largo del evangelio se fue narrando cómo efectivamente Jesús era el “salvador” que se ponía misericordiosamente al lado de los débiles, que se hacía presente en situaciones de peligro mortal, que venía al encuentro de toda necesidad humana *“para buscar y salvar lo que estaba perdido”* (19,10).

Pero ahora, cuando ha sido cruelmente golpeado, cuando ha sido llevado a la fuerza al patíbulo, cuando pende clavado en una cruz, cuando es él quien pasa extrema necesidad, vale la pregunta: ¿Este es él el Cristo, el rey definitivo enviado por Dios, que garantiza la salvación plena a todo hombre? ¿Para qué sirve un Cristo que no puede ni siquiera salvarse a sí mismo de la muerte? ¡Si su pretensión es verdadera, que lo demuestre en este momento, que dé una prueba! ¡Este es el momento para demostrar que tiene poder para salvar, es decir, que es el verdadero *“Cristo de Dios”* (tal como lo confesó solemnemente Pedro; 9,20)!

Lo que había sido firmemente afirmado por el apóstol es reformulado en una frase condicional por las autoridades de Israel: *“Si es el Cristo de Dios...”*. La aceptación de su mesianismo dependería de un nuevo acto milagroso espectacular que eliminara su dolor y cambiara su destino en los últimos instantes de la cruz.

Pero más allá de los gestos burlones –las muecas y los improperios- de los adversarios, la cruz está anunciando una verdad: Jesús es verdaderamente el *“Elegido”* de Dios (como se proclamó en la Transfiguración: 9,35) pero su misión la realiza por el misterioso camino

del sufrimiento, de la misma manera que el “*Siervo de Yahvé*” antiguamente profetizado (ver Is 42,1; sobre todo el “cuarto cántico del siervo”: Is 52,13-53,12).

La expectativa de que Dios venga a rescatar al “justo” de sus espantosos sufrimientos y aún de la muerte (“*Pues si el justo es hijo de Dios, él le asistirá y le librá de las manos de sus enemigos*”, Sabiduría 2,18), será cumplida de manera diferente a la que los judíos esperaban.

1.2. Segunda afrenta (23,36-38)

“También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: ‘Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!’” (23,36-37)

En segundo lugar encontramos a los soldados que vienen a reírse de Jesús. Semejante humillación no la encontramos sino en el evangelio de Lucas. Como en el caso anterior, la burla está compuesta de gestos y palabras. La descripción del gesto esta vez es más clara: “*le ofrecían vinagre*”. Tengamos presente que el motivo de la burla es la inscripción que, sobre su cabeza, lo declara “rey”.

1.2.1. El vinagre

Burlándose, “*Le ofrecían vinagre*”. Llega la hora del brindis por el nuevo “rey”.

El gesto del ofrecimiento de vinagre por parte de los soldados lo encontramos en todos los evangelios (ver Mc 15,36; Mt 27,48; Jn 19,29-30). Es la burda caricatura de un poder humillado.

El “vinagre” que aquí se menciona es un preparado que servía como bebida energizante, apta para quien hacía grandes esfuerzos físicos como los soldados o también cualquier persona con debilidad física. No es extraño que los soldados tuvieran esa bebida a la mano.

En el caso de Jesús, los soldados tienen un aparente gesto de caridad con el moribundo sediento, pero en realidad se trata de extenderle la agonía y prolongarle el sufrimiento. Mientras tanto, sus adversarios se gozan en verlo sufrir, como dice el Salmo 69,20-22: “*Ante mí están todos mis opresores / El oprobio me ha roto el corazón y desfallezco (...) / En mi sed me han abrevado con vinagre*”.

Se asoma entonces una nueva ironía: el rey, quien debía ser sano y fuerte, es un pobre hombre débil. Aquel que lleva encima de su cabeza el título: “*Rey de los Judíos*” (23,28), no tiene fuerza para comandar un ejército. Los soldados se mofan.

1.2.2. La burla del “rey” débil

Los soldados ya han hecho notar la contradicción que hay entre el crucificado y la inscripción que pende sobre su cabeza (“*Este es el Rey de los judíos*”; 23,38b), ahora con sus palabras vuelven a señalar la incapacidad del “rey”: “*Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!*” (23,37).

A diferencia de la anterior burla de los magistrados, los soldados enfrentan a Jesús en segunda persona: “*Si tú eres...*”. Ya no solamente se ridiculiza lo que ha narrado en evangelio sino que se pide Jesús que responda por su contradictoria situación presente.

El poder del reinado de Jesús está desacreditado. Pero de nuevo el evangelio nos va contando que el reinado de Jesús es de otro orden, no es político. Más aún, que este espectáculo de debilidad humana es lugar de salvación.

El “*¡Sálvate a ti mismo!*” cobra más fuerza. Jesús, el salvador de los pobres, enfermos y oprimidos, se había presentado en discurso inaugural en Nazaret como el “*ungido por el Espíritu*”, el que era conducido por el “poder del Espíritu”. En aquella ocasión había previsto que se le diría: “*Médico, cúrate a ti mismo*” (4,)

1.3. Tercera afrenta (23,39)

“*Uno de los malhechores colgados le insultaba: ‘¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!’*” (23,39)

Los insultos a Jesús crucificado llegan su punto más alto: lo hace un criminal. Este hombre que aparece “*colgado*” (o sea también crucificado; ver Hch 5,30; 10,39; Gal 3,13), compartiendo el mismo destino de Jesús y desde su desesperación afrenta a Jesús.

1.3.1. Una blasfemia

El narrador del evangelio califica las palabras del criminal como “*blasfemia*” (las traducciones colocan generalmente: “insulto”).

Al poner este calificativo el evangelista parece estar haciendo una reflexión: la burla a Jesús por rehusarse a usar sus poderes para revertir el sufrimiento y la muerte es una blasfemia contra él porque está contradiciendo la gran proclamación (y se entiende que esto es una reflexión pascual) de que el Mesías por el camino del sufrimiento entró en su gloria (24,26); por ese camino transitarán los discípulos (Hch 14,22).

1.3.2. La salvación del criminal

El tema de la “salvación” sigue presente como en los casos anteriores y, todavía más, se amplía. Al reto que le acaban de hacer los soldados de “salvarse a sí mismo” se le agrega el “*sálvanos a nosotros*”.

El criminal aparece como uno que –ante el horror de la muerte- siente honda repugnancia por su sufrimiento, no acepta ni su cruz ni la de Jesús.

A la pregunta retórica “*¿No eres tú el Cristo?*”, la respuesta lógica es “sí” y podría dar a entender que el criminal estaría reconociendo implícitamente la identidad mesiánica de Jesús. Sin embargo, la cuestión se invierte porque su forma condicional presupone que lo reconocería como “Cristo” si Jesús hiciera algo ahora en la cruz por sí mismo y sus compañeros de castigo.

Con todo hay una segunda interpretación posible, según la cual el criminal –probablemente un revoltoso político del grupo zelota-, leyendo también la inscripción “Rey de los Judíos” en la cruz de Jesús no podría haber aceptado como Mesías a uno que no promueve la revolución política.

De cualquier forma la interpelación a Jesús suena amarga y la forma verbal deja entender que la hace repetidamente: el moribundo no comprende por qué Jesús no hace nada en este momento y blasfema contra la obra de Dios en Jesús.

1.3.3. ¿Habría una respuesta?

En fin, los magistrados, los soldados y hasta criminal ponen en tela de juicio toda la obra anterior de Jesús es puesta en tela de juicio. La realidad de la cruz parece desmentir claramente su pretensión mesiánica: ¿Una persona que cuelga de una cruz y que está a punto de morir, cómo puede ayudar a los otros? Quien depende de su ayuda, ahora no podría más que reírse, buscar otro mesías o desesperarse.

Bueno, queda también el camino mismo del evangelio que paso a paso nos va revelando en el acontecimiento pascual cómo efectivamente Jesús es el salvador, el verdadero rey, y no “a pesar de” sino precisamente “por medio” de la Cruz.

2. Las palabras del “Buen ladrón”: modelo de discipulado (23,40-41)

Cuando todo parece perdido, cuando duele el silencio de Jesús, de repente interviene el otro criminal que acompaña a Jesús en su condena para darle un giro importante a la comprensión del “reinado” de Jesús:

(1) Se dirige a su compañero, introduciendo una palabra correctiva sobre su errada apreciación (23,40-41).

(2) Se dirige al mismo Jesús en una implícita confesión de fe que le da paso al pronunciamiento final del Maestro (23,42).

2.1. En defensa de Jesús (23,40-41)

“*Pero el otro le respondió...*” (23,40^a)

El segundo criminal –el tradicionalmente mal llamado “buen ladrón”- entra en escena interrumpiendo a su compañero: (1) lo reprende con una pregunta (23,40b), y (2) hace una afirmación sobre ellos y sobre Jesús, mostrando el gran contraste (23,41).

2.1.1. Pregunta (23,40b)

El evangelista ya había calificado la afrenta del criminal como una “blasfemia”, ahora su mismo compañero la califica de falta de “temor de Dios”: “*¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?*” (23,40b).

Del primer criminal se habría esperado una reacción distinta frente a Jesús. Cuando leemos en texto en griego, percibimos un matiz: “*es que ni siquiera tú...*”.

Y viene enseguida el punto central de la dura reprensión: burlarse del crucificado en su situación humillante es no “temer a Dios”. La expresión ya había aparecido en la parábola del juez inicuo que “*no temía a Dios ni respetaba a los hombres*” (18,2; ver también 1,50; Hch 10,2.22.35; 13,16.26). Tanto allí como aquí significa: ignorar el juicio de Dios. Y colocarse de cara al juicio de Dios es algo que el criminal debería estar haciendo ahora en la antesala de la muerte. Ante la muerte se debería estar pidiendo perdón a Dios por los pecados y no insultándolo.

2.1.2. Afirmación (23,41)

“Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho” (23,41)

El criminal sigue su discurso. Después de interpelar a su compañero, (1) reflexiona sobre sí mismo (23,41^a) y (2) sobre Jesús (23,41b).

(1) La culpabilidad: “nos lo hemos merecido” (23,41^a)

El criminal reconoce que él y su compañero están sufriendo su castigo justamente: “*nosotros con razón*”. Frente a la inocencia de Jesús el criminal ahora reconoce su pecado: “*nos lo hemos merecido por nuestros hechos*”.

Se abren las puertas de la reconciliación: aceptar el castigo es una expresión de penitencia (ver Salmo 51,6bc).

(2) La inocencia: “nada malo ha hecho” (23,41b)

Ellos están recibiendo castigo por sus hechos, ¿pero Jesús? La antítesis entonces se hace notar: “*en cambio, éste nada malo ha hecho*”, él no ha hecho nada equivocado, literalmente en griego “*nada fuera de lugar*”.

Quien viene leyendo el relato de la pasión desde el comienzo recuerda en este momento que acerca de Jesús la autoridad romana había declarado públicamente su inocencia, o sea

que Jesús era justo: “*nada ha hecho que merezca la muerte*” (23,15). En el mismo sentido se expresará también el centurión romano a la hora de la muerte de Jesús: “*ciertamente este hombre era justo*” (23,47).

De la inocencia Jesús, su compañero en el patíbulo ofrece un nuevo testimonio público.

2.2. Una súplica a Jesús (23,42)

“*Y decía: ‘Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino’*” (23,42)

Ahora el criminal vuelve su mirada hacia Jesús y pronuncia una oración en la que le manifiesta su esperanza de ser aceptado por Dios. Al no pedirle a Jesús que lo libere de la muerte sino que lo admita en el Reino que se manifestará con su “venida” gloriosa, en pocas y densas palabras este hombre señala el sentido del reinado de Jesús.

También éste malhechor ha visto el título de Jesús “Rey” encima de la Cruz. Sólo que él lo interpreta de otra manera, él va en la dirección correcta.

Las palabras son significativas:

(1) “*Jesús*” es invocado directamente. Hasta ahora ninguno de los anteriores lo había llamado por su nombre.

(2) El “*acuérdate*” tiene el sentido de “acordarse para bien”; hoy diríamos “piensa en mí”.

(3) Pone su mirada en el triunfo final de Jesús: “*Cuando vengas con tu Reino*” implica el “*Cuando vengas como Rey*”, esto es, en la parusía, cuando el Hijo de hombre venga resucitado de la muerte y con la gloria y la plenitud del poder de Dios (ver el evangelio del domingo próximo). Ésta ha tenido inicio con la “entrada” de Jesús en su Reino en la Resurrección, Ascensión y Exaltación.

Como puede notarse, el criminal ve en Jesús mucho más que un mártir que muere inocentemente: ve al autor de la salvación. De esta manera implícitamente confiesa su fe: Jesús es el Mesías.

Un crucificado podría comprender mejor a otro crucificado. En contraposición al anterior, el segundo criminal -“el buen ladrón”- comienza a revestir la figura de un auténtico discípulo de Jesús que reconoce sus pecados, que testimonia la inocencia del Crucificado y que está dispuesto a entrar en ese camino que pasando por la muerte culmina en el paraíso. En todo este breve proceso se puede ver que este hombre capta mejor que ningún otro en todo el relato de la pasión quién es Jesús.

3. La respuesta Jesús al criminal (23,43)

“Jesús le dijo: ‘Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso’” (23,43)

La respuesta de Jesús es un solemne “amén” a toda su obra de misericordia a lo largo del evangelio, el broche de oro de su misión salvífica. El Maestro pronuncia su última lección comenzando con un solemne: **“Yo te aseguro”**.

De nuevo vemos cómo cada palabra tiene su peso:

(1) “Hoy”

El “**hoy**” parece insinuar, en primer lugar, que ese mismo día de la crucifixión es el día de la entrada en el Paraíso. Pero hay más. En el evangelio de Lucas el “hoy” es el tiempo de gracia pregonado por Jesús, en el cual la salvación se hace realidad:

- **“Hoy ha nacido un salvador”** (2,1)
- **“Hoy se ha cumplido esta Escritura”** (4,21)
- **“Hoy hemos visto cosas maravillosas”** (5,26)
- **“Hoy la salvación ha llegado a esta casa”** (19,9).

Con el “hoy” Jesús corrige amablemente al buen ladrón, quien espera la salvación para el futuro (“Cuando vengas en tu Reino”). El Reinado de Jesús, si bien se consumará en el tiempo de la exaltación y de la parusía, abrió sus puertas en el ministerio de Jesús y particularmente en la Cruz: con su muerte entra en posesión de su señorío real en el cielo (ver 24,26), tal como lo proclamó en el juicio ante las autoridades judías, **“Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios”** (22,69).

(2) “Estarás conmigo”

¡La frase no puede ser más bella! Señor que acoge los pecadores lo hace también con este criminal que ha admitido su culpa y ha suplicado la aceptación de Dios. El don de la vida del Crucificado es también para este pecador el hoy de la salvación. Pareciera que en este momento se sintetizaran todos los encuentros narrados en el evangelio: el crucificado es el salvador de todos los pecadores.

Por lo demás, la muerte de Jesús abre una posibilidad de conversión incluso en el último instante.

Tenemos aquí el abrazo de la reconciliación con Dios que se abre desde el aquí y el ahora de la Cruz.

(3) “En el Paraíso”

El “**Paraíso**” incide el “cielo”, la “comunió” definitiva con Dios (ver 2 Cor 13,4; Ap 2,7).

Vale recordar que el término “*Paraíso*” proviene de la lengua persa y significa originalmente “jardín”, “parque”; luego ésta fue utilizada por los traductores de la versión griega del Antiguo Testamento para referirse al “Jardín del Edén” en Gn 2,8 (ver también Is 51,3).

Jesús le pone una cita al nuevo discípulo: no el lugar de la muerte sino de la vida plena que nos ha alcanzado Jesús con su victoria pascual. Esto equivale a una promesa de perdón para el malhechor agonizante.

Una nueva comprensión de la muerte se revela: ésta conduce a los discípulos hasta la presencia de Jesús, esto es, hasta la comunión con el Dios de la vida en el cielo.

En conclusión...

En un momento de desorientación general en medio de los dolorosos acontecimientos de la pasión, solamente un delincuente proclama su fe en el Mesías Salvador.

El poder del reinado de Jesús se despliega en función de la salvación de todas las personas, particularmente de los antisociales y criminales que se vuelven a él con fe. El segundo criminal –a diferencia de los que antes de él se han dirigido al crucificado- capta de qué manera Jesús reina en la Cruz y se deja salvar por él.

No hay que dejar perder de vista la grandeza de la fe del malhechor convertido. No es común encontrar en los evangelios casos parecidos. Lo habitual es que se reconozca la dignidad de Jesús después de algún milagro, pero nunca en circunstancias tan negativas.

De esta forma, el criminal sentenciado se convierte en un “catequista”. como bien dijo san Juan Crisóstomo: *“No subestimemos a este ladrón y no tengamos vergüenza de tomar como maestro a aquel a quien el Señor no tuvo vergüenza de introducir, delante de todos, en el paraíso”*.

El “buen ladrón”, no fijándose en su propio sufrimiento, se esfuerza por hacer caer en cuenta a su compañero desesperado ante quién se encuentran.

De “discípulo” pasa enseguida a ser “apóstol” que testimonia desde lo alto de la Cruz que Jesús es el modelo hacia el cuál todo el mundo debe mirar. Él invita a la humanidad entera a comprender el misterio del Crucificado: comenzando por los mártires que comparten su destino de sufrimiento, pero incluyendo también a los pecadores, aquellos que sufren la consecuencia de sus errores. Esta es la buena noticia: todos podemos encontrar en Jesús un refugio, porque Él es el rey misericordioso que se ocupa de nuestras vidas.

Con el “Buen ladrón” aprendemos finalmente que lo grave no es la condenación al patíbulo sino la exclusión del Reino de Dios.

Y para que nadie se quede fuera no nos cansaremos de proclamar el “pregón pascual” que comenzó en medio de aquel diálogo amoroso entre Jesús y el delincuente: anunciamos la victoria sobre la muerte para Jesús y para todos lo que crean en él.

Terminemos nuestro año litúrgico poniendo la mirada en lo esencial: nuestra cita con Dios no es en la morada de los muertos sino en el Reino de la vida y de los vivos que comenzó a brillar en la Cruz.

4. Releamos el evangelio con los Padres de la Iglesia

Deteniéndose en la figura del “buen ladrón”, san Juan Crisóstomo y san Agustín nos regalan hoy valiosas intuiciones para la captación espiritual del texto. Vale la pena leerlos más de una vez.

4.1. San Juan Crisóstomo: “El ladrón fue más allá de las apariencias”

“Me dirás: ‘¿Qué hizo de extraordinario este ladrón para merecer, después de la cruz, el paraíso?’.

Ya te respondo:

- *En cuanto, en el suelo, Pedro negaba al Maestro; él, en lo alto de la cruz lo proclamaba ‘Señor’ (...).*
- *El discípulo no supo aguantar la amenaza de una criada; el ladrón, ante todo un pueblo que lo circundaba, gritaba y ofendía, no se intimidó, no se detuvo en la apariencia vil de un crucificado, superó todo con los ojos de la fe, reconoció al Rey del Cielo y con ánimo inclinado ante él dijo: ‘Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino’.*

Por favor, no subestimemos a este ladrón y no tengamos vergüenza de tomar como maestro a aquel a quien el Señor no tuvo vergüenza de introducir, delante de todos, en el paraíso; no tengamos vergüenza de tomar como maestro a aquel que, ante toda la creación, fue considerado digno de la convivencia y la felicidad celestial. Pero reflexionemos atentamente sobre todo, para que podamos percibir el poder de la cruz”

(San Juan Crisóstomo, “De cruce et latrone”, I 2s: PG 49,401ss)

4.2. San Agustín: “Reconoció al dador de gracia sin despreciar al compañero de castigo”

“Dios se deleita con nuestra justicia, no con nuestros tormentos. Y en el tormento del juicio del Dios omnipotente y veraz no se preguntará lo que cada cual habrá sufrido sino la causa por la cual sufrió. No es por causa de la pena del Señor, sino de su causa, que nos podemos persignar con la Cruz del Señor. Porque si eso se debiera a la pena, la pena idéntica de los ladrones obtendría el mismo efecto.

En un mismo lugar estaban tres crucificados; en medio estaba el Señor, que fue contado entre los malhechores (Is 53,12).

Por otro lado le pusieron dos ladrones, pero su causa no era la misma. Estaban al lado del Crucificado, pero los separaba una gran distancia. A ellos, los crucificaron sus crímenes; al Señor, los nuestros.

Entre tanto, hasta en uno de ellos se manifestó suficientemente cuánto vale no el tormento de crucificado sino la piedad de confesor.

En medio del dolor, el ladrón obtuvo lo que Pedro, lleno de temor, había perdido. Reconoció su crimen, subió a la cruz, cambió su causa y compró el paraíso. Mereció cambiar enteramente su causa aquel que no despreció a Cristo por el hecho de sufrir la misma pena que Él.

Los judíos despreciaron a Aquel que hacía milagros; él creyó en quien colgaba de un madero. Reconoció como Señor al compañero de cruz y, creyendo, violentó el Reino de los Cielos.

Cuando vacilaba la fe de los apóstoles, el ladrón creyó en Cristo. Justamente mereció escuchar: ‘Hoy estarás conmigo en el Paraíso’

(San Agustín de Hipona, Sermón 285,2)

5. Cultivemos la semilla de la Palabra en la vida:

5.1. Después de leer atentamente el relato, ¿Qué es lo que más me impresiona de él?

5.2. ¿Se escuchan de nuevo, aún con otros términos, las afrentas que le hicieron a Jesús en cuanto estaba clavado en la Cruz? ¿Qué ejemplos concretos podría poner?

5.3. ¿Cómo entienden el “Reino” de Jesús (1) los magistrados, (2) los soldados, (3) el primer malhechor y (4) el segundo malhechor conocido como el “buen ladrón”?

5.4. ¿Cuándo pienso en “Jesús Rey” qué me viene a la mente? ¿Qué me corrige el evangelio de hoy? ¿Por qué la proclamación del “Rey del Universo” está estrechamente ligada al acontecimiento de la Cruz?

5.5. ¿El camino de fe del “buen ladrón” de qué manera ilumina el mío para hoy y siempre proclame que Jesús “vive” y “reina” en mi vida, en mi familia, en mi comunidad y en todos los ambientes y culturas del mundo? ¿Qué implica para mí esta proclamación si estoy viviendo una enfermedad, una situación difícil que estremece mi fe?

P. Fidel Oñoro C., cjm

Estudio bíblico No.13

**En la ascensión:
la entrega del kerigma y una bella promesa para los misioneros
Lucas 24,46-53**

*“Tienes un deseo infinito de atraerme a ti en el Cielo
para vivir en mí perfectamente y establecer en mí,
en plenitud, el reino de tu gloria y de tu amor”
(San Juan Eudes)*

Comencemos hoy con un gran orante del siglo IV, llamado Synesius de Cirene, manteniendo nuestra mirada en Jesús que sube al cielo:

*Cristo, tu generación inefable
ha precedido el origen de los siglos.
Tú eres la fuente de la luz,
el rayo que brilla con el Padre.
Tú disipas la oscuridad
para iluminar el alma de los santos.
Eres Tú quien ha creado el mundo,
los orbes de los astros.
Tú sostienes el centro de la tierra,
Tú salvas a todos los hombres.
Es por ti que el sol comienza su curso
e ilumina nuestras jornadas.
Por ti el creciente de la luna
disipa las tinieblas de la noche.
Por ti germinan las semillas,
fructifican los árboles,
y pasean los rebaños.
De tu fuente inagotable
brota el esplendor de la vida
que da al universo su fecundidad.
Y tu seno hace hacer,
luminosa, la inteligencia del hombre.
[...]
Celebrando así tu gloria,
yo canto también a tu Padre
en su majestad suprema.*

*Yo le canto, en el mismo trono, al Espíritu,
quien está entre aquél que es el principio
y el que es el engendrado.*

*Celebrando el poder del Padre
mis cantos despiertan en mí
sentimientos muy profundos:*

*¡Salve, oh fuente del Hijo!
¡Salve, oh Imagen del Padre!
¡Salve, oh morada del Hijo!
¡Salve, oh impronta del Padre!
¡Salve, oh poder del Hijo!
¡Salve, oh belleza del Padre!
¡Salve, oh Espíritu purísimo!
¡Vínculo entre el Hijo y el Padre!*

*¡Oh, Cristo! Haz que descienda sobre mí
este Espíritu con el Padre.
Que Él sea para mi alma un rocío
que me colme de tus dones reales.
Amén.*

(De los Himnos – Patrologia Migne 66,1608-9)

Introducción

Siguiendo la cronología de los Hechos de los Apóstoles (1,3), celebramos –40 días después que comenzamos a celebrar la Pascua- la gloriosa Ascensión de Jesús.

La obra de Jesús en el mundo, ha llegado a su culmen. La obra que comenzó en el corazón del Padre, culmina nuevamente en él. El “Cielo” hacia el cual sube Jesús es el mismo Dios, que es el mundo propio de Dios. Y subido al cielo, “*está sentado a la derecha del Padre*”, es decir, que aún como hombre ha entrado en el mundo de Dios y ha sido constituido –como dice San Pablo en la segunda lectura- Señor y Cabeza de todas las cosas (Efesios 1,23; esta es una de las dos posibilidades para la segunda lectura de hoy).

La Ascensión de Jesús expresa entonces victoria y soberanía en el tiempo y en el espacio, porque en su subida al cielo -donde no hay espacio ni tiempo- él llena de sí mismo a todo el universo. Aquél que bajó del cielo por su encarnación e introdujo en la carne humana la gloria de la divinidad (“*Hemos visto su gloria*”, Juan 1,14), subiendo al cielo introduce a la humanidad en la divinidad.

En la Ascensión contemplamos el estado que Jesús ha alcanzado como lo que será la situación definitiva de la humanidad. Es así –con un gesto sin palabras- como Jesús nos indica la dirección correcta por la cual está llamada a realizarse la historia humana y también la historia de toda la creación. Nuestra meta es Cristo, constituido por su resurrección como nuestro “cielo”, el punto de convergencia a donde apuntan todos nuestros caminos. Jesús es la plenitud de la vida del universo. Jesús nos ha precedido en

la morada eterna y el estado definitivo, para darnos esperanza firme de que donde está Él, cabeza y primogénito, estaremos también nosotros, sus miembros.

Convocados por nuestra experiencia bautismal –como lo propone san Pablo en la carta a los Efesios (4,1-13)-, desde la unidad de la fe de nuestras comunidades, hoy proclamamos con todas nuestras fuerzas el doble misterio: (1) el de Jesús y (2) el nuestro. La de hoy es una gran fiesta de alabanza, en la que proclamamos que Jesús es el “*Señor*”, el “*hombre perfecto*”, el “*principio y cabeza*” de lo creado. El proyecto salvador de Dios sobre el mundo se ha realizado en el Cuerpo de Cristo.

Por nuestra parte, nosotros tomamos conciencia de que Jesús es nuestra esperanza, nuestro presente y nuestro futuro, que nos aguarda un futuro glorioso, un futuro que se anticipa hoy en el gozo de la comunidad y en la responsabilidad histórica que tenemos de cara al mundo en vivimos.

1. El relato de la Ascensión en el evangelio de Lucas

El texto

Leamos despacio el texto de Lucas 24,46-53:

“Y les dijo:

*‘Así está escrito que el Cristo padeciera
y resucitara de entre los muertos al tercer día
y se predicara en su nombre la conversión
para perdón de los pecados a todas las naciones,
empezando desde Jerusalén.*

Vosotros sois testigos de estas cosas.

Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre.

*Por vuestra parte permaneced en la ciudad
hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto’.*

Los sacó hasta cerca de Betania

y, alzando sus manos, los bendijo.

*Y sucedió que, mientras los bendecía,
se separó de ellos y fue llevado al cielo.*

*Ellos, después de postrarse ante él,
se volvieron a Jerusalén con gran gozo,*

y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios”

El contexto

Con el pasaje de Lucas 24,46-53, termina solemnemente el “gran día” pascual (ver el comentario al respecto en la Revista de Abril). Desde la mañana de este primer día habían sucedido una serie de encuentros en los que fueron apareciendo los elementos esenciales del mensaje pascual:

- ***“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”*** (Lucas 24,5-6^a), escucharon las mujeres frente a la tumba vacía;
- ***“¡Es verdad! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón”*** (24,34), proclamaban esa misma tarde en Jerusalén los apóstoles,
- Allí mismo llegaron los peregrinos de Emaús para contar ***“lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan”*** (24,35).

Mediante sucesivas experiencias, Jesús fue convenciendo a sus discípulos de la realidad de su resurrección y los preparó para su misión futura. En el momento de la despedida, con palabras (24,44-49) y con el gesto de la bendición (24,51), se retoma ahora todo lo esencial acerca de Jesús y de los discípulos. Los últimos instantes son inolvidables.

Jesús ya no estará presente en medio de sus discípulos en forma visible (recordemos el evangelio del domingo pasado) sino que continuará presente a lo largo de sus caminos (24,13-35), se hará continuamente el huésped de honor en sus cenas (24,28-30.36-42), su voz se hará sentir en la interpretación de las Santas Escrituras puesto que en Él han alcanzado la plenitud (24,44). Por cierto, el relato de Emaús recoge muy bien estas nuevas formas de su presencia gloriosa. Pero de todas maneras el Maestro sigue su camino hacia el cielo.

La estructura del pasaje

El evangelio de hoy recoge las últimas palabras de Jesús a sus discípulos y el evento excepcional de su exaltación al cielo. Todo está cargado de mucha solemnidad: se trata de palabras y de gestos que deben permanecer en la memoria de los discípulos. Para explorar mejor el pasaje, distingamos cuatro partes:

- La entrega del kerigma misionero (24,46-48)
- La promesa del Padre (24,49)
- La exaltación de Jesús al cielo, con las manos extendidas bendiciendo (24,50-51)
- Y el bellísimo epílogo festivo del Evangelio (24,52-53)

Después de todos estos elementos introductorios, sumerjámonos en el texto con la profundidad y la actitud de acogida que nos pide la “Lectio Divina”.

2. Lectio del pasaje

Abordemos cada palabra y cada frase del texto siguiendo la estructura que acabamos de presentar.

2.1. La entrega del kerigma misionero: el poderoso anuncio que salva al mundo (24,46-48)

“Y les dijo: ‘Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas’”

El kerigma es el núcleo de la predicación cristiana en los tiempos apostólicos. La Iglesia no se inventó un mensaje sino que lo recibió del mismo Jesús. Este mensaje atañe al sentido de su obra de salvación en el mundo, el dinamismo de vida que introdujo en la historia humana por su muerte y resurrección. Este mensaje tiene toda la fuerza suficiente para transformar todo y a todos desde el fondo, es anunciado por personas que han hecho la experiencia de él.

2.1.1. El Mensaje (24,46-47)

- El anuncio de la Muerte y Resurrección de Jesús (24,46)

Con la muerte y resurrección de Jesús queda completo el contenido del mensaje que los apóstoles deben proclamar a todos los pueblos: ***“Así está escrito, que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día...”*** (24,46). El camino salvífico de Jesús ha sido recorrido en su totalidad, por esta vía ***“entró en su gloria”*** (24,26). Ahora todo hombre está invitado a recorrerlo. La manera de recorrerlo es mediante el itinerario de la conversión.

- El anuncio en el “nombre” de Jesús (24,47^a)

“Y se predicará en su nombre...”. Esto es, en el testimonio de Él, a partir de todo lo que se manifestó a través de su obra y de todo su camino hasta la Cruz y la Resurrección.

- El anuncio de la eficacia del perdón (24,47^b)

“...la conversión para perdón de los pecados”. Mediante la actitud de apertura al Dios con rostro misericordioso que nos busca con afán, característica fundamental del ejercicio de conversión, allí donde se cruzan los caminos de Dios con los caminos de vuelta a casa trazados por Jesús a lo largo del Evangelio, el poder de la muerte y resurrección de Jesús se hacen sentir al interior del pecado del hombre y le alcanzan el perdón. Todo el amor del Crucificado se vacía al interior del hombre que le abre espacio a esta poderosa semilla que el Resucitado hace presente por el don de su Espíritu.

- El anuncio para todos los pueblos (24,47^c)

“...a todas las naciones”. Desde Jerusalén irradia esta nueva Palabra de Dios para todas las naciones del mundo. Mediante el perdón de los pecados, Jesús atrae a todos los hombres a la comunión con Dios y a generar –desde la Alianza con Él- el proyecto de fraternidad y solidaridad que le da una nueva orientación al mundo. Comenzando por la comunidad-madre de Jerusalén todos son atraídos para este proyecto comunitario. Nadie podrá ser excluido del anuncio, nadie podrá autoexcluirse.

2.1.2. Los portadores del mensaje: son ante todo “testigos” (24,48)

En 24,48, Jesús dice expresamente: “*Vosotros sois testigos de estas cosas*”.

Todo anuncio debe partir de testigos. Por eso Jesús Resucitado hace de sus discípulos, testigos cualificados. Precisamente en el encuentro con Él y su regreso a los cielos se completa la serie de acontecimientos que deben testificar, como dice Hechos 1,21-22: “*Conviene que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección*”.

De esta forma queda claro que el mensaje cristiano no se fundamenta en especulaciones, en ideas u opiniones personales, sino en acontecimientos históricamente documentados y en las instrucciones que dio el mismo Jesús, las cuales quedaron grabadas en la memoria de las primeras comunidades.

Por lo tanto, el testimonio solamente puede provenir de quien ha hecho el camino con Jesús y de quién habiendo comprendido su obra, también puso su mirada en su destino. Se trata de testigos que han abierto los ojos y han visto en medio de la oscuridad de la Cruz el camino que conduce a la gloria del Padre. Los evangelizadores serán, entonces, ante todo testigos: testigos dignos de confianza y auténticos servidores de la Palabra (ver 1,2). Su testimonio tendrá que llegar hasta los confines del mundo.

2.2. La promesa del Padre (24,49)

“*Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto*”

Viene ahora la promesa de Jesús, que en realidad es el “cumplimiento” de la promesa del Padre.

La promesa del Padre

No se dice expresamente que esta promesa sea el Espíritu Santo, si bien no hay razón para pensar lo contrario, ya que a lo largo de los Hechos de los Apóstoles así se entiende (ver Hechos 1,4; 2,33; y también en Pablo: Gálatas 3,14; Efesios 1,13).

Tampoco se dice en qué momento sea Jesús o el Antiguo Testamento (haciendo las veces de voz del Padre) hayan hecho esta “promesa”; si bien en Lucas 12,12, Jesús –con anterioridad- les había prometido a sus discípulos la presencia del Espíritu en los momentos difíciles de la misión (único indicio de esta “promesa” en la obra lucana). Sin duda hay también muchos textos del Antiguo Testamento que podrían servir de base para

la referencia a la “promesa”, por ejemplo: Joel 2,28-29; Isaías 32,15; 44,3; Ezequiel 39,29 (textos todos que tienen influencia en el pensamiento lucano).

Revestidos con poder

El punto central en esta parte del texto es que los discípulos no estarán en capacidad de llevar adelante la misión, la inmensa tarea de la evangelización que hace presente el “perdón”, si no son “***revestidos de poder desde lo alto***”, así como sucedió con Jesús (Lucas 3,22 y 4,18). Este “poder” es la fuerza del Espíritu Santo que ungió a Jesús (Lucas 3,22 y 4,18) y lo impulsó en el combate con Satán (4,1-2) y en su misión de misericordia (4,14-15).

El Espíritu Santo fortalecerá y habilitará a los evangelizadores para que anuncien con valentía, convicción y fidelidad la obra de la muerte y resurrección de Jesús, en la cual se alcanza el perdón de los pecados (ver Hechos 2,22-36).

El ser “***revestidos***” es significativo porque sólo con la potencia del Espíritu Santo los apóstoles son saturados, invadidos por la fuerza y el significado de lo que Dios realizó a través de la pascua de Jesús. El Espíritu “dota” de fuerza y “sostiene” la valentía y la convicción con que se da el testimonio.

Se trata de la promesa del Padre, cuya realización une más al creyente con Dios, poniendo en evidencia su comunión con Él. Puesto que detrás de toda la misión de Jesús estaba el Padre, por el don del Espíritu se entra en contacto con la raíz misma de todo lo que sucedió en la persona de Jesús.

2.3. La exaltación de Jesús al cielo, con las manos extendidas bendiciendo (24,50-51)

“Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo” (24,50).

Jesús realiza las últimas dos acciones sobre sus discípulos: (1) los “saca” y (2) los “bendice” con las manos en alto.

El término “sacar” está relacionado con la acción de Dios con su pueblo conduciéndolo en el éxodo. El Señor Resucitado sintetiza, con este gesto y en clave pascual, lo que ha hecho con sus discípulos a lo largo del Evangelio. La mención de Betania (lugar a donde los “saca”) nos remite a la gran celebración de los discípulos cuando la entrada triunfal en Jerusalén, allí fue el punto de partida de la procesión festiva que proclamó a Jesús como “Rey” y su Señorío (“Paz” y “Gloria”) en el cielo (ver Lucas 19,29-40, particularmente los vv.29 y 38).

Veamos la “bendición”. La última acción de Jesús ante sus discípulos reviste un colorido litúrgico. Jesús se despide con los brazos en alto (gesto propio del mundo de la oración, ver 1ª Timoteo 2,8; Levítico 8,22), en actitud de bendecir: “***y alzando sus manos, los***

bendijo” (24,50). Es la última imagen del Maestro, que queda impregnada en la retina de los testigos oculares del Evangelio.

Esta breve escena nos recuerda la conclusión del libro del Eclesiástico, cuando el sacerdote Simón extiende las manos sobre la asamblea bendiciéndola, mientras que el pueblo se postra para recibir la bendición: ***“Entonces bajaba y elevaba sus manos sobre toda la asamblea de los hijos de Israel, para dar con sus labios la bendición del Señor y tener el honor de pronunciar su nombre. Y por segunda vez todos se postraban para recibir la bendición del Altísimo”*** (Eclesiástico 50,20-21).

Jesús sintetiza toda su obra, todo lo que quiso hacer por sus discípulos y por la humanidad, en una ***“bendición”***. Así sella el gran “amén” de su obra en el mundo.

La bendición de Jesús permanecerá con los discípulos, los animará a lo largo de sus vidas y los sostendrá en todos sus trabajos.

“Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo” (24,51).

Jesús, finalmente se separa de sus discípulos. Lucas nos describe la manera como se da la partida de Jesús: es “llevado” o “conducido” hacia el cielo. El tiempo verbal (el “imperfecto” en griego) nos invita a detenernos contemplativamente en este instante de la vida de Jesús: se da gradualmente (como en Hechos 1,9-10).

Si bien la tradición del Nuevo Testamento coincide en afirmar que Jesús “ha sido exaltado a la derecha del Padre”, como plenitud de su obra en el mundo, acontecimiento que presupone la “ascensión”, Lucas parece ser el más preocupado por que ésta sea visible. Para ello se coloca del lado de los discípulos y así describe un último rasgo de su relación con Jesús: ellos lo ven hasta el último instante y son testigos de su obra completa coronada por su “Señorío” en el cielo.

2.4. Un epílogo festivo (24,52-53)

“Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios”

El evangelio de la “Ascensión” termina con la primera alabanza que se le dirige directamente a Jesús por parte de su comunidad.

Notemos en la conclusión del pasaje, que es también el epílogo de todo el evangelio de Lucas:

- Unas acciones
- Un lugar
- Un ambiente

(1) Unas acciones

Cuando Jesús desaparece de la vista de los discípulos, la última mirada del lector del evangelio se concentra en el comportamiento de los discípulos acabados de bendecir. Así como Jesús, también los discípulos reaccionan con gestos litúrgicos. Ellos:

- Se postraron ante Jesús (24,52a).
- Volvieron a Jerusalén (24,52b).
- Permanecieron en el Templo bendiciendo a Dios (24,53).

(2) Un lugar

Los discípulos no se van para sus casas sino para el Templo. Al comienzo de este evangelio Jesús había dicho a propósito: “*¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?*” (2,49). Se refería así a su dedicación total a la obra de la salvación.

Es curioso notar que en el evangelio de Lucas el tema del Templo atraviesa transversalmente la obra. Es más: comienza con una escena en el Templo (la oración de Zacarías y del pueblo; 1,8-10) y termina en el mismo Templo (la oración festiva de los discípulos; 24,52-53) no ya para pedir sino para agradecer.

El Templo, emplazado en la Jerusalén hacia la cual Jesús hizo tender su ministerio profético (13,33) y donde se anunció la ascensión (9,31.51), representa ahora no solamente la presencia fiel del Dios de las promesas sino –en la persona de Jesús- su completa realización.

(3) Un ambiente

Llama la atención el clima en que termina la escena. Los discípulos no están tristes ni nostálgicos. Tampoco pasan la página de la historia como si nada hubiera sucedido. Es claro que tienen muy presente la persona de Jesús: a Jesús lo adoran, al Padre lo bendicen y entre ellos se festejan.

Solamente hasta este momento el evangelista Lucas nos habla de la inmensa alegría de los discípulos, una alegría cuyo espacio propio es la vida de la comunidad y la oración.

¿Por qué se alaba? Ya desde el comienzo del evangelio, dos hombres mayores, símbolo de las esperanzas de Israel, habían celebrado con júbilo las alabanzas a Dios: primero Zacarías (“*Y al punto se le abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios*”, 1,64; recordemos también el “Benedictus”, 1,68-79) y luego Simeón (“*Le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo...*”, 2,28-32). Y no olvidemos tampoco que después de las grandes acciones de misericordia y de poder por parte de Jesús, siempre resonó un coro de alabanza (“*El asombro se apoderó de todos, y glorificaban a Dios... Decían: ‘Hoy*

hemos visto cosas increíbles”, 5,26; ver algunos pasajes significativos: 7,16; 13,13; 17,15; 18,43).

Pues bien, después que los discípulos experimentaron en Jesús Resucitado la mayor acción de Dios nunca antes vista en la historia, el evento de la Resurrección, para ellos no hay sino una sola reacción adecuada: la alabanza festiva y llena de gratitud para con Dios.

El evangelio termina, así, con un gesto de gratitud.

Sólo los discípulos que han acompañado a Jesús paso a paso, con fidelidad (“*Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas*”, 22,28) hasta su último instante terreno, han visto y pueden dar testimonio –como ningún otro lo podría hacer– que Dios “*se acordó de su misericordia*” (1,54), que Dios “*visitó a su pueblo*” (7,16) y cumplió sus promesas (1,55.72-73; 2,29-32.38).

A todos los que, en la Lectio Divina, hacemos el camino de Jesús hasta el final en el Evangelio se nos invita a reconocer en nuestra vida la grandeza de la misericordia de Dios, experimentada a través del Resucitado, y participar gozosamente en la alabanza apostólica. Esta actitud de alabanza y gratitud debe permanecer de aquí en adelante en nuestra vida, porque, como culmina el evangelista, los discípulos de Jesús “*estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios*” (24,53).

3. Para pasar de la Lectura a la Meditación: cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

La celebración de la Ascensión del Señor debe llevarnos a darle una mirada retrospectiva a nuestro camino con Jesús para agradecer y alabar a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros, pero también debe orientar nuestra mirada hacia delante: hacia el futuro de la evangelización y el compromiso con la transformación del mundo, porque la obra salvífica de Jesús continúa en el mundo a través de nuestro testimonio.

El Señorío de Jesús permanece en el centro de todo: su exaltación atrae al mundo hacia su destino final y al mismo tiempo hace bajar todas sus bendiciones. Un nuevo proyecto de humanidad ha sido inaugurado.

Releyendo nuestra vida con la “luz” del texto bíblico, preguntémonos:

3.1. Jesús le presenta a sus discípulos el contenido del anuncio misionero. ¿El “kerigma” está en el centro de mi fe? ¿Mi vida es una demostración patente de la eficacia que tiene la pascua de Cristo para transformar una vida entera y a fondo? ¿Qué cambios significativos se han dado en mi vida en esta Pascua?

3.2. Jesús confirma a sus discípulos como sus testigos. ¿Me considero un evangelizador? ¿Me preocupo por anunciar a Jesús, en primer lugar con mi testimonio de vida? ¿Cómo apoyo a la Iglesia en la tarea misionera?

3.3. Jesús promete el poder de lo alto. ¿Trato de enfrentar las tareas y los desafíos de la misión con mis solas fuerzas, buscando protagonismo personal? ¿Tengo la valentía suficiente para anunciar a Jesús allí donde es más difícil? ¿Soy constante en mis esfuerzos? ¿Por qué necesito de Pentecostés para poder evangelizar como se debe?

3.4. Jesús se despide de sus discípulos bendiciéndolos. ¿Cuál es la imagen de Jesús que con mayor frecuencia me viene a la mente? ¿Veo mi vida bajo las manos extendidas de Jesús implorando sobre mí las bendiciones que ofreció a lo largo de todo el Evangelio?

3.5. Los discípulos pronuncian el gran “Amén” del Evangelio en una alabanza continua en la comunidad reunida en el Templo. ¿Qué dice esto a mí? ¿“Dar gracias” es una característica notable de mi vida espiritual? ¿Por qué motivos alabo y bendigo a Dios en esta Pascua?

4. La Palabra se hace oración

Llevemos el texto a la oración dejándonos ayudar por la escuela de los grandes orantes.

Como vimos, por la fuerza del Espíritu, la partida de Jesús significa para el discípulo de Jesús la posibilidad de una vida más íntima con su Señor y al mismo tiempo el don de un dinamismo misionero.

Proponemos darle curso en la oración al primer aspecto. Esta vez hagámoslo dejándonos inspirar por esta bellísima oración de san Juan Eudes:

“Después de contemplarte y adorarte, oh Jesús, en tu estado de vida mortal y pasible, en las agonías de tu cruz y en las sombras de la muerte y del sepulcro, quiero contemplarte y adorarte en las grandezas, esplendores y delicias de tu vida gloriosa que siguió a tu resurrección y de la que ahora, desde tu ascensión, gozas en el cielo, en el regazo y la gloria del Padre.

¡Oh vida inmortal de mi Jesús, vida libre de las miserias y necesidades de la tierra; vida totalmente escondida e imantada en Dios; vida toda de amor purísimo! En ella Jesús no tiene otra ocupación que amar a su Padre, amar, bendecir y glorificar a su Padre por nosotros, ofrecernos a él e interceder ante él por nosotros. ¡Oh vida santísima, purísima y divina, penetrada de gozo indecible, de la plenitud de gloria, de grandeza y de la felicidad de Dios! ¡Qué alegría para mi corazón, amado Jesús, verte gozar de vida semejante! Bendito sea siempre tu Padre amantísimo por haberte establecido en esa vida.

Salvador mío, ya no quiero vivir en la tierra sino para suspirar incesantemente por el cielo. ¡Oh cielo, cuán deseable y amable eres! ¿Cuándo será, Dios del cielo, que veré tu rostro? ¿Cuándo vivirás plenamente en mí y te amaré perfectamente? ¡Qué dura e insoportable eres, vida terrena! Dios de mi vida y de mi corazón: ¡qué larga y cruel es esta vida en la que se te ama tan poco y tanto se te ofende!

Pero me consuela, Señor, la advertencia de tu apóstol, de que, ya desde ahora, estoy contigo en el cielo y que allí estoy viviendo, en ti y contigo de tu propia vida. Porque él me asegura que tu Padre ‘nos ha vivificado y resucitado, y nos ha hecho sentar juntamente contigo en el cielo’ (Efesios 2,5)... Si estoy en tu gracia puedo decir que amo, alabo y glorifico sin cesar en ti y contigo a mi Padre y Padre tuyo, con el mismo amor, alabanza y gloria con que tú lo glorificas y lo amas...

En consecuencia, amado mío, estoy también desde ahora en el cielo con tu santa Madre, con tus ángeles y santos, especialmente con los que tiene relación especial conmigo. Tengo parte en las alabanzas y en el amor que ellos te tributan...

¡Salvador mío, que yo viva en la tierra de manera acorde con la vida que tengo en ti y con tus santos en el cielo! Que me ocupe continuamente aquí en la tierra en el ejercicio de amarte y de alabarte. Que empiece en este mundo mi paraíso, haciendo consistir mi felicidad en bendecirte y amarte, en cumplir tus voluntades y en realizar valientemente la obra de gracias que deseas cumplir en mí.

Así, cuando esa obra esté plenamente cumplida, me llevarás contigo al reino de tu amor eterno para allí amarte y glorificarte en forma perfecta y eterna”

(San Juan Eudes, “Vida y Reino de Jesús”)

P. Fidel Oñoro, cjm

Estudio bíblico No.13

**Pentecostés:
Enviados a renovar la faz de la tierra
con la fuerza del Espíritu Santo
Hechos 2,1-47**

Oración inicial

*Señor, cuando miro mi propia vida y mi entorno,
vuelo a ver con los ojos proféticos de Ezequiel
ese valle lleno de una multitud de huesos áridos,
sin vitalidad y sin esperanza.
Tantas cosas se han muerto, Señor.*

*Pero también veo, Señor, el soplo de tu Espíritu,
el soplo que vivifica, que levanta y que congrega.
Como hiciste en los orígenes de la Iglesia
con los miembros dispersos de la primera comunidad cristiana,
así has hecho Señor en mi vida
y en la de todos mis hermanos.*

*En mi bautismo y en el don de mi ordenación sacerdotal
mi pobreza, mis huesos áridos fueron vivificados y transformados
por el Espíritu y por eso a él le rindo honor y gloria
por todo el bien que me ha hecho y que ha hecho a través de mi debilidad.*

*Aunque sé que no estoy a la altura del don,
yo sé que tu Santo Espíritu actúa en mí, con todo su poder,
para ayudarme a comprender y a poner en práctica
las palabras de Jesús, sus gestos, sus comportamientos,
su pasión por proyecto del Padre y por todo el mundo.*

*De manera especial reconozco que ha sido el Espíritu
el que ha puesto la Santa Escritura
en el primer puesto de todas mis actividades pastorales.
El que me asiste continuamente
para que no sea una simple lectura
sino para que sea “divina”,
o sea, en sintonía con tu corazón.*

*Es tu Espíritu el que me inserta en tu comunidad
llamándome continuamente a la conversión
e impulsándome a dar la vida*

en una entrega de mi existencia sin reservas.

*Sí, Señor, el prodigio de las lenguas en la mañana de Pentecostés
es tu mismo Espíritu, fuerza unificante que me lleva a mi,
que nos nos lleva a todos,
en la multiplicidad de dones,
a proclamar la misma fe.*

*Por eso te alabo, Amado Dios,
porque tu Espíritu ha puesto el nombre de Jesús
en mi corazón y en mis labios, para hacerme comunicarle a todos mis
hermanos la buena noticia de la salvación.
Pero tú mismo me inculcas la certeza
de que es tu Espíritu el que actúa en los oídos
y en el corazón de todos los oyentes, para que se abran
a la fuerza penetrante de la Palabra.*

*Que tu soplo vital, tu Ruah creador, tu Santo Espíritu,
perdone mis pecados y me haga un hombre nuevo.
Ven a salvarme, a sanarme, a enseñarme,
a exhortarme, reforzarme, a consolarme.
Infunde en mi existencia una dimensión siempre nueva
de alegría, paz, verdad, libertad y comunión.
Yo sé que sin tu presencia
todo lo que intente hacer sería infructuoso.*

*Y tú, María, que eres la esposa del Espíritu Santo,
enséñame el lenguaje de la gratitud
que expresaste en tu magnífica
y pon en mí y en todos nosotros ese amor tuyo
que no tuvo reserva, que no esperó contraparte
porque le basta el amor.
Amén.*

Introducción

En la página de Pentecostés contemplamos el fuego de amor que el Espíritu encendió en la Iglesia para arda en el mundo entero: un fuego que no se apagará nunca más.

Veo providencial el estudiar con Ustedes este pasaje, precisamente cuando estamos en el AÑO DE LA EUCARISTÍA. En cada asamblea eucarística continúa Pentecostés. De hecho es el Espíritu el que transforma el pan y el vino en el cuerpo entregado y en la sangre derramada de Jesús. Es la invocación del Espíritu la que realiza el grito de la Iglesia “misterio de la fe” y nos impulsa a anunciar la muerte del Señor y proclamar su resurrección. Es el Espíritu el que hace de la comunidad cristiana no una simple

asociación de personas buenas y religiosas, sino el Cuerpo Místico de Cristo, el pueblo reunido en el amor de la Trinidad que canta en alabanza las maravillas de este amor de Dios en la historia.

Recreemos la atmósfera, el estado de ánimo de Pentecostés, porque no puede haber un estado de ánimo mejor, una actitud más completa con la cual podamos vivir que la del Espíritu Santo.

Para hacerlo, nada mejor que releer lo que sucedió la primera vez en Pentecostés: la inauguración de Pentecostés.

Digo “inauguración”, porque la lectura de la narración de la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente, los apóstoles, María, el grupo de los 120 discípulos, tiene algo que lo asemeja a la institución de la Eucaristía, que renovamos todos los días en la celebración de la santa Misa. En la celebración eucarística, la Iglesia lo que hace es volver a contar lo que Jesús hizo en la última cena: tomó el pan, lo partió, se lo dio a los discípulos... pero sabemos que, mientras la Iglesia relata lo que sucedió en la última cena por el poder del Espíritu Santo invocado sobre los dones del pan y del vino (lo llamamos la “epiclesis”), lo que sucedió en aquella noche sucede de nuevo y entonces el pan se convierte en el cuerpo de Cristo. Algo similar, pero no idéntico porque Pentecostés no es un sacramento, sucede cuando escuchamos la narración del acontecimiento de Pentecostés. Si lo escuchamos con fe, con apertura, lo que sucedió aquella vez, sucede de nuevo: el Espíritu viene, porque Pentecostés fue inaugurado aquel día, pero nunca ha sido clausurado. La Iglesia es un Pentecostés que continúa.

En una reunión ecuménica en Upsala, el patriarca metropolitano oriental dijo estas palabras: “Sin el Espíritu Santo Dios es lejano. El Evangelio es letra muerta. La autoridad de la Iglesia es una dominación. La liturgia es pura evocación. El actuar de los cristianos es una moral de esclavos. Pero con el Espíritu Dios está presente, el Evangelio es Espíritu y Vida, la autoridad de la Iglesia es servicio, la liturgia es conmemoración y anticipación de lo esperado, y el actuar cristiano es deificado”. Una cosa es vivir sin el Espíritu Santo y otra cosa es vivir según el Espíritu Santo.

Con esta premisa leamos el relato de Pentecostés. Entremos poco a poco en él, sumergiéndonos en el ambiente espiritual que nos describe cada uno de los tres cuadros que lo componen. El relato de Pentecostés es un drama bellísimo, un drama en el sentido original del término, que es el de una participación, de un fuerte movimiento interno cargado de fuertes emociones que le da un gran giro al escenario.

Sumerjémonos en el misterio guiados por la Palabra, para que nos impregnemos de él:

¹Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. ²De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. ³Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; ⁴quedaron todos llenos del Espíritu

Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

⁵Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. ⁶Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. ⁷Estupefactos y admirados decía: “¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? ⁸Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? ⁹Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, ¹⁰Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, ¹¹judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios.

Notemos que hay una escena al interior del cenáculo, al comienzo, y luego otra escena al exterior, en la plaza que queda al frente de la casa donde están los apóstoles. Y si seguimos hasta el final del capítulo 2 de Hechos veremos que hay todavía una tercera escena que se desarrolla de nuevo al interior de la casa, donde todo comenzó, donde se describe una animada vida comunitaria, caracterizada por la alegría, la sencillez, la fraternidad.

Pero comencemos con el contex

1. El contexto: La comunidad reunida en un día de fiesta (Hechos 2,1)

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar”

1.1. La fecha: “Al cumplirse el día de Pentecostés...” (2,1^a)

La palabra “*Pentecostés*” quiere decir “el día número 50” o “el quincuagésimo día”. Se trata del nombre de una fiesta judía conocida como “Fiesta de las Semanas”, más exactamente la de las “siete semanas” que prolongaban la celebración de la gran fiesta de la Pascua. Se sumaba así una semana de semanas (7x7), número perfecto que se celebraba al siguiente del día 49.

La fiesta de la cosecha de los cereales

En un principio se trataba de una fiesta campesina: después de recoger las primeras gavillas, los campesinos festejaban agradecidos el fruto de la siega, “*las primicias de los trabajos, de lo sembrado en el campo*” (Éxodo 23,16). De ahí que se acostumbrara ofrecerle a Dios dos panes con levadura cocinados con granos de la primera gavilla (ver Levítico 23,17).

Pero con el tiempo, la fiesta campesina se convirtió en fiesta religiosa en la que se celebraba el gran fruto de la Pascua: el don de la Alianza en el Sinaí. Por esa razón los israelitas ofrecían también en esta fecha “*sacrificios de comunión*” (Levítico 23,18-20).

La fiesta era tan grande que merecía el suspender todos los trabajos: “*No harás ningún trabajo servil*” (Números 28,26). Puesto que era una de las tres fiestas de peregrinación para los que vivían fuera de Jerusalén, sumado al hecho de que fuera día vacacional, se explica suficientemente el que hubiera tanta gente en la calle ese día en Jerusalén (ver Hechos 2,5-6).

De la fiesta campesina la fiesta de la Alianza del Sinaí

La antigua fiesta campesina se transformó después en una fiesta “histórica” que celebraba la Alianza del Sinaí. Después que Dios sacó a su pueblo de Egipto, y en medio del desierto, lo condujo hasta el Monte Sinaí para hacer con él la Alianza. Allí Dios se manifestó en medio de una tormenta, cargada de viento y fuego.

Según Éxodo 19, las doce tribus fueron reunidas al pie de la santa montaña para recibir los mandamientos. Algunas leyendas judías dicen que la voz de Dios se dividía en setenta voces, en setenta lenguas, para que todos los pueblos pudieran entender la Ley, pero sólo Israel aceptó la Ley del Sinaí.

En la fiesta de “Pentecostés”, Dios renovaba su Alianza con los judíos de nacimiento y con los convertidos y simpatizantes del judaísmo (“temerosos de Dios” y “prosélitos”), que venían en peregrinación a Jerusalén. En el relato que vamos a leer enseguida notamos que así como en el Sinaí había doce tribus, en Jerusalén había gente venida de doce países diferentes: desde peregrinos venidos de Roma –centro del Imperio- hasta venidos de la región del mediterráneo así como del desierto.

Un nuevo “Pentecostés”: la realización plena del don de la Alianza

Lucas encuadra el acontecimiento de la venida del Espíritu Santo en este ámbito histórico y religioso.

Un detalle importante es que Lucas no se limita a darnos un dato cronológico sino que en su narración le da el énfasis de un “cumplimiento”, por eso el texto griego se puede leer como: “*cuando se cumplió la cincuentena*” (2,1). Con esto muestra que se trata del cumplimiento de una promesa. En efecto, ya en Lucas 24,49 y en Hechos 1,4-5.8 el terreno había sido preparado con la palabra profética sobre la venida del Espíritu Santo. Por lo tanto el trasfondo de la fiesta judía es retomado y notablemente superado por la palabra y la obra de Jesús: estamos ante la plenitud de la Pascua de Jesús.

En el Pentecostés cristiano, la gracia de la Pascua se convierte en vida para cada uno de nosotros por el poder del Espíritu Santo, mediante una alianza indestructible, porque está sellada en nuestro interior.

1.2 El lugar: “...Estaban reunidos todos en un mismo lugar” (2,1b)

La expresión “*todos juntos*” recalca la unidad de la comunidad y es una característica del discipulado en los Hechos de los Apóstoles. Una frase parecida la encontramos en 1,14.

Así se anuncia quiénes van a recibir el don del Espíritu Santo. Se trata de la comunidad que había sido recompuesta numéricamente cuando se eligió al apóstol Matías (1,26). Una comunidad cuyo número indica el pueblo de la Alianza que aguarda las promesas definitivas de parte de Dios. En ella no se excluyen, puesto que estaban “*todos*”, la Madre de Jesús y un grupo más amplio de seguidores de Jesús.

Este “*todos*” anuncia también la expansión del don a todas las personas que se abren a él, como efectivamente lo irá narrando –a partir de este primer día- el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Pero, ¿cómo recibieron el don del Espíritu y qué hicieron enseguida? Veamos.

2. Primer cuadro (Hch 2,1-4)

¹Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. ²De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. ³Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; ⁴quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

Sucede la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad. Notemos en la narración lucana:

- (1) Dos signos: el viento y el fuego (2,2-3)
- (2) La realidad: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (2,4a)
- (3) La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)

Veamos:

(1) Los signos

Cuando el Señor está a punto de hacer algo importante, primero manda signos, para llamar la atención de la gente distraída. Esto no es nuevo. Cuando el Señor está presente, cuando el Señor actúa, se crea una atmósfera extraña, como cuando el cielo nos hace presentir que algo va a pasar, sea una tempestad u otra cosa.

El viento

Primero hay un viento, que es un signo para el oído, un viento que se hace sentir: “*De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban*” (v.2).

El viento en la Biblia, está asociado al Espíritu Santo: se trata del “Ruah” o “soplo vital” de Dios. Ya el profeta Ezequiel había profetizado que como culmen de su obra Dios infundiría en el corazón del hombre “*un espíritu nuevo*” (Ez 36,26), también Joel 3,1-2; pues bien, con la muerte y resurrección de Jesús, y con el don del Espíritu los nuevos tiempos han llegado, el Reino de Dios ha sido definitivamente inaugurado.

No sólo Lucas nos lo cuenta, también según Juan, el mismo Jesús, en la noche del día de Pascua, sopló su Espíritu sobre la comunidad reunida (ver Juan 20,22: “*Sopló sobre ellos*”; también Juan 3,8).

Pero lo que aquí llama la atención es el “*ruido*”, elemento que nos reenvía a la poderosa manifestación de Dios en el Sinaí, cuando selló la Alianza con el pueblo y le entregó el don de la Ley (Éxodo 19,18; ver también Hebreos 12,19-20). El “*ruido*” se convertirá en “*voz*” en el versículo 6. Éste es producido por “*una ráfaga de viento impetuoso*”, lo cual nos aproxima a un “soplo”.

Observemos que se dice “*como*”, o sea, que se trata de una comparación; el término en el lenguaje bíblico nos indica lo indescriptible que es la experiencia religiosa.

El hecho que provenga “*del cielo*”, quiere decir que se trata de una iniciativa de Dios. El cielo no se ha cerrado con el regreso de Jesús a él, todo lo contrario, como dice Pedro más adelante: “*Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís*” (Hechos 2,33).

El Fuego

Luego hay un signo hecho para la vista: “*Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos*” (v.3). Las “lenguas como de fuego”, son un signo elocuente, porque el fuego también estaba asociado al Espíritu Santo en la Biblia, incluso en el evangelio, san Juan Bautista ya nos había familiarizado con el signo: “El os bautizará en Espíritu Santo y fuego”; y Jesús había dicho en una ocasión: “He venido a traer fuego a la tierra y cuánto deseo que arda”.

Las “*lenguas como de fuego*”, también de origen divino, son un signo elocuente. Lo mismo que el “viento”, en la Biblia el “*fuego*” está asociado a las manifestaciones poderosas de Dios (ver Éxodo 19,18) e indica la presencia del Espíritu de Dios.

No debería tomarnos por sorpresa. En este mismo evangelio, ya san Juan Bautista ya nos había familiarizado con el signo: “*El os bautizará en Espíritu Santo y fuego*” (3,16). Por su parte Jesús había dicho: “*He venido a traer fuego a la tierra y cuánto deseo que arda*” (13,49).

Así como en el signo visual que el evangelista presentó en la escena del Bautismo de Jesús (“bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma”, Lucas 3,22), lo mismo sucede aquí pero con la imagen del “*fuego*” que se “*posa sobre cada uno*”

de ellos". Pero a diferencia de la misteriosa imagen de la paloma, la imagen del fuego es coherente y más fácilmente comprensible dentro de lo que está narrando.

La forma de "lengua" atribuida al fuego sirve para describir la distribución del mismo fuego sobre todos, pero crea un bello juego de palabras con el término "lengua" que asocia las "*lenguas como de fuego*" (v.3) del Espíritu con el "*hablar en otras lenguas*" (v.4) por parte de los apóstoles.

Se cumple la profecía de Juan Bautista sobre el bautismo en Espíritu Santo y fuego (ver Lucas 3,16).

(2) La realidad

Después de estos signos, de referente externo, Lucas nos invita a entrar en la experiencia interna y así captar el significado: ¿qué es lo que está pasando en el corazón de los discípulos? ¿Cuál es la acción interior del Espíritu Santo?

Después de los signos emerge la realidad, una realidad que se describe con sólo una línea: "*Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo*" (v.4^a). Este es sin duda, el acontecimiento más importante de la historia de la salvación, junto con la creación, la encarnación, el misterio pascual y la Parusía. ¡Y está descrito solamente en una línea! (dan ganas de ponerse de rodillas).

Depende de nosotros el que no dejemos pasar estas palabras, para que no sean como esos cohetes de pólvora que no explotan porque no se prende la mecha. Todo está dicho aquí, el detonador está aquí.

¿Qué quiere decir que fueron llenos del Espíritu Santo? ¿Qué es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es, según la pobre respuesta de nuestra teología, el amor personal del Padre y del Hijo, y amor quiere decir la vida, la alegría, la felicidad. El Espíritu Santo es Dios dándose a sí mismo. El mismo Dios que a lo largo de la historia le ha dado muchas cosas a los hombres, les ha enviado personajes, incluso su propio Hijo, ahora se da a sí mismo. Por eso decimos que es el don "escatológico" o "definitivo" de Dios (escatológico quiere decir: "después de esto ya no hay más", "más de eso no hay").

Decir que los discípulos quedaron llenos del Espíritu Santo, que el mismo Dios los llenó de Espíritu Santo, es como decir, para explicarme con un ejemplo, como un gran embalse –de esos que se utilizan para generar energía- de repente se convirtiera en una inmensa catarata que se vacía a través un dique y entonces toda esa enorme masa de agua, que es la vida trinitaria, se vaciara en los pequeños recipientes de los corazones de cada uno de los apóstoles.

Así se ha cumplido el sentido de toda la historia. ¿Para qué creó Dios al mundo? ¿Para qué había revelado la Biblia? ¿Para qué había mandado a su hijo Jesucristo al mundo?

Para poder, un día, cuando los hombres hubieran sido purificados por la cruz de su Hijo, preparados como odres nuevos: hacerlos partícipes de su misma Vida. Para infundir, como decimos en la oración eucarística, su amor en todas las criaturas; para recrearlas con el esplendor de su luz.

Esto es lo que se realiza desde el primer día de Pentecostés: el corazón de los discípulos ha sido hecho partícipe, por así decir, como un vaso comunicante, de la vida trinitaria. Y así como el Espíritu es esencialmente amor, quisiera decirles que los apóstoles hicieron entonces una experiencia fortísima, que los conmovió hasta la raíz, como la de quien de repente es inundado por un tanque de agua enorme. Los discípulos hicieron la experiencia de ser amados por Dios, una experiencia verdaderamente transformante, puesto que sana a fondo todas las fisuras que permanecen en el corazón por los dolores de la vida, por las carencias, y le da a la vida un nuevo impulso, una nueva proyección. La palabra que repetimos con tanta frecuencia, “el amor de Dios”, que muchas veces es una palabra vacía, aquél día fue para los apóstoles una gran realidad. Les cambió la vida. Les dio un corazón nuevo, el corazón nuevo prometido por Jeremías y por Ezequiel. Y se nota que desde ese momento, los apóstoles comenzaron a ser otras personas.

Fueron cambiados. Pero, ¿dónde está el cambio más profundo? San Lucas nos lo ha dicho implícitamente remitiéndonos a una cita del Antiguo Testamento que se encuentra en Éxodo 19, donde se narra la manifestación de Dios en el Sinaí, una manifestación que se dio a través de símbolos: el fuego, el viento, el temblor de tierra... En este ambiente, Dios les dio la Ley, que no era tanto un conjunto normas sino ante todo un camino educativo para plasmar la manera de ser de Dios en la propia vida, para convertir el querer de Dios en el motor del proyecto de vida. En este punto es que se da el cambio más profundo en la vida de los discípulos: es como si dijéramos que el Espíritu Santo es la Ley Nueva, la ley interior, la ley que no te lleva a hacer las cosas bajo la presión de la amenaza, sino que te impulsa a hacer las cosas por atracción, espontáneamente. La vida nueva se vive por estos impulsos, estas mociones del Espíritu Santo.

Esta libertad en el Espíritu es la clave de la vida cristiana, donde está el Espíritu hay libertad, hay una espontaneidad para hacer las cosas bien, para amor, para perdonar, para servir, para orar, para jugársela toda por los otros con una inmensa creatividad; el Espíritu te abre las alas para que vuelas alto. Esta es la gran novedad. Pero la libertad de esta ley es bien diferente al libertinaje. Es una ley bien exigente, lo bello es que nos lleva a hacer las cosas por amor y no por presión. Esto no lo podemos olvidar, porque la vida cristiana, la vida religiosa, si no quiere ser un legalismo, a la manera del Antiguo Testamento, debe llevar el sello de Pentecostés que grava en nosotros la nueva ley, la ley interior, que se resume en el mandamiento del amor. Es como si el Espíritu continuamente nos dijera al oído: “en todo pon amor”, “lleva siempre amor en tu corazón”, “si corriges, pon amor; si la dejas pasar, pon amor; si callas, pon amor”. La ley del amor, no puede hacer más que bien.

(3) La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)

El “viento” se convierte en “soplo” santo que inunda a todos los que están en el cenáculo y las “lenguas como de fuego” sobre cada uno se convierten en nuevas “lenguas”, en una capacidad nueva de expresión. Aquí se nota el primer cambio en la vida de los discípulos de Jesús.

El Espíritu Santo, el soplo vital de Dios, lleva a hablar otras lenguas: “*Y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*” (2,4b).

El término “*otras*” (lenguas) es importante aquí para que lo distingamos del hablar incomprensible (la oración en lenguas o “glosolalia”), la cual necesita de un intérprete (de esto habla Pablo en 1ªCorintios 12,10). Lo que sucede aquí parece más próximo a lo que el mismo Pablo dice en 1ªCorintios 14,21, citando a Isaías 28,11-12, y está relacionado con la predicación cristiana a los no convertidos. En otras palabras, lo que el Espíritu Santo pone en boca de los discípulos es el “kerigma” (ver el evangelio del domingo pasado), el cual recoge “*las maravillas de Dios*” (2,11) realizadas a través de Jesús de Nazareth, particularmente su muerte y resurrección.

Pero esta capacidad de comunicarse irá más allá: se convertirá poco a poco en el lenguaje de un amor que se la juega toda por los otros, que ora incesantemente, que perdona y se pone al servicio de todos. No hay que perder de vista que el don del Espíritu es del amor de Dios.

Lo que aquí comienza como “lengua” o “comunicación”, terminará generando el mayor espacio de comunicación profunda que hay: la comunidad cristiana. Su motor es el amor. Es como si el Espíritu continuamente nos dijera al oído: “en todo pon amor”, “lleva siempre amor en tu corazón”, “si corriges, pon amor; si la dejas pasar, pon amor; si callas, pon amor”.

3. Segundo cuadro (Hch 2,5-11)

La segunda escena ocurre en la plaza frente al cenáculo. Allí vemos como el corazón nuevo de los apóstoles se expresa concretamente en la vida.

Pasaba que en ese momento “*Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. (Estaban) Estupefactos y admirados...*” (vv.5-6). Detengamos aquí, notemos una cosa. Se dice y se enfatiza que la gente estaba “estupefacta”, tremendamente admirada. Aquí hay una afirmación implícita de que el Espíritu Santo es Dios, a la par del Padre y del Hijo, porque los efectos de su aparición son exactamente los mismos de cuando Dios se le aparecía a alguien, o cuando Jesús, por ejemplo, manifestaba sobre el lago su potencia divina, se dice allí que los que lo vieron estaban estupefactos. Aquí se dice lo mismo con relación a la manifestación del Espíritu Santo.

Sigamos leyendo: *“Estupefactos y admirados decían: ‘¿Es que no son galileos todos estos que están hablando?’⁸ Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?⁹ Partos, medos y elamitas...”*, y después de toda una larga lista de pueblos termina diciendo, *“todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”* (vv.7-11).

Aquí hay un mensaje perenne, que es parte del acontecimiento de Pentecostés. Lucas establece en esta parte del pasaje otro paralelo bíblico: el de la torre de Babel (Gn 11,1-9). Es como si nos estuviera diciendo que la Iglesia es una “anti-babel”, en ella se revierte la situación generada en Babel. Tenemos aquí un mensaje muy actual, muy contemporáneo, porque la experiencia de Babel no se acabó con el libro del Génesis, sabemos que es la situación del mundo: caos, caos lingüístico, caos ideológico, caos psicológico dentro de nosotros, porque hay un caos espantoso dentro de nosotros: confusión de proyectos, de deseos contradictorios; por lo tanto Babel es algo que nosotros sabemos por experiencia qué es.

Pero Lucas establece un paralelismo antitético: en Babel todos hablaban la misma lengua y sin embargo llegó un momento en que ninguno entendía al otro, en cambio en Pentecostés todos hablan diversas lenguas (y por eso esa larga lista de pueblos), pero llega un momento en que todos se entiende, como si estuvieran hablando una misma lengua.

¿Cómo se explica esto? La explicación se capta por la confrontación.

En Babel la torre en realidad era un templo, por lo tanto era una experiencia religiosa. Y precisamente aquí está el asunto: no toda experiencia religiosa es válida. ¿Y cuál es el problema de la experiencia religiosa de Babel? Lo dice el mismo texto: “Hagámonos un nombre para que no nos dispersemos sobre la faz de la tierra”. El pecado no es el hecho de honrar a la divinidad con un templo sino querer “hacerse un nombre”, es decir, que en última instancia querían ser adorados ellos mismos y no Dios. Esto sucede a veces, lo podemos llamar la “instrumentalización” Dios. Se dice que se trabaja por Dios pero en el fondo se está buscando otra cosa: “hacerse un nombre”.

En cambio en Pentecostés vemos la diferencia. Los apóstoles no trabajan para ellos mismos, no quieren hacerse un nombre, quieren darle honra al nombre de Dios, proclaman las grandes maravillas de Dios: *“todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”* (v.11). Y es por eso que los entienden, porque cuando en una comunidad, en una sociedad, cada uno trata de hacerse un nombre, se crean polos, tantos polos cuantas sean las personas que están centradas en sí mismas. Babel es la guerra de los egoísmos, en cambio Pentecostés es la formación de la comunidad en la comunión de diversidades cuyo centro es Dios. Todo está orientado hacia la gloria de Dios, hacia la alabanza de Dios y en él en quien se encuentra toda la convergencia.

Lo que impresiona es ver cómo los apóstoles que apenas pocas semanas antes andaban discutiendo entre ellos quién era el mayor y estaban animados por el espíritu de autoafirmación, ahora dejan de lado estas discusiones que reflejaban su egoísmo y su

voluntad de dominación, para someterse todos juntos a la gloria de Dios. Hay una conversión radical que es como la revolución copernicana: se han descentrado de sí mismo –están llenos de amor- y se han centrado en Dios. Esta es la conversión que nos aguarda a todos.

4. Tercer cuadro (Hechos 2,42-47): El fruto de Pentecostés es la comunidad

Ahora quisiera ir un poquito más adelante en ese capítulo y mostrarles el tercer cuadro, que sucede de nuevo dentro de la casa.

Parto de esta afirmación: El fruto del Pentecostés es el surgimiento y el fortalecimiento de las comunidades.

Preguntémosnos entonces: ¿Qué pasa inmediatamente después de Pentecostés? ¿Cuál es esa nueva realidad en la que debemos profundizar a partir de hoy en el tiempo ordinario?

En Hechos 2,42-47 leemos:

“Acudían asidamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar”.

La lectura del pasaje de los Hechos de los Apóstoles nos describe la comunidad cristiana, la que nació de la efusión del Espíritu Santo y de la predicación del Señorío de Jesús por parte de los Apóstoles. Es la conclusión lógica de Pentecostés.

Vemos la importancia del estar unidos, del formar comunidad. Jesús vino al mundo, para en el mundo naciera un reflejo de la Trinidad. La semana pasada lo leíamos en Juan: “Como tu y yo Padre somos una misma cosa, que también ellos sean una misma cosa”. La Iglesia es comunidad porque debe ser el signo, el reflejo de la Trinidad. Es una comunidad de amor.

Veamos un poquito más de cerca esta comunidad. No de manera abstracta, sino como nos la presenta los Hechos: una comunidad de personas convertidas. Esta es la comunidad de aquellos que al escuchar en boca de Pedro el anuncio de Jesús Señor, se sintieron su corazón traspasado por la Palabra y se arrepintieron. La comunidad nace entonces del conjunto de aquellos que dieron el paso de la conversión. A partir de este momento de cambio profundo, se les abren las puertas de una gran alegría. Pocos pasajes de la Biblia reflejan tanto gozo, paz y esperanza, novedad de vida, como estas pocas líneas que nos describen la primitiva comunidad cristiana.

(1) Movimiento centrípeto

¿Cómo se presenta la comunidad que nace del sacrificio de Jesús y es consagrada el día de Pentecostés?

Se presenta como un conjunto de dos movimientos, en cierta manera contrapuestos, pero cuyo equilibrio hace la comunidad cristiana.

Esta comunidad se distingue de un movimiento centrípeto, o sea de cohesión entre los creyentes y por tanto también de separación del mundo. Es un grupo de personas que son sacadas del mundo y que, juntos, experimentan una solidaridad nueva que se llama AMOR, compartir fraterno, estar juntos, gozar juntos, orar juntos.

Este momento íntimo de la comunidad está constituido d algunos factores precisos: están juntos porque tienen una realidad muy fuerte que los cohesiona, la más fuerte del mundo, que se llama Espíritu Santo, que actúa a través de la enseñanza de los Apóstoles, porque cuando los apóstoles hablan es el Espíritu Santo el que se hace eco a través de sus palabras, en los corazones que escuchan. Están unidos por una unión fraterna, o sea por la caridad, que es el primer fruto del Espíritu Santo. Están unidos en la fracción del pan, o sea en torno a la Eucaristía, presencia viva de Jesús que nos invita a dar la vida junto con él, y en un ambiente permanente de oración y de vida interior.

Esta unión se manifiesta hacia fuera, con signos visibles, porque comparten también los bienes: los que tienen bienes los venden para poder hacer comunidad, compartir, de manera que no haya pobres en medio de ellos.

La comunidad cristiana es fundamentalmente una comunidad de oración, de vida interior, de comunión fraterna que desencadena la alegría. Alegría. “Tomaban el pan con alegría y sencillez”. Es la primera vez que esta palabra aparece en la historia de la Iglesia. Antes había tristeza: tristeza porque Jesús se iba, tristezza porque había subido al Cielo. Ahora se comienza a hablar de alegría profunda entre los hermanos y esta actitud de vida se vuelve hacia fuera el motivo que atrae a los que los miran con “simpatía”, y por eso – llamados por el Señor- pero por medio de los signos que veían en esta gente nueva, “cada día se le agregaban a la comunidad muchos otros que se habían de salvar”.

(2) Movimiento centrífugo

El segundo elemento que constituye esta comunidad nueva, la Iglesia, es un movimiento contrario al primero, centrífugo: del cenáculo, donde estaban juntos, hacia la calle. Fue lo primero que vimos que sucedió cuando los apóstoles quedaron llenos del Espíritu Santo. Salen a la calle para proclamar con una fuerza inaudita que Jesús crucificado resucitó.

Los apóstoles, tomados del mundo, van de nuevo al mundo como un nuevo pueblo sacerdotal, pueblo de la Alianza, enviado para transformar el mundo. Y no van para recibir aplausos, sino para ser –como su maestro- juzgados por el sanedrín. Y en medio de todas las dificultades de la misión llevan la llama, porque es una llama que se encendió en Pentecostés: Jesús es el Señor y con esta llama incendian el mundo.

No todos debemos hacer contemporáneamente las dos cosas. La Iglesia en su conjunto está formada de tantos carismas, hay apóstoles que va a la plaza a gritar y hay diáconos que reparten el pan a las viudas, es decir, que se ocupan de las necesidades concretas de la gente. No todos hacen las mismas cosas, pero todos juntos participan de todo porque aquellos que permanecen en la casa participan de esta misión.

María es el prototipo de aquellos que nunca salen a gritar a la plaza, porque permanece en el cenáculo, permanece en oración, y sin la oración de María y de la mujeres en el cenáculo, no sabemos si la voz de Pedro habría tenido aquel timbre irresistible que arrasó y sacudió el corazón de aquellas tres mil personas que se convirtieron el día de Pentecostés. Así es la experiencia de la Iglesia: ella demuestra que la fuerza del anuncio cristiano nace la profundidad de la oración, de la contemplación.